
REVISTA DE

ISSN 2474-6819 (Online)

ESTUDIOS COLOMBIANOS

No. 52, julio-diciembre de 2018

ASOCIACIÓN DE COLOMBIANISTAS



REVISTA DE ESTUDIOS COLOMBIANOS

REVISTA DE ESTUDIOS COLOMBIANOS

ISSN 2474-6819 (Online)



Imagen de la portada: *Bosque VII* de la serie EL SALTO, del artista Mateo Pérez.

Publicación semestral de la Asociación de Colombianistas
No. 52, julio-diciembre de 2018

Número de tema abierto

Director

Alejandro Herrero-Olaizola, University of Michigan, Ann Arbor

Editor de reseñas

Felipe Gómez, Carnegie Mellon University

Asistente editorial

Catalina Esguerra, University of Michigan, Ann Arbor

Comité Editorial

María Mercedes Andrade, Universidad de los Andes
Jerome Branche, University of Pittsburgh
Camila Esguerra Muelle, Universidad de los Andes
Kevin Guerrieri, University of San Diego
Héctor Hoyos, Stanford University
Chloe Rutter-Jensen, Independent scholar

Comité Científico y Ex-Presidentes* de la Asociación

Rolena Adorno, Yale University
Herbert Tico Braun*, University of Virginia
Sara Castro-Klaren, John Hopkins University
José Manuel Camacho, Univ. de Sevilla, España
David William Foster, Arizona State University
María Mercedes Jaramillo*, Fitchburg State University
Darío Jaramillo Agudelo, Bogotá
J. Eduardo Jaramillo-Zuluaga*, Denison University
Myriam Jimeno, Universidad Nacional de Colombia
María Antonia Garcés, Cornell University
Gilberto Gómez Ocampo, Wabash College
Roberto González Echevarría, Yale University
Kevin Guerrieri*, University of San Diego
Leon Lyday*, Penn State University
Seymour Menton*, Univ. of California, Irvine
Pablo Montoya, Universidad de Antioquia

Alfonso Múnera, Inst. Internacional de Estudios del Caribe

Lucía Ortiz, Regis College

Luis Ospina, Cali

Betty Osorio, Pontificia Universidad Javeriana

Michael Palencia-Roth*, University of Illinois

Álvaro Pineda Botero, Medellín

Lawrence Prescott, Pennsylvania State University

Raymond D. Souza*, University of Kansas

Jonathan Tittler*, Rutgers University-Camden

Beatriz Rizk, Miami

Isabel Vergara, George Washington University

Raymond L. Williams*, Univ. of California, Riverside

Coordinación editorial y manejo de textos

Alejandro Herrero-Olaizola

Ana María Viñas Amarís

La *Revista de Estudios Colombianos*, publicación bianual, arbitrada e indexada, se inició en 1986 con el fin de promover la investigación académica sobre Colombia en las áreas de las humanidades y las ciencias sociales. En cada número se podrán encontrar las siguientes secciones: presentación, oficio del escritor, ensayos, entrevistas, o notas. Las normas y la declaración de parámetros se encuentran en la plataforma digital de la revista:

<https://colombianistas.org/ojs/index.php/rec>

Indexación y bases bibliográficas

Council of Editors of Learned Journals (CELJ)

EBSCO

Hispanic American Periodical Index (HAPI)

MLA International Bibliography

Scopus

Junta Directiva – Asociación de Colombianistas 2017-2019

Presidenta: María Mercedes Andrade

asociaciondecolombianistas@gmail.com

Vicepresidenta: Andrea Fanta

afanta@fiu.edu

Secretaria: Juliana Martínez

jmartinez@american.edu

Tesorero: Camilo Malagón

camalagon565@stkate.edu

La correspondencia relacionada con el pago de las suscripciones debe dirigirse al tesorero de la Asociación.

Los costos de la membresía para el período 2019-2020 son los siguientes:

Estudiantes: \$30 dólares

Profesores residentes en Colombia: \$50 dólares

Profesores residentes fuera de Colombia: \$70 dólares

Membresía como “Amigo de la Asociación”: \$150 dólares. Está dirigida a aquellos académicos que quieran mostrar su compromiso y apoyar la misión de la Asociación

Información adicional

<http://www.colombianistas.org>

CONTENIDO

Presentación	4
Ensayos	
The Making of an Intellectual: Orlando Fals-Borda, 1948-1958 Juan Mario Díaz	6
Bicycling as a Response to <i>La Violencia</i> : The First Vuelta a Colombia, January 5-17, 1951 Jane M. Rausch	16
Resignificando la historia: la clase de ciencias sociales como lugar para negociar el pasado Tatjana Louis	26
La justicia en la narración: el caso de <i>Antígonas Tribunal de Mujeres</i> Nelsy Cristina López Plazas.....	37
Sobre <i>El general en su laberinto</i> de Gabriel García Márquez: el <i>ritornello</i> de la enfermedad Santiago Andrés Gómez.....	47
Entrevistas	
Tejemos para sanar y desmontar nuestra victimidad: Diálogo con Juana Alicia Ruiz Hernández, coordinadora de la Asociación Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Mampuján Jokabeth Ramos Díaz Granados.....	55
Reseñas	
Sergio Ospina Romero. <i>Dolor que canta: la vida y música de Luis A. Calvo en la sociedad colombiana de comienzos del siglo XX.</i> Juan Fernando Velásquez Ospina.....	58
Rafael Reyes-Ruiz. <i>El Samurai.</i> Rubén Varona	59

Presentación del director

Alejandro Herrero-Olaizola/University of Michigan, Ann Arbor

Con este número damos la bienvenida a la nueva etapa digital de *Revista de Estudios Colombianos* (REC), que, a partir de ahora, se publicará exclusivamente en línea a través de nuestra plataforma OJS. Pese a que se cierran así tres décadas de publicación impresa de la revista, el salto hacia la versión digital también nos ofrece una gran oportunidad para resituar la importancia y relevancia de la revista en el campo de los estudios colombianos y latinoamericanos. Gracias a nuestro portal rediseñado, podemos ofrecer ahora una serie de novedades para que los trabajos de nuestros autores tengan una mayor distribución y recepción así como para atraer a más y nuevos lectores. Sin duda, esto nos ayudará a que *REC* entre de pleno en el mundo digital de las humanidades y de las ciencias sociales. A través de la nueva indexación en Scopus y de la actualización de REC en bases de datos digitales, los trabajos publicados en la revista tendrán ahora un mayor impacto y presencia en las discusiones críticas del campo.

Desde que asumiera el cargo como director en enero de 2018 he trabajado activamente en el montaje y diseño de la plataforma digital buscando siempre maneras de agilizar los procesos de entrega y evaluación de trabajos, así como los de edición y producción de la revista. El nuevo formato digital de la revista despliega los resúmenes de los trabajos y las biografías académicas de los autores directamente en la plataforma en línea, tanto en español como en inglés. De esta forma, los lectores pueden familiarizarse rápidamente con el contenido de los trabajos y con la afiliación académica de los autores sin necesidad de descargar el documento PDF correspondiente. Dicho documento, a partir de este número, solamente contendrá el texto del ensayo, nota, reseña, o entrevista, así como el nombre del autor y su afiliación académica. La plataforma también ofrece la posibilidad de descargar el número completo o bien un ítem individual del mismo. Asimismo, las normas editoriales y la lista de contribuidores ya no se incluirán dentro del PDF completo del número (algo que se venía haciendo en la versión impresa) por cuanto esta información queda desplegada en la plataforma digital. Todas estas novedades de formato junto con agilización de los envíos de trabajos en línea nos ayudan enormemente a agilizar los procesos de elaboración y producción de la revista. Según el OJS vaya actualizando sus versiones, la revista digital irá adaptándose a las novedades que permita la plataforma así como a mejorar el diseño y la visualización de la misma.

Otra novedad a partir de este número (REC 52) es la inclusión de fotografías en las portadas de la revista para dar así un espacio a la obra de fotógrafos colombianos a través de

nuestra plataforma digital. Comenzamos estas portadas fotográficas con la obra de Mateo Pérez titulada *Bosque VII*, la cual pertenece a su serie *El Salto, Geografía de la Mirada*. En dicha serie, el artista retrata El Salto del Tequendama para evidenciar las tensiones de la fotografía de paisaje en el contexto colombiano: El Salto se presenta como un paisaje majestuoso, un ícono turístico nacional que atrae la mirada de turistas y, a la vez, se trata de un pasaje fatídico, cuna de la incontrolada contaminación del río Bogotá y receptáculo de suicidas. Con este salto majestuoso e inquietante que nos brinda Mateo Pérez iniciamos un compromiso con la difuminación de la cultura fotográfica colombiana, invitando a nuestros lectores a participar en una reflexión sobre la representación fotográfica de Colombia. En los próximos números ofreceremos diferentes enfoques y entradas a la cultura fotográfica en Colombia con el fin de abarcar una amplia gama de imágenes y de representaciones gráficas.

En cuanto a los trabajos incluidos en este número (cinco ensayos, una entrevista y dos reseñas), cabe destacar la diversidad de áreas de estudio que cubren. Éstas incluyen el campo de la historia, los deportes, el teatro y la narrativa, así como el activismo social y la musicología. Los dos primeros trabajos de este número nos llevan a los años 1940-1950, décadas donde se forja la etapa positivista del intelectual Orlando Fals-Borda, como nos recuerda Juan Mario Díaz en el primer ensayo del número. Tras un metódico trabajo de archivo, Díaz rastrea el compromiso de Fals-Borda con la lucha del movimiento campesino colombiano y explica sus tardías contribuciones al pensamiento crítico del Sur Global. Siguiendo la etapa educativa de Fals-Borda en Estados Unidos a través de su correspondencia personal y de sus escritos sobre comunidades rurales, Fals-Borda se erige como una figura fundacional de la sociología en Colombia. Su acercamiento científico, Díaz argumenta, buscó un enfoque social que fuera capaz de producir cambios tangibles en dichas comunidades. Así, Díaz nos sitúa a Fals-Borda como un precursor de una forma del utopismo empírico diseñada como un método de investigación social y participación política a partir de los años setenta.

Si bien la década de los años cincuenta estuvo marcada por La Violencia, Jane Rausch nos invita a considerar, en el segundo ensayo de este número, un posible quiebre en dicha violencia: la historia que marca la trayectoria de treinta y un ciclistas que se embarcaron como parte de la primera Vuelta a Colombia en 1951. Este evento, que Rausch nos detalla casi como si estuviéramos viendo el desenlace de la carrera ciclista *in situ*, no solamente sirve para establecer las conexiones

entre deporte y nacionalismo en Colombia, sino también para explorar cómo se fraguara un intento de cohesión nacional. Frente a las tensiones políticas y la violencia partidista, Rausch apunta hacia un quiebre—si bien no a una solución permanente—en dichas luchas. La Vuelta a Colombia articula una nueva comunidad imaginada (nacional colombiana) surgida de la glorificación de los tenaces ciclistas (los escarabajos) que capturaron la atención de todo el país y fueron convertidos en héroes nacionales gracias a la transmisión radial de sus hazañas deportivas. Como argumenta Rausch, este quiebre no supuso el fin de violencia, pero sí ofreció modos de cohesión nacional que, antes de la primera Vuelta a Colombia, pudieran haber parecido impensables.

Sin duda, las lecciones que se aprenden de la historia colombiana y cómo se aprende dicha historia están latentes en los dos primeros ensayos de este número. El tercer ensayo, a cargo de Tatjana Louis, toma esta premisa con un enfoque más didáctico y programático dentro de la historia más reciente del conflicto armado en Colombia. Examinando materiales didácticos que se utilizan en la clase de ciencias sociales hoy en día, Louis propone la clase como lugar clave de negociación para la memoria histórica y como un espacio de participación ciudadana. Para Louis, los textos escolares y los lineamientos curriculares fallan, a menudo, a la hora de promover acercamientos multifocales o bien por ofrecer versiones constructivistas del pasado reciente colombiano. Como resultado y, pese a los esfuerzos de nuevos manuales como *Ejes Sociales y Proyectos Saberes Sociales*, las víctimas continúan siendo un objeto de estudio sin dar cabida a su agencia en el proceso de (re)construcción de la memoria histórica. Por su parte, las propuestas del Centro Nacional de Memoria Histórica se enfocan casi en exclusividad en presentar la historia como una obra en construcción y no en ofrecer una visión más integradora de la historia colombiana. Ante esto, Louis argumenta que la clase de ciencias sociales afronta un reto en busca de una visión integral de la historia colombiana.

La construcción de la memoria y, en concreto, su relación con la noción de justicia se antoja central para el análisis propuesto en el cuarto ensayo de este número. En dicho ensayo, Nelsy Cristina López Plazas se enfoca en el entendimiento de la justicia en términos retributivos y punitivos (siguiendo a Hegel) como punto de arranque para analizar la obra de teatro *Antígonas Tribunal de Mujeres* (2013) —una versión actualizada del texto de Sófocles y adaptada al contexto colombiano por un colectivo teatral de artistas y mujeres víctimas del Estado colombiano. La obra incluye a las madres de Soacha, a lideresas estudiantiles, a defensoras de los derechos humanos y a mujeres que sobrevivieron actos violentos contra la Unión Patriótica. Ofreciendo un detallado análisis escénico y contrastando la versión clásica *Antígona* con *Antígonas Tribunal*, López Plazas nos invita a reconsiderar el rol del público en la administración de la justicia para estas mujeres víctimas. No se trata, simplemente, de

presenciar una obra teatro sobre las atrocidades sufridas por las mujeres protagonistas. Más bien se busca deshacer la pasividad del público frente a los hechos presentados con el fin de buscar un punto interseccional entre las víctimas y los espectadores como allegados a su causa en aras de lograr una reparación simbólica. De este modo, el ensayo apunta hacia maneras no convencionales de la administración del derecho y la justicia a través de la narración y la escenificación ofrecida por las mujeres sobrevivientes.

El último ensayo del número, escrito por Santiago Andrés Gómez, retoma la historia colombiana desde un ángulo distinto, pero, en cierto modo, concordante con las propuestas de Louis y López Plazas. A través de un novedoso análisis de la novela histórica *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez, el ensayo de Gómez contextualiza la figura histórica de Simón Bolívar según patrones de exaltación y desmitificación para abogar por una lectura más compleja que apuntaría hacia una lección política en torno a la necesidad de conciliación—algo que también se entrevé en los otros ensayos de este número. Según Gómez, el dispositivo del *ritornello* (una serie de tropos musicales y poéticos articulados por la recurrencia de un motivo) es usado en la novela para presentar los vaivenes entre el declive físico del Bolívar y su cima como héroe mítico latinoamericano. Este vaivén recurrente de la enfermedad del héroe agónico, que Gómez nos detalla con claridad en su análisis, pone en evidencia que ni la simple desmitificación histórica ni la exhaustiva exaltación de Bolívar son el objetivo ideológico de la novela. Más bien, la lectura ofrecida por Gómez sugiere que, a través del *ritornello*, se ofrece una creación literaria cuya soberanía estética permite entradas, salidas y vueltas en torno los ideales del poder. De este modo, García Márquez buscaría una creación estética que salga de ideales estancados y evite aferrarse a juicios parciales.

Para completar este número se incluye una entrevista a Juana Alicia Ruiz Hernández, coordinadora de la Asociación de Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Mampuján, colectivo que se dedica a preservar la memoria histórica de quienes sufrieron el conflicto armado en Mampuján. A través de un diálogo con Jokabeth Ramos, se detallan las iniciativas de este colectivo y la creación de telares (*quilts*) como un método de construcción comunitaria para las mujeres víctimas del conflicto. Finalmente, este número se cierra con dos reseñas: una del libro de Sergio Ospina Romero sobre el músico Luis A. Calvo y su rol dentro de la historia cultural colombiana; y otra sobre la última novela de Rafael Reyes-Ruiz titulada *El samurai*, que explora cuestiones de migración y autoexilio.

Desde el equipo editorial de *Revista de Estudios Colombianos* esperamos que este número inaugural de la nueva etapa digital sea del agrado de nuestros lectores y marque un buen comienzo para una divulgación amplia de los estudios colombianos a nivel global.

The Making of an Intellectual: Orlando Fals-Borda, 1948-1958¹

Juan Mario Díaz / University of Sheffield, UK

In 1969, James J. Lamb invited Fals-Borda to be part of the Board of Trustees of the Centre for the Study of Development and Social Change, Massachusetts, USA, to which Fals-Borda reply: “Dear Jim: I have been trying to disattach [sic] myself from portions of the North American heritage which I had received, and with which I find myself increasingly at odds” (FOFB. Digital. Relaciones_Internacionales, Europa_II_Suiza_05).² As the letter goes on, Fals-Borda explained that: “For this reason I cannot identify myself with any institution of the United States that would uphold or sustain the present economic and social policies pursued toward the nations of the Third World” (FOFB. Digital. Relaciones_Internacionales, Europa_II_Suiza_05).

What portions and to what extent he wanted to detach himself from them is a question that has been only recently examined (Díaz 2007), which, in turn, gave way to a critical view of a number of analyses that divide Fals-Borda’s career into clear-cut sequential stages. Gonzalo Cataño, for instance, suggested three phases and Melciades Vizcaíno used three rather vague labels.³ Pereira Fernandez adopted a “before and after” Fals-Borda’s commitment to theories of modernisation and US developmental policies. As Pereira argues, “[Fals-Borda] gradually abandoned those approaches and began a new intellectual career marked by an autonomous and politically radical perspective” (Pereira 2008, 376).

The approach adopted in this article is more in accord with J. M. Rojas Guerra’s words in the preface of Fals-Borda’s *Anthology*: “Las contribuciones de [Fals-Borda] al conocimiento científico de nuestra realidad social son claramente ilustrativas de la metáfora que se utiliza para representar la dialéctica: la espiral, o la circularidad siempre abierta, que nunca se cierra” (2010, 10). Indeed, the image of an ever-open spiral seems to be in tune with Fals-Borda’s understanding of his own work. In a letter to Tomás Ducay and his wife, Mary, from Geneva, 1968, Fals-Borda, telling his friends about his lectures at London University, wrote: “Son elaboraciones de mis viejos temas subversivos ... según veo, están recibiendo aplicación en Europa antes que en Colombia.”⁴

By looking at Fals-Borda’s involvement with the functionalist school in a new light, this article argues that Fals-Borda’s “old subversive topics” (more easily recognised after his commitment to the peasant struggle for land in Cordoba, Colombia, in the early 1970s) can be better understood if they are analysed against the backdrop of his personal and professional motivations to become a sociologist. Accordingly, this

article looks at Fals-Borda’s formative years in the US and at his employment and projects in Colombia between 1948 and 1958. It follows a narrative approach because not only historical sequence dictates its structure but also its ultimate aim is to let the young Fals-Borda’s voice be heard. This approach has greatly profited from my access to hundreds of Fals-Borda’s original archival documentation. These include correspondence with his family, friends, colleagues and tutors in the US and Colombia. In particular, letters to and from Lynn Smith, the tutor of his doctoral research at University of Florida, with whom Fals-Borda cultivated a long-life friendship and discussed at length his project in the rural community of Saucio.⁵

From the Military Academy to Musical Sociology

In 1942, Fals-Borda left his home in the Caribbean city of Barranquilla to enter the Military School in Bogotá. His marks were not good enough to allow him to be promoted to the Military Academy, but promotion was possible due to the influence of his cousin, the writer Jorge Zalamea Borda, who was President López Pumarejo’s private secretary. Fals-Borda was put on the short list of candidates. On 5 February 1943, a satisfied Fals-Borda wrote to his family: “Heme aquí, pues, como cadete efectivo del Ejército Colombiano.” (Letters from Fals-Borda to his family on 05 and 10 February 1943. FOFB. Doc_Personales, Escuela_Cadetes_42).

Despite Fals-Borda’s parents having had to sell a house to defray his expenses at the Academy, and despite his own progress and adaptation to military life, in June 1944 his mother unexpectedly informed him that there was a scholarship available for him to study for his B.A. in the US. María Borda de Fals, a social activist and leading member of the Presbyterian Church, had obtained the scholarship from the Institute of International Education through the US Embassy in Colombia (FOFB. Universidades, Dubuque_08-09). She, however, left to her son the decision of whether to take it or not. Without too much hesitation, Fals-Borda left the Military Academy to undertake his B.A. in English Literature and Sociology at the University of Dubuque, Iowa.

Very little is known about Fals-Borda’s years in Iowa; however, on occasion of his graduation, a local newspaper headed: “Latin-American Wins Acclaim,” and highlighted that: “Orlando [Fals-Borda]’s record while on the Dubuque

campus has been most unusual, his interests very diversified.” As the newspaper explained:

In October 1944, he came to Dubuque on a missionary scholarship, and he was graduated this June. While here he majored in English and Sociology. In his senior year he was chosen for Who’s Who among Students in American Universities and Colleges, a choice based in part upon his widespread activities: President of Pan American Club for two years, member of the International Relations Club, associate editor of the student newspaper, the “Cue”, member of the Year Book staff, vice-president of the student Council in 1946, member of the Men’s Chorus, and member of the Gospel Team. His interests further included intramural basketball, tennis, swimming and dramatics (FOFB. Universidades, Dubuque_17).

In the picture accompanying the news, alongside with Fals-Borda appear his mother and his brother Jaime who went to the University of Dubuque in summer 1946 to pursue a pre-med course. The note, expressing the reformist optimism of the time, concluded that: “The measure of good-will and friendliness brought by this Colombian family to the Dubuque campus, were it to be multiplied a thousand times, would make the Good Neighbor Policy a living reality” (ACH-UN, FOFB. Digital. Universidades, Dubuque_17).

In 1948, Fals-Borda returned to Colombia to work in the Youth Presbyterian Centre in Barranquilla and soon thereafter, he moved to Bogotá where he worked as director of the choir of the Presbyterian Church. Interestingly, his first approach to *la Violencia*—the conflict into which the followers of the Liberal and the Conservative parties were dragged which left more than 200,000 civilians dead between 1946 and 1958—comes from his passion for choral music. It was a polyphonic piece named “Mensaje a Colombia”, composed after the assassination of the liberal leader Jorge Eliécer Gaitán in April 1948—an expression of “incipient musical sociology,” as Fals-Borda put it. More than fifty years later, when “Mensaje a Colombia” was played at the First Presbyterian Church of Barranquilla in January 2002, Fals-Borda recalled that this as well as a few others he composed whilst being one of the tenors of the choir of the University of Dubuque, were religious but also inspired by a sense of patriotic duty. Regarding these compositions Fals-Borda wrote: “Las había empezado cuando con mis amigos del Centro Juvenil Presbiteriano sentimos el impacto desastroso de la revolución del 9 de abril [1948]. Con ellas quise combinar las preocupaciones políticas con la esperanza de una intervención superior y divina para sacar a nuestro país de los peligros inminentes. Mi plegaria entonces sigue vigente” (FOFB.Doc_Personales, Iglesia_Presbiteriana_Música_Coral_22-23).

Along the same lines was his short speech when “Mensaje a Colombia” was performed by the Philharmonic Orchestra and the Polyphonic Choir of the National University in May 2003: “En 1948, cuando lo compuse conmovido por la catástrofe del comienzo de la Violencia, esa pieza expresó una esperanza de redención que no pudo tener eco. Tampoco cuando me convertí en sociólogo y junto con respetados colegas, estudié más a fondo tan trágico destino” (FOFB. Doc_Personales, Iglesia_Presbiteriana_Música_Coral_19). He was referring to the attempts to silence his book *La Violencia en Colombia, 1962*, the first comprehensive analysis of the *Violencia* and, as he recalled, “[his] first expression of abandonment of the functionalist model” (Cendales 2005, 24).

The homage that both the Presbyterian Church of Barranquilla (2002) and the National University (2003) paid to Fals-Borda by playing his music were interpreted by Fals-Borda himself not only as acts of reconciliation (since he had left the university in 1969 and was excommunicated from the Presbyterian Church of Colombia in 1972) but also as a recognition of what he called ‘his second nature’: “Es mucho, pues, lo que mi musicalidad debe a la Iglesia, en lo que puede ser una segunda dimensión de mi persona, tanto o más satisfactoria que la científica; en realidad pienso que la una me ha ayudado con la otra, si analizamos las estructuras multivocales de algunas de mis obras” (2009, 26).

Despite Fals-Borda’s passion for choral music, the job as director of the choir of the Presbyterian Church was only temporary since soon thereafter he engaged in what was his first short job as sociologist, as I will explain next.

Fals-Borda’s Early Declaration of Values and the “New Generation”

In April 1949, after offering his service to the Ministry of Education, Fals-Borda was appointed as researcher on a social project of the Instituto de Antropología Social in the small town of Vianí—a pilot project of community development funded by UNESCO. “The minister said,” Fals-Borda wrote to his mother, “they were going to appoint me as the person in charge of the archives, because there were many disordered papers in that office” (FOFB. Doc_Personales, Instituto_Antropología_Social_Colombia_04). This is how he recalled it more than fifty years later:

[There was] a problem: my boss told me I shouldn’t establish any contact with the people in the village ... When my boss arrived eight days later, the first thing people told him was that I had established a close relationship with the priest, offering to be his organist for the mass, and that the mayor and I used to go to the bars to drink beer. He saw the organized archive, but he said: You haven’t complied with the rules, so I’m going to dismiss you. If you don’t want

to be dismissed, submit your resignation. I was fired from my first position as a sociologist after 20 days because I had established contact with the people. This was really the beginning of my sociological career (Cendales 2005, 13).

In the memorandum with the reasons asking Fals-Borda to resign, Gabriel Ospina Restrepo, Director of the Institute, explained that the young sociologist not only disobeyed him but also became a “serious threat to the institute’s harmony.” This episode, also remembered humorously by Fals-Borda himself, has served to his biographers to emphasise that a people-centred approach was a hallmark of Fals-Borda’s career. Much as it was true, what is noteworthy lies behind the anecdote. On 31 May 1949, the 24-year-old Fals-Borda signed a letter of resignation, not without first writing a letter to Ospina Restrepo. The missive was far from being a complaint or a personal recrimination. With the benefit of hindsight, it can be read as a young Fals-Borda’s declaration of values. Here are a few relevant fragments:

Quiero por medio de la presente expresarle lo que pienso, con el solo deseo que lo que aquí escriba pueda ser de ayuda y motivo de progreso, ya que todos decimos perseguir un noble fin, cual es el de la redención moral y material del pueblo colombiano. Usted ha hecho una gran labor [...] pero esto no da fundamento a su afán de mantener a la población y funcionarios, bajo un control absoluto. Ninguno de los empleados del Instituto podíamos hablar con los campesinos acerca de lo que más nos interesaba a todos: el proyecto social. [E]s mi opinión que toda cosa buena mientras más conocida es más amada. Si el Instituto es bueno y marcha a su meta con justicia y rectitud, debe soportar por lo menos las preguntas y observaciones de los interesados...

Realmente Ud. ha hecho una gran labor al asegurarse la adhesión de los dirigentes del pueblo, pero no ha alcanzado al pueblo mismo [...] Esto me lleva a pensar que, al menos por ahora, se interesa más por su propio proyecto (la posición en el gobierno y en la sociedad, el tener máquinas, vehículos y empleados, el dar órdenes, etc.) que por el mismo pueblo a quien supone servir. Pueda ser que Ud. en un día no lejano se dé cuenta de la importancia de establecer aquel contacto constructivo y directo con el pueblo que es básico en toda obra social ...

Según he podido observar—y usted mismo me lo ha dicho—en todas partes cree Ud. ver enemigos en potencia que quieren despojarle de lo que Ud. ha alcanzado. Usted vive esperando a que sus asociados lo traicionen para tener el gusto de eliminarlos... Sin duda Ud. estará sonriéndose de mi ingenuidad... Pero por favor recuerde que... si el país va

a progresar en todo sentido, un movimiento debe comenzar con nosotros los de la nueva generación (FOFB. Doc_Personales, Instituto_Antropología Social_Colombia_01-03).

The tone and the spirit of this letter cannot but recall Walter Benjamin’s “Experience,” an article published pseudonymously in 1913 when he was 21 years old. “In our struggle for responsibility,” says Benjamin, “we fight against someone who is masked. The mask of the adult is called ‘experience’. The adult has always already experienced everything ... It was all illusion — often we feel intimidated or embittered. Perhaps he is right. What can our retort be? We have not yet experienced anything.” The years of youth, a brief night, will be followed by ‘grand experience’: the years of compromise, impoverishment of ideas and lack of energy. Such is life. Benjamin’s article is an attempt to lift the mask—“What has this adult experienced? This”, he answered, “the meaninglessness of life. Its brutality.” Herein lies the secret, Benjamin said: “because he never raises his eyes to the great and the meaningful, the adult has taken experience as his gospel ... He has never grasped that there is something other than experience, that there are values — inexperienceable — which we serve” (Benjamin, 2004, 3).

An exhaustive analysis of Fals-Borda’s letter falls out of the purpose of this article. Nor is there space for drawing a parallel of affinities between these two authors. However, looking at Fals-Borda’s letter through the lens of Benjamin’s “Experience” helps us analyse a key element in Fals-Borda’s career: his search for a different (spiritual, socio-political and academic) experience from that that had been bequeathed to him and his generation. In Fals-Borda’s own words: “the search for something better” (Díaz 2017, 35-36).

With a reflective tone, Fals-Borda analysed his boss’s attitudes one by one—namely, authoritarianism, discrimination, dogmatism, decision-taking based on prejudices and fears, and search of personal benefits—not as individual shortcomings but as a reflection of the vices of the bureaucratic apparatus. This, according to Fals-Borda, came in the wake of the political violence aggravating the social crisis that was impinging upon the “moral and spiritual redemption of the country.” Indeed, the death toll had risen to 18,500 in 1949 and by 1951, after the first year of Laureano Gómez’s authoritarian regime, more than 50,000 civilians had been killed for political reasons.

Only after his analysis of *la Violencia*, conducted in 1962, did Fals-Borda grasp the scale of the daunting task his generation carried upon their shoulders. After those years of terror, “the country requires unprecedented efforts and perseverance to produce ‘something better.’” “Better,” in this sense, wrote Fals-Borda, “refers to the configuration of a new social structure based on the actual application of recognized ideals such

as justice, respect for life, and encouragement of the creative impulse” (1964, 30).

Gravitating around this idea of betterment, we can recognise in Fals-Borda’s letter at least three values that he fruitfully developed throughout his career: firstly, his criticism of dogmatism. One of the most consistent tenets of Fals-Borda’s intellectual career was that all criticism must be based upon empirical knowledge, not on speculation. As J.M. Rojas pointed out, Fals-Borda responded to criticism of his works with further research. Indeed, Fals-Borda’s almost thirty years of trial and error with action research were not only a search for “the better” but also an enduring struggle against deeply entrenched political, religious and ideological dogmatism. It furthermore represented a struggle against functional positivism as a form of scientific dogmatism. “For the researcher, error is only an aid to truth,” states Benjamin, “To the one who strives, experience may be painful, but it will scarcely lead him to despair”. On the contrary, as Benjamin carries on, the philistine is satisfied with error: “You will never find the truth!” he exclaims to the researcher. “That is the philistine’s experience” (2004:3-4).

Secondly, his criticism of any individual or collective attempt to capture the moral high ground based on righteousness and demonisation of the Other—something that his family experienced as liberals and Presbyterians under the Conservative regimes’ religious and political intolerance during *la Violencia*. The figure of *la Violencia* and the state of cultural and economic stagnation of the rural population discredited that political leadership that boasted of being both enlightened and progressive.

Thirdly, as Fals-Borda recalled it in a conference in the US in 1995, when he posed questions such as how to bring together academic knowledge and ordinary people’s wisdom and how this could counter systemic injustice in the 1970s, he was scolded by his former tutors for going astray. The seeds of his understanding of participation as a critique of the asymmetry implied in the subject/object relationship, which also characterised hierarchical orders and traditional social research—part of his commitment to establish genuine and constructive contact with people to carry out social research. This element became increasingly apparent in his first project of social research with the rural community of Saucío, the birthplace of modern Colombian sociology, as will be seen in the next sections.

Winston Brothers Company and the Rural Community of Saucío

In the light of his resignation, Fals-Borda was offered a transfer to another section of the Ministry of Education. He opted instead to leave. His enthusiasm and eagerness to work were at odds with the bureaucratic ways of the Ministry. As

he wrote to his brother Pedro about his resignation: “Ha sido lo mejor que me ha podido suceder [...] ahora sé lo que son los planes sociales del gobierno, sus hombres y sus intrigas. Si hubiera permanecido en Vianí a pesar de todo, hubiera tenido que perder parte de mi personalidad y mi manera de ser, y entrar a hacer prácticas contrarias a mi conciencia” (FOFB. Doc_Personales, Instituto_Antropología_Social_Colombia_19). A newspaper advertisement for a bilingual secretary led him to his next job. It was at the Winston Brothers Company, which was building a dam in the canyon of the Sisga River, fifty-six miles north of Bogotá. Soon after, Fals-Borda wrote to Kenneth Wernimont from the American Embassy in Bogotá on 14 June 1949: “I am satisfied with my new work, considering that I have managed to keep myself in contact with the peasants” (FOFB. Doc_Personales, Instituto_Antropología_Social_Colombia_18).

Working as the director’s assistant, the newly graduated sociologist Fals-Borda started his career as a participant-observer in Saucío, a small neighbourhood near the company camp at Sisga. Soon after, he moved in to Saucío and, for two years, he became fully embedded in the ordinary conditions of life endured by the family who “adopted him”. “In Saucío, Fals-Borda performed farm chores and dressed in the typical *ruana* (a kind of poncho), boots and khaki pants. He even altered his mode of speech so as to eliminate traces of class superiority in his dealing with peasants” (Goulet 1974, 58-59).

Telling his brother about the new job at Winston Brothers Company, Fals-Borda wrote: “En esta forma permanezco en contacto con los campesinos, a quienes deseo conocer mejor antes de emprender ningún proyecto sociológico de mi propia iniciativa” (FOFB. Doc_Personales, Instituto_Antropología_Social_Colombia_9). In fact, his job at Winston Brothers Company not only provided him with the contact of a rural community but also made possible for him to carry out an MA in rural sociology at the University of Minnesota. His dissertation, “Peasant Society in the Colombian Andes,” in 1953, was a historical and ethnographic-based study of the origins, development and life of the Saucío community. In 1955, when it was published, Fals-Borda, commenting on the innovative approach of and the good reviews on his work, would write to W. J. Rohan “Although the book is scientific, we all expect that it will sell well because it is the first of its kind coming out of Colombia, and in a sense, from Latin America” (FOFB. Digital. Libros, Peasant_Society_Colombia_35-38).⁶

All started in early March 1950, when F. Oclassen, Fals-Borda’s boss, was requested to write for the company’s magazine, the *Winstonian*, an item about the Sisga project. A week later, Oclassen replied to headquarters in Bogotá: “Nothing happens in Sisga. No shooting, no killing—the job (is) going on at its steady pace as usual.” “However,” he went on, “if this old gringo has nothing to write home about, why not let a native express his thoughts. A victim was

soon found in the person of our secretary—Señor Orlando Fals-Borda. We all like Orlando, an efficient young man with both Colombian and American background ... with the hope of returning to the States for further studies, after the completion of the Sisga job” (FOFB. Documentos_Personales, Winston_Bros_Company_01).

The article Oclassen asked Fals-Borda to write for the *Winstonian* was front page in April 1950. In it, Fals-Borda expressed his great appreciation of values such as “spontaneous fellowship”, “wholesome interchange of ideas and skills,” and “efficiency and love of the work” which he regarded as “essential in raising the standard of living of the country” (FOFB. Documentos_Personales, Winston_Bros_Company_02-04). Fals-Borda’s article attracted the attention of the company’s president, W. J. Rohan, whose impression was, as Fals-Borda was told, that nobody had put Winston Company’s mission in such clear and simple terms as he did in his article. Hence, when Rohan visited Colombia, he did not hesitate to offer Fals-Borda a post in the United States so that he could do his MA whilst working in the headquarters in Minnesota. A jubilant Fals-Borda (who had unsuccessfully tried to obtain another scholarship for his MA from the Institute of International Education—from which institute his mother obtained the scholarship for his studies in the US in 1944) wrote to his mother:

El viernes pasado sucedió algo extraordinario, que salvo causas imprevistas puede facilitar enormemente mi regreso a los Estados Unidos. Fue algo inesperado, que vino como caído del cielo, pero que demuestra que Dios no nos ha abandonado, sino que sus caminos, aunque confusos, llevan a metas seguras. La propuesta para mi viaje vino nada menos que del presidente de la Winston Bros. Company, actualmente en una gira por Colombia. (FOFB. Documentos_Personales, Winston_Bros_Company_05).

Fals-Borda only concern was, as he wrote to his mother, how to coordinate the company’s aid with his future plans to return to Colombia as a sociologist to contribute toward the need of socio-economic transition in the rural area. This aim so early defined in Fals-Borda’s career, from which he did not waver in the face of professional opportunities in the US, is the backdrop against which must be seen what some critics contemptuously call his “positivist stage.”

Moreover, the job at Winston Brothers Company not only gave Fals-Borda the opportunity to live within a rural community and set out his own research but it also allowed him to witness and analyse meticulously a process of rapid sociocultural change caused by the overwhelming impact of modern technological development on a pre-capitalist society. Additionally, his work as the all-round director’s office man and then as an improvised, though successful, accountant

gave Fals-Borda a great deal of managerial experience, from which his later projects profited greatly.

“You are laying the foundations of a sociology in Columbia [sic]”: 1955–1958

In 1953, Fals-Borda’s plans were to return immediately to Colombia after finishing his MA degree; however, a Guggenheim scholarship gave him the opportunity to complete his PhD at the University of Florida, where he published his MA thesis in 1955 (ACH-UN, FOFB. Digital. Universidades, Minnesota_18).⁷ After completion of his doctoral thesis “Fragmentation of Holdings in Boyacá, Colombia,” Fals-Borda returned to Colombia, where he worked as an assistant chief of socio-economic studies for the Servicio Técnico Agrícola Colombiano Americano (STACA), a joint programme of the US Point IV Program to Colombia and the Ministry of Agriculture.⁸ Despite his expectations, he could not be hired as a rural sociologist ‘for the simple reason such a job does not exist at present’, a letter from STACA explained (FOFB. Datos Personales, Servicio Técnico Agrícola Colombiano Americano STACA_03). This job, in which he conducted a study to foster colonisation of the western slopes of the Andes in Boyacá, allowed him some time to work on the Spanish edition of his doctoral thesis—published as *El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas para una reforma agraria* in 1957.⁹

On 15 April 1957, Fals-Borda resigned from STACA to work in cooperation with the Centro Interamericano de Vivienda (CINVA, Inter-American Centre for Housing) as a consultant. Simultaneously, the Office of Social Security of the Ministry of Labour commissioned him to carry out a demographic analysis in four *departamentos* of Colombia (Antioquia, Cauca, Cundinamarca, and Chocó), which in turn allowed Fals-Borda to fill several notebooks with first-hand information about areas that had been most affected during *la Violencia*. In February 1958, Fals-Borda went to Brazil to conduct a study on tropical housing (FOFB. Brasil. Correspondencia_Brasil_36-39). This did not stop him from working on the report on the agro-sociological experiment in Saucío that he had started in 1956 (Fals-Borda’s letter to Lynn Smith on 10 December 1957; FOFB. Universidades, Florida_67).

This project, which aimed to foster productivity and better standards of living amongst peasant farmers in Saucío, was Fals-Borda’s main concern, as his correspondence during this period indicates. Written with an enthusiastic tone, Fals-Borda’s letters to his friends and colleagues were full of graphic descriptions about this programme. This enthusiasm also permeated his letters declining professional opportunities in the US.

The first one, a letter date 6 July 1956, offered him an appointment as lecturer at the University of Dubuque. Consistent with the aim he had set out six years earlier, he explained:

I certainly would like to enjoy the advantages and the great teaching opportunities offered by the University of Dubuque. But I feel morally obligated to continue my present work, a mission for which I have trained and to which I feel that I should devote my life. I owe this loyalty to my country and its people. Thus, I am unable to accept your offer [...] The land problem is Colombia's most urgent [...] as you may see, I am engaged in activities that require some perseverance. It may be difficult, uncomfortable, and perhaps dangerous, but I must keep on pushing (Letter to G. M. Couchman, President of University of Dubuque, and Leo Nussbaun, Dean of the College of Liberal Arts on 12 July 1956; FOFB. Universidades, Dubuque_03).

The project, though incipient, had drawn the attention of some authorities and international scholars, which made Saucío an example of social development in the late 1950s.¹⁰ Describing the relevance of this programme and how his initial impulse was “picking up momentum”, Fals-Borda's letter put in perspective his decision. He also outlined a series of on-going activities:

1) After six years of contact with an agricultural community, I am at last succeeding in channelling social change toward what I feel are progressive outlets. For instance, for the first time in local history farmers have disinfected their seed and practised seed selection in the field; 2) Out of 41 varieties of blight-resistant potatoes introduced by me from Minnesota in 1952, six have survived. But they are the best potatoes in the region. I am supervising the multiplication of this seed; 3) Two months ago, I introduced a scythe for wheat harvesting, in an attempt to displace the ancient and inefficient sickles that the farmers still use. Likewise, other improved farm implements will be tested in an effort to reduce the toil of agricultural tasks and to increase production per capita. I am selecting some of these implements during my present stay in the United States. (FOFB. Universidades, Dubuque_03).

On the positive effects of the technical innovations, including the new type of potatoes, Fals-Borda wrote to his PhD supervisor Lowry Nelson: “Two of them have been marketed successfully in Bogotá. As these varieties are superior and taste well, they are becoming more and more accepted by the local farmers” (FOFB. Universidades, Minnesota_24; 26).

The second letter was dated on 19 November 1956, this time from John M. Maclachlan, to lecture at Grinnell College,

Iowa. Fals-Borda replied in the same tone as before: “A possibility such as [that] is a great temptation. But I should remain in Colombia doing research and engage in some applied sociology. The latter, as you know, is much needed in view of the rapid growth of this country and perhaps I could aid in smoothing somewhat the transitional stage” (FOFB. Universidades, Florida_76-77). Fals-Borda seemed very excited about the technical innovations, but the project was highly innovative in another respect: the creation of the conditions for the emergence of a new ethos of social action, in which Fals-Borda saw one of the deepest meanings of socio-cultural change. As his letter of 17 February 1958 to Lynn Smith stated in regards to the publication of a study on social change and technical improvement in the rural community of Saucío “I hope that you will like the report, especially for the evidence gathered that these peasants are people with initiative, with potentialities of inventiveness, and able to exercise drive once convinced of the benefits.” He concluded: “This is like discovering a gold mine under the dirt: discovering the great potentialities of our people” (FOFB. Universidades, Florida_5).

The discovery that Fals-Borda mentioned was not simply the people's good qualities, which he had already prized in the final chapter of his *Peasant Society* (1955), but people's potentialities for organised action.¹¹ About this process, that he called the ‘evolutionary stage of a rationalistic impulse of social change’ in Saucío (1959, 36), he had kept exhaustive records. As he explained in a letter to William F. Ogburn during his stay in the US in the summer of 1956: “I am planning to use schedules in 1960 and to compare results with 1950 results. In this manner I hope to isolate a number of items for which the objective observation made during these intervening years may throw light as to actual process of change” (FOFB. Universidades, Florida_81).¹² Such a process of evidence-based social research was indeed a breakthrough in the social science in the country. When Lowry Nelson learnt about it, he wrote to Fals-Borda on 15 November 1957: “You are laying the foundations of a sociology in Columbia [*sic*]” (FOFB. Universidades, Minnesota_27).

The Scientific Knowledge of Social Reality

A key element in understanding Fals-Borda's dialectic between his personal motivations (utopianism) and his scientific formation (empiricism) might be sought in his dissertation's epigraph: “Think not that in the king's palace you will escape. For if you keep silence at such a time as this, relief and deliverance will arise ... from another quarter ... Who knows whether you have not come for such a time as this?” (1955, vii, ellipses in the original). The lack of confidence in “the king's palace” refers to the circles of the elite, he said, ‘unable to meet with intelligence and integrity the challenges that arise from within their society’ (1955, viii). Thus, relief

and deliverance, namely intelligent leadership working on far-sighted policies, will arise from another quarter.¹³

In the late 1950s, a quarter ready to support Fals-Borda's enterprise was a weekly seminar called *Tertulia de los Sábados*. A small group of intellectuals created it after the programme of Social Science of the Escuela Normal Superior was dismantled by the conservative regimes during *la Violencia*. Some of its members would be the first lecturers of the School of Sociology founded by Fals-Borda, who also frequented the *Tertulia* (Jaramillo 2015, 4). Virginia Gutiérrez de Pineda, one of the lecturers of this School, in whose house the meetings were held, remembered that when Fals-Borda returned from the United States he was talking of sociology as a science:

Quería que una élite intelectual, después de una estricta formación teórica, se proyectara sobre el campo de la realidad nacional. Quería que se analizara cada fenómeno social: que se dijera con cifras concretas la angustia tenencial del hombre del agro, se desplegara en cifras su éxodo urbano, se proyectara la nacionalidad en el pasado y en la etnia y se analizaran los factores propicios y negativos al cambio. (Gutiérrez Virginia, speech on 2 April 1966; FOFB. Universidades, Nacional_101).

Before this, sociology's academic institutionalization took place in terms of the so-called *Sociología de Cátedra*, that is, as part of other disciplines, mainly philosophy, education and law. Therefore, structural-functionalism was more than a trend: it represented the theoretical and methodological birthplace of professional social sciences in Latin America. For all its shortcomings, structural-functionalism (which demanded validity and reliability similar to those of the exact natural sciences) transformed Latin American sociology into a statistically and methodologically valid subject. Until then it had been stagnating, based on speculation.¹⁴

Indeed, Fals-Borda's high regard for factual evidence and for impartial verification engulfed all areas of research: from long-term analysis of the historical evolution of land distribution to the observation of individual cases exhaustively analysed and accurately reported—a practice that in his time was very rare. His study on “Costos de Producción Agrícola en un Minifundio: Trigo y Ajo” was a rigorous study in which every aspect and stage was meticulously quantified. By drawing a parallel between traditional and the more systematic and technical forms of production, Fals-Borda managed to quantify both the farmers' meagre profits and the losses due to ignorance of techniques, methods and resources then available. The data on agricultural production previously available, as he pointed out, was inaccurate and, above all, omitted the real implication of agrarian production for people's lives. As he wrote in his case study on the costs of production of wheat and garlic in a smallholding:

Hasta hace relativamente poco tiempo había una completa ignorancia en Colombia, y algo de desinterés también, sobre los costos de producción agrícola. Es cierto que se habían compilado cifras de producción agrícola nacional... pero ningún especialista utilizó estos datos como punto de partida para estudios de campo más realistas y detallados (Fals-Borda 2010, 25).

To policy-makers, however, “scientific” agriculture meant “mechanised” agriculture. However, mechanisation was extremely difficult under the circumstances: complex land ownership, colonial methods of cultivation, superstitions, small isolated and fragmented farms plus the rough geographical conditions. In contrast, to Fals-Borda, “scientific” agriculture meant: first, gaining enough understanding of the human dimension of a social reality without which social change is not possible.¹⁵ By jointly analysing social structure and cultural traditions, Fals-Borda had discovered that behind peasants' resistance to change lay a deep-rooted relationship between man and the land, which he called the peasantry's philosophy of life. Only by taking into account such a concept of life could the peasantry's potentialities be channelled into constructive ends (1955, 245-247).

Second, it meant gradual transition to modernisation of the traditional rural activity enhanced by education. From his observations during the construction of the dam in Sisga, Fals-Borda concluded that an increase in economic benefits (for instance, farmers' greater purchasing power or more free time) would not necessarily improve personal and social development—only an approach based on education, he argued, would succeed in preventing further rural stagnation. His ideas on the role of education were also welcomed by Robert J. Havighurst, from the Committee on Human Development, who requested and defrayed the cost of the translation into Spanish of Fals-Borda's Master's Thesis's chapters 13 and 14 for the UNESCO manual on Society and Education in Latin America.¹⁶

Almost a decade after Fals-Borda's first contact with the community of Saucío, education appeared to be the means under which the traditional ethos of passivity and submission could be progressively moulded into a more emancipative one—albeit an education able to instil in the people “an earnest desire to get away from the practices that have maintained them poor morally, spiritually, and physically for so many decades” (1955, 81). In this vein, the construction of the local school of Saucío became a symbol, in fact a national monument, of such socio-cultural change. Firstly, it was the action of an organised community that used local labour to achieve communal aims; secondly, the first Board of Communal Action in Colombia was established in the facilities of that school in Saucío (Cendales 2005, 25-26).

On 12 February 1958, Fals-Borda wrote to Lynn Smith: “I am taking up the study [on social change and technical improvement in the rural community of Saucío] with the Minister of Agriculture one of these days, in an attempt to secure more backing for the program. We all feel that we are hitting on a very significant problem” (FOFB. *Universidades*, Florida_5). In 1959, in spite of his lack of confidence in “the king’s palace,” Fals-Borda channelled his knowledge of the problems of the rural life into institutional projects. He accepted an appointment as a vice-minister of Agriculture. The ideal of arriving at a “scientific legislation” fostered by an intelligent and skilled leadership able to meet both social problems with integrity and to work on far-sighted policies, which he had envisioned in 1949, proved to be even more relevant one decade later in the aftermath of *la Violencia*. At the same time, he, along with Camilo Torres, founded the School of Sociology of the National University.

Conclusion: On Fals-Borda’s Empirical Utopianism

I would like to conclude with a few notes on Empirical Utopianism—a provisional concept I introduced in a previous work to describe Fals-Borda’s dialectic between idealism and pragmatism (Díaz, 2017). In this article I have looked at a period during which Fals-Borda had more questions than answers—despite, or perhaps due to, his lack of experience he managed to explore with fresh eyes the *terra incognita* of the Colombian rural world and rose to the daunting challenges of his generation in search for betterment. Despite the importance of this period in Fals-Borda’s academic career, his

engagement with the positivist functionalism has overshadowed his later contributions to critical thought and practice in the Global South. Prejudices of this sort ignore not only the role of positivism in establishing the bases of the professional sociology in Latin America but also the centrality of empirical knowledge in Fals-Borda’s search for a method of both social research and political participation from the early 1970s onwards. Moreover, this prejudice overlooks that Fals-Borda’s dialectic between his utopian motivations and his empirical analysis of social reality was epistemological in its most essential sense: a radical rupture with dogmatism, fanaticism, and speculation. These years were for Fals-Borda, using the title of one of Gaston Bachelard’s books, the years of “the formation of the scientific mind.”

Another decisive element to understanding his intellectual and political career is that Fals-Borda was committed to the reality of the rural population rather than any theory or institution, thereby his early abandonment of functionalism. Therefore, his intellectual life was not the result of theoretical or ideological ruptures but a continuous dialectic between his vocation as social scientist and his determination to foster social change to the benefit of the people of his land. The early synthesis of this dialectic was a unique form of empirical utopianism. With the benefit of hindsight, we can say that Fals-Borda knew something different that the overwhelming experience of the adults could neither have given to him nor taken away—this was his truth to which he owed his fidelity. “The youth will experience spirit,” says Benjamin, “and when he becomes a man, the youth will be compassionate. The philistine is intolerant” (2004:4).

Notes

1. This article is based on the first chapter of my doctoral research project “Orlando Fals Borda or The Ethics of Subversion: Towards a Critique of Ideology of Political Violence in Colombia, 1948–1974,” which I carried out thanks to a University of Roehampton full scholarship for the period 2012–2015. I worked under the supervision of Dr. Carrie Hamilton. For my research, I did two three-month periods of fieldwork in Colombia. There, Dr. Mónica Moreno generously shared archive material obtained for her own research. I express my thanks to the staff of the Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional, Bogotá (ACHUN/B), especially to Gabriel Escalante, whose unconditional help enormously facilitated my work; the Archivo General de la Nación, Bogotá; the Biblioteca de la Universidad Javeriana, Bogotá; the British Library, UK; and the Library of Roehampton University. My greatest debt of gratitude is to Gill for her dedication to the entire final manuscript.
2. Archivo Central e Histórico, Universidad Nacional de Colombia, Fondo Orlando Fals-Borda (ACH-UN, FOFB). Digital. *Relaciones Internacionales, Europa II, Suiza_05*. I use FOFB as an abbreviation for citation purposes.
3. “La primera, que está vinculada con sus estudios de sociología en Estados Unidos y con la creación de la Facultad de Sociología... La segunda, la ‘sociología comprometida,’ que se inició con *La Subversión en Colombia, Visión del Cambio Social en la Historia* (1967). La tercera etapa, que comenzó en los años setenta y se prolongó hasta el final de sus días” (Cataño 2008, 79-98). Estas etapas serían: 1) De la realidad a la utopía; 2) La sociología y la realidad sociopolítica colombiana; y 3) Investigaciones y vida individual, familiar y política (Vizcaino 2008, 569-594).
4. Geneva, 22 May 1968. ACH-UN, FOFB. Digital. *Universidades, Universidad_Nacional_75*. The lectures he talked about

were five lectures delivered by Fals-Borda at the Institute of Latin American Studies London University in 1968. Published in Fals-Borda's *Revoluciones Inconclusas de América Latina 1809–1968*.

5. Professor Lynn Smith from the University of Florida, one of the most relevant academics on rural sociology in the US, was also involved in both teaching and consultancy of large-scale projects of rural modernisation in Brazil, Ecuador, Peru, Mexico, Cuba, and Panamá.
6. Letter from and to Claudia Wheaton, a donor toward the publication of Fals-Borda's Peasant Society, on 18 and 21 September 1954.
7. Lowry Nelson congratulating Fals-Borda for the completion of his PhD: "I take pleasure in sending you the hearty congratulations of Mrs. Nelson and myself. Even though your degree was granted by the University of Florida, we shall always claim you as one of our 'children' also." Letter on 30 September 1955.
8. Point IV was a programme established after President Truman's "good will" policy in 1949 for Latin American countries, which implied scientific and technical cooperation.
9. As Fals-Borda wrote to Lynn Smith on 10 April 1957: "My new book is going to press next week. I was very fortunate in having the financial and distribution backing of the editors and printers, in such manner that I have to foot only one third of the bill. This is most unusual in Colombia, where authors have to pay all expenses and distribute the copies themselves." In October that year, Fals-Borda wrote to Smith: "the book has had a 'phenomenal' sale in Colombia (in comparison with other books), as it is being sold at the rate of 100 per month" (FOFB. Universidades, University_Florida_70; 64). The book was revised, re-edited and published again in 1973 with a new introduction. In 2002, after Fals-Borda's Honoris Causa Doctorate, the UPTC published it again.
10. Fals-Borda wrote to Professor Lynn Smith: "The ambassador of the United States ... has expressed his desire to visit Saucío. I had just called the alcalde of Chocontá to let him know, as the date is April 28" (Letter on 10 April 1956; FOFB. Universidades, Florida_54; 82). Lynn Smith himself visited Fals-Borda's project during the summers of 1956, 1957 and 1958.
11. "The farmers' hospitality and agreeableness of nature, their dogged constancy, their hard-working faculties, their objectivity in regard to the practical aspects of life, the sense of security and harmony which they have learned to find in their own neighbourhood, their faith in the Eternal"(Fals-Borda, *Peasant Society*, 246).
12. Letter to Prof. William F. Ogburn, Department of Sociology, University of Florida on 25 June. From the letter to Lynn Smith on 10 April 1956, it is possible to know that he was teaching a six-week course of sociology at the Alabama College, 18 June–31 July.
13. The sociologist G. Restrepo has suggested a psychoanalytical interpretation of this epigraph. For him, Fals-Borda's identification with *Esther* reflected Fals-Borda's feeling of guilt since he was criticising the establishment whilst being a public servant. For his criticism, Restrepo referred to the Spanish edition 1961—in which year Fals-Borda was certainly working for the Ministry of Agriculture and the National University. However, he seems to ignore that the book he was talking about was Fals-Borda's MA dissertation, written in 1953 and published in English in 1955 when he was finishing his PhD at the University of Florida (Restrepo 2008, 599).
14. Letter from Henri A., Fals-Borda's student then doing a PhD at Universidad Autónoma de México, on 3 October 1969 (ACH-UN, FOFB, Digital. Relaciones Internacional, Bolivia, Cuba, Ecuador, Mexico, Argentina_Mexico_28).
15. "Muchos economistas y profesionales aconsejan la mecanización como si esta fuera una panacea que curara todos los males agrarios. Es probable que la introducción de maquinaria agrícola se justifique en haciendas y tierras planas... pero recomendar[la] a un minifundista, es erróneo" (Fals-Borda 2010, 30).
16. I am referring here to "The Development of the Peasant Individual" and "The Role of Religion in Peasant Life,' respectively. See letters from and to Robert J. Havighurst on 13 February and 8 April 1958 (FOFB. Libros, Peasant_Society_Colombia_15-17).

Works Cited

- Benjamin, Walter. 2004. "Experience". 1913. *Selected Writings 1913–1926*, vol. 1. Edited by Marcus Bullock and Michael W. Jennings. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Cataño, Gonzalo. 2008. "Orlando Fals-Borda, sociólogo del compromiso". *Revista de Economía Institucional*, vol. 10, no. 19, pp. 79-98.
- Cendales Lola et al, 2005. "One sows the seed, but it has its own dynamics: An interview with Orlando Fals-Borda". *International Journal of Action Research* 1, no. 1, pp. 9-42.
- Díaz, Juan Mario. 2007. "Orlando Fals-Borda or The Ethics of Subversion: Towards a Critique of Ideology of Political Violence in Colombia, 1948–1974". Doctoral Thesis. University of Roehampton, London.
- Fals-Borda, Orlando. 1995. *Peasant Society in the Colombian Andes*. Gainesville: University of Florida Press.
- . 1959. *La Teoría y la Realidad del Cambio Sociocultural en Colombia*. Monografías Sociológicas N. 2. Bogotá: Departamento de Sociología Universidad Nacional.
- . 1964. "The Role of Violence in the Break with Traditionalism: The Colombian Case" In *The Sociologists, the Policy-Makers and the Public. The Sociology of Development*. Volume III. Transactions of the Fifth World Congress of Sociology, Washington D. C., 2-8, September. Washington: International Sociological Association.
- . 1995. "Research for Social Justice: Some North-South Convergences". Plenary Address at the Southern Sociological Society Meeting, Atlanta.
- Fondo Orlando Fals-Borda, Archivo Central e Histórico (ACH-UN, FOFB), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Goulet, Denis, 1974. *A New Moral Order. Studies in Development Ethics and Liberation Theology*. Maryknoll, New York: Orbis Books.
- Jaramillo, Jaime Eduardo. 2015. "Redes académicas en las ciencias sociales en Colombia: de la Escuela Normal Superior, a la 'Tertulia de los sábados' y a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia (1940 – 1970)". XVII Congreso Nacional de Historia, Bogotá.
- Pereira Fernández, Alexander. 2008. "Fals Borda: La formación de un intelectual disórgano". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 35, pp. 376-411.
- Restrepo Gabriel. 2008. "Cuando cae el telón principia la obra: en memoria de Orlando Fals-Borda." *Espacio Abierto* vol. 17, no. 4, pp. 595-613.
- Rojas Guerra, José María. 2010. Prologue to *Antología*, by Orlando Fals-Borda (Bogotá: Vicerrectoría Académica Universidad Nacional Editorial).
- Vizcaíno, Melciades. 2008. "De la realidad a la utopía: una incursión por las vida y obra de Orlando Fals-Borda". *Cuaderno Venezolano de Sociología*, vol. 17, no. 4, pp. 569-594.

Bicycling as a Response to *La Violencia*: The First *Vuelta a Colombia*, January 5-17, 1951

Jane M. Rausch/ University of Massachusetts Amherst

Sport historians have long recognized the relationship between sport and nationalism. As suggested by the editors of the recent anthology *Sports and Nationalism in Latin/o America*, more often than not, sports have been “a key arena for official forms of nationalism aimed at integrating a given society in the face of internal differences or for schemes aimed at taking advantage of sports’ deep popularity to obtain political gains and legitimization” (Fernández L’Hoeste, McKee Irvin, Poblete, 2015, 2). Even in Colombia, a country broken into disparate regions that geographically reinforce the emergence of distinctive cultures, sports at various times have surmounted this obstacle to play a crucial role in the establishment of a sense of national identity.¹

One of these critical moments occurred in January 1951, when in the midst of a brutal civil war known as *La Violencia*, thirty-one cyclists embarked on the first *Vuelta a Colombia*, a bicycle race modeled after the Tour de France. For fifteen days accounts of their progress over 1,254 kilometers of roads—more often paths of sand, mud, and stone—through Cundinamarca, Tolima, Viejo Caldas and Valle del Cauca replaced daily reports of atrocities occurring throughout the country. Thanks to the development of radio (a medium that like sports became another method of binding Colombian regions together), commentator Carlos Arturo Rueda, aided by Julio César Cortés and Álvaro Muñoz, accompanied the cyclists in his own truck and broadcast details of the race using a transmitter and telephone lines. Rueda’s minute-by-minute account of the *Vuelta*’s progress captivated national attention. As Patricia Londoño writes, “His ability to colorfully describe different aspects of the route and the efforts of individual cyclists enthralled listeners throughout the country and for a short-lived period overrode deep-seated political feuds and animosities” (Londoño Vega, Londoño Vélez, 1989, Iv: 370).

After briefly reviewing the political realities of Colombia in the 1950s, this essay traces the history of Colombian cycling in the first half of the twentieth century and the simultaneous development of radio that was creating an audience for sport spectacles. Presented in this context, the analysis of the January 1951 *Vuelta* that follows offers a new perspective on the policies adopted by the Conservative President Laureano Gómez during the *Violencia*. Based on contemporary sources, it also seeks to explain why professional cycling emerged second only to soccer, known locally as *fútbol*, as the nation’s

most popular sport and why Colombians have embraced their *pedalistas* (cyclists) with a passion unique in Latin America.²

The 1940s: Political Turbulence and the Beginning of the *La Violencia*

In the first half of the twentieth century, the traditionally intense animosity between the Conservative and Liberal parties rose to a fever pitch after the disputed election of 1946 brought the Conservative candidate Mariano Ospina to the presidency. Two years into his administration the murder on April 9, 1948 of populist Liberal leader Jorge Eliécer Gaitán touched off a riot of unprecedented proportions that later became known as the *Bogotazo*. On the initial (though erroneous) assumption that Ospina’s government had ordered Gaitán’s murder; the event further inflamed hatreds between Conservatives and Liberals creating a de facto civil war that Ospina’s government was powerless to control. Tensions heightened on November 9, 1949 when Ospina Pérez closed Congress, decreed a state of siege, limited civil liberties and assumed discretionary powers. These draconian moves were followed in 1950 by the election of ultra Conservative Laureano Gómez in a contest boycotted by the Liberals (Rausch, 2013, 30).

On January 1, 1950 president-elect Gómez delivered a new year’s greeting to the nation that promised a bright future if everyone would work together in a spirit of patriotic harmony. Unfortunately, especially in Andean rural areas *La Violencia* only intensified, and the death toll during Gómez’ first year in office reached 50,000 (Henderson 2001, 322). Expanding into new regions (eventually all of Colombia except the Caribbean area was affected), the conflict increasingly assumed the nature of a class struggle as peasants defied the efforts of landowners and their hired thugs to eject them from their parcels, and Communist Party activists began organizing uprooted peasants into self-defense strongholds. The period between 1949 and 1953 saw a rise of resistance in guerrilla zones inhabited by peasants and fugitives fleeing from regions marked by anarchy or terror, many of which were located in the *llanos*, the plains covering vast expanses in the eastern part of the country. As Robert Dix points out, “The guerrilla bands were spontaneous in origin, restricted in their range of operation, and limited in their goals—which were

often those of self-defense or revenge against local political enemies or local officials” (Dix 1966, 322).

On October 28, 1951, Gómez suffered severe heart attack that forced him to relinquish power to Vice President Roberto Urdaneta Arbeláez. Nevertheless, he continued to direct the government from his sickbed. Gómez attempted “to restore order through the principle of centralized, vertical and hierarchical authority” by turning back the clock on reforms promoted by previous Liberal administrations, but his policies were only partially successful (Osterling, 1989, 91). Although the national economy improved, wages lagged behind prices; the government forcibly broke up strikes, and for laborers it was the worst of times. Given this chaotic situation, the simultaneous emergence of professional sports such as cycling and soccer (largely overlooked by scholars of the period) offered a welcome distraction from the grim realities of daily life.³

The Introduction of Radio in the Early Twentieth Century

Notwithstanding occasional political turbulence, many aspects of modern life had made their way into Colombia during the first half of the twentieth century. One of the most far-reaching developments was the adoption of relatively simple equipment that could transmit by radio all types of messages. By the 1930s Colombia had access to technology that permitted long distance radio diffusion. This new medium quickly emerged as a means of communication that could circumvent geographical obstacles that had long bedeviled national integration (Castrillón Gallego 1915, 3).

Commercial radio stations began operations in the United States in the 1920s. In those years, Colombians, if they owned short-wave receivers, could hear programs broadcast from the US as well as Mexico, Buenos Aires, and Havana. On April 2, 1923 President Pedro Nel Ospina officially inaugurated the first national radio station in Engativá, Cundinamarca. His successor, Miguel Abadía Méndez authorized public radio broadcasting over station HJN or Radio Nacional in Bogotá on August 7, 1929. The following December the first privately owned station, KHD “La Voz de Barranquilla” went on air and, in January 1930 Gustavo Uribe Thornschildt and Roberto Jaramillo established the first commercial radio station, HKF. On February 28, 1931 President Enrique Olaya Herrera issued Decree no. 423 designed to facilitate the process of radio licensing and operation, and, in 1935 Cine Colombia obtained the right to import and distribute RCA transmitters throughout the country. As a result, the number of stations dramatically increased from 17 in 1934 to 70 in 1941. By that year, most major cities in Colombia had at least one broadcasting station, and Bogotá and Medellín each had six (Pareja 1984, 20-32).

At its inception, Colombian leaders considered two models of radio broadcasting. The first was the European model of

state-controlled radio in which governments monopolized the content of programs and financed operations by licensing each radio station and collecting from it a monthly or annual fee. The second model, adopted by the United States, gave private interests a free rein to broadcast whatever they wished, while relying on advertisements to pay for the programs. Before 1934 Colombian leaders experimented by mandating a state-controlled system, but after that year, when there were already 5,000 receivers in the country, commercial radio expanded the listening audience and gradually dominated the airways (Pareja 1984, 16; Uribe Celis 1992, 67).⁴

From the beginning of 1930s, Colombian stations explored the feasibility of covering major sports events. The country received sports transmissions first via telephone from the US in 1922, but, with the introduction of broadcasting using transmitters and FM frequency modulation, it was possible for Colombian sportscasters located at an actual sport arena to narrate events back to a central broadcasting station. When automobile races, soccer contests, and international competitions such as the Bolivarian Games of 1938 could be described as they were happening via radio, the programs, sponsored by advertising from a multitude of companies, quickly attracted a massive following.

By the 1950s, an estimated half a million Colombians owned receivers. President Gómez astutely realized that radio provided the most immediate way to reach out to all regions of the country and that sports were an excellent way to distract the public from accounts of horrific violence sweeping the country. Athletic competitions filled 25 percent of commercial programming during his regime while radio emerged as the primary vehicle the promotion of soccer, boxing, and athletic contests, and for building popular cults around players and teams (Pareja 1984, 82).

Sports commentators played a key role in this development. The most prominent was Carlos Arturo Rueda Calderón (1918-1995), who is generally regarded as the “inventor” of Colombian sports narration (*El Tiempo*, June 23, 1995). Rueda Calderón was born in San José, Costa Rica on October 28, 1918, the son of Alfredo Rueda, a politician from Santander who had relocated to Costa Rica during the turmoil caused the War of a Thousand Days (1899-1903). The Rueda Calderón family later moved on to Caracas where Carlos at age 11 narrated his first game—a baseball contest played by his school—for Radio Caracas. In 1934 the family moved again, this time to Bogotá, and Carlos Arturo, who was training to be a boxer, applied to the Nueva Granada Broadcasting system for the opportunity to transmit directly from the Teatro Olimpia a boxing bout between Colombian Francisco Mamatoco Pérez and Trinidadian Bill Scott. Rueda was only sixteen years old at the time, but his commentary was a success, and he earned seven pesos for his effort. His next exploit was to go to the office of another station, Broadcasting (one of the broadcasting stations [*emisoras*] of the time)

to hire him to narrate soccer games played on the fields of the Colegio San Bartolomé in Bogotá. To convince the directors of his qualifications, he narrated an imaginary game naming all the players. After this feat, his ability was well established (*El Tiempo*, June 23, 1955). In 1936, the organizers of the Bolivarian Games taking place in Bogotá hired Peruvian Juan Cedón to narrate the events keeping Carlos Arturo as a kind of substitute in case Cedón needed assistance. During the intermission of a basketball game between Colombia and Peru, an inebriated Cedón ceded the microphone to Rueda: “By the end of the game, the Peruvian, deeply impressed by Rueda Calderón’s commentary, resigned while still on the air, saying: ‘I am not needed here, because you have the best sportscaster in all America’” (*Semana*, July 10, 1995).

In 1938 Rueda Calderón became a naturalized Colombian citizen and married Liliana Tirado of Manizales. Hired the previous year by Radio Manizales, he had already created a popular sports program *Momento Deportivo* (A Moment in Sports), which he opened with the soon to become famous line: “I, Carlos Arturo say...” *Momento Deportivo* was his true launch into Colombian radio. Soon he was receiving dozens of offers to narrate soccer, boxing, basketball, and athletic contests. Working for various stations, he toured the country until the Bogotá station Nueva Granada offered him regular employment with an attractive salary of 240 pesos monthly plus the rent of a furnished apartment (*El Tiempo*, June 23, 1995).

Carlos Arturo was a revolutionary in his profession. Before him, sports in the country were distant and far from the people, but this gifted announcer created images of the events, added humor to his commentary and gave distinctive nicknames to the players. His emotional call of *goooo!* during a soccer game in 1938 became one of his most enduring legacies, and he never left his listeners without knowing what had happened at the end of a cycling stage or a football game. In the opinion of *El Tiempo*, “His work stood out for three aspects: the creativity of his phrases, the velocity of his accounts, and the nicknames he gave to everyone (*El Tiempo*, June 23, 1995). There is little doubt that the impact of his narration of the *Vuelta a Colombia* in January 1951, coming in the early part of his career, was a critical component to the rise of the Colombian passion for cycling that endures to this day.

The Arrival of Bicycles to Colombia

The adoption of bicycles in Colombia closely mirrored their introduction into the cultures of other Western World countries. In the early 1890s, Ernesto Duperly Desnoües began importing the two-wheeled devices still known as velocipedes (*velocípedos* in Spanish), first to Cartagena and then to Bogotá.⁵ By 1894, Colombian newspapers were reporting that the new machines, already enthusiastically

embraced by Europeans, were popular in Bogotá among both men and women. On July 22 of that year, the first race of velocipedes with prizes for the winner took place (Londoño Vega, Londoño Vélez 1989, IV: 361). By 1896 sales of Columbia and Hartford brand bicycles were flourishing in the more populous cities. Two years later one hundred aficionados in Bucaramanga started the first organized bicycle club, the *Sociedad Ciclista*. Meanwhile, in Bogotá, *ciclistas*, urged on by Guillermo Pignalosa, who later became the director of the *Asociación Colombiana de Ciclismo* (*Aciclismo*), began competing in short races between Calle 26 with Carrera 7, and from Calle 63 to the north, returning via Carrera 13. Two *velódromos* (velodromes)—one in the Plaza de los Mártires and the other in the Quinta de la Magdalena—were built specifically for the use of cyclists (Forero 1989, VI: 371).⁶ In rural areas peasants and farmers continued to rely on mules and burros for transportation, but during the first half of the twentieth century, bicycles proliferated in the towns. Many youths found employment by using bicycles to make deliveries of market purchases or as messengers for local establishments. Soon bicycle racing was a popular event in department capitals, municipalities, *veredas* (districts), and along the roads.

In 1896, at the first Olympic games held in Athens, the International Olympic Committee included track cycling, but road racing in Europe (with the exception of England, where track racing was preferred) quickly became the most prominent and popular manifestation of competitive cyclists. These races had the advantage of being accessible to all. Since no tickets were required, the public could gather along the roadsides of the route and cheer the riders on as they streaked by. Reports of these European races in the local media clearly increased Colombian enthusiasm (*Credencial Historia* 205, No. 181).

The *Tour de France* was the first national road race. Sponsored by the Paris newspaper *L’Auto*, it took place July 1-19 in 1903. The cyclists rode some 2,428 kilometers in six stages through French terrain that passed through the Pyrenees and the Alps. At the end of this grueling ordeal, Maurice Garin emerged as the winner. In 1909, the Italian newspaper *La Gazzetta dello Sport* organized a similar race, the *Giro d’Italia*. Luis Ganna won this competition, which covered 2,448 kilometers of Italian territory in 8 stages. Not to be outdone, in 1935 Spain inaugurated the *Vuelta a España*, but the *Tour de France*, held annually (with the exception of the years during the two world wars), retained its status as the Holy Grail for aspiring bicycle racers. As historian David Herlihy writes in *Bicycle: The History*: “Tales of heroic cyclists in the mountaintops fighting off their rivals and the elements quickly became part of popular lore” (Herlihy 2004, 385). Such reports further motivated Colombian cyclists who were participating in shorter races between Bogotá and Tunja; Tunja and Bucaramanga; and Medellín and Sonsón. In 1938, cyclists took part in the first *Juegos Deportivos Bolivarianos*

held in Bogotá to mark the 400th anniversary of the founding of the city, and the government issued Decreto 2216 creating the *Asociación Colombiana de Ciclismo (Aciclismo)* to organize bicycle sports in the country.⁷

The First *Vuelta a Colombia*

Between February 28 and March 12, 1950, undeterred by the violence sweeping their country, Colombian athletes participated in the *Juegos Centroamericanos y del Caribe* held in Guatemala City. In its 4,000-kilometer bicycle race, *Zipaqueño* Efraín Forero Triviño set a new championship record in defeating teams from Mexico and Cuba. On mounting the victors’ podium and hearing the national anthem, the 19-year-old Forero was deeply moved by the international prestige cycling had brought to his country (Forero Nougé 1989, VI: 372). His impressive success would win him the sobriquet “The Indomitable Zipa,” and he was to become the first of Colombia’s cycling heroes (Rendell, 2002, 7).⁸

Ten years earlier cyclists had begun to think seriously about holding a *Vuelta a Colombia* à la *Tour de France*, but their dreams were stymied by the abysmal conditions of the country’s roads (many of which were barely passable on foot), and also by the unprecedented political violence that had intensified after the assassination of Jorge Eliécer Gaitán in 1948. The idea was born in Bogotá around the *tintos* and *tragos* (coffee and drinks) of the tables of the *Café Pasaje*

between November and December of 1950. Two journalists for *El Tiempo*, Pablo Camacho Montoya and Jorge Enrique “Mirón” Buitrago together with Efraín Forero, Mariano Martínez, Guillermo Pignalosa and Donald Raskin decided to approach Enrique Santos Castillo, editor-in-chief of *El Tiempo*, to suggest that the paper sponsor a race similar to the *Tour de France*. Santos had grave doubts about the viability of such an extensive race. While races held between Bogotá and Tunja had been successful, one that would take cyclists through departments with roads less well maintained seemed problematic. To prove that such a contest was possible, Forero, Raskin, and Martínez decided to make a trial run from Bogotá via Honda to Manizales, capital of Caldas, a distance of approximately 300 kilometers. With Forero on his bicycle and Raskin and Martínez following by car, no difficulties were encountered between Bogotá and Honda. In Honda the Ministry of Public Works provided a pickup truck, but the driver did not think it was possible to drive to Manizales, and, after reaching Padua, he refused to continue. Nevertheless, Forero pedaled ahead to Manizales, and the others arrived by car some two hours later. Once the group returned to Bogotá to report their success, Santos complied with his promise to sponsor the *Vuelta* (Galvis 1997, 85).

The organizers laid out the proposed race to cover 1,254 kilometers during January 5-16. They divided it into ten stages interspersed by two rest days (listed below) that traversed through Cundinamarca, Cauca, Antioquia, and Caldas:

The First *Vuelta a Colombia* (*El Tiempo*, January 4, 1951)

Stage- Sponsor	Date	Route	Distance (Kms)
1. Avianca	January 5	Bogotá- Honda	163
2 Asociación Nacional Atlético	January 6	Honda-Fresno	41
3 Bavaria	January 7	Fresno-Manizales	100
	January 8	Rest in Manizales	
4 El Tiempo	January 9	Manizales-Cartago	76
5 Flota Grancolombiana	January 10	Cartago-Cali	210
	January 11	Rest in Cali	

The First Vuelta a Colombia (*El Tiempo*, January 4, 1951)

Stage- Sponsor	Date	Route	Distance (Kms)
6 El Tiempo	January 12	Cali-Sevilla	169
7 Avisos Zeón	January 13	Sevilla-Armenia	63
8 Bavaria	January 14	Armenia-Ibagué	100
9 Avianca	January 15	Ibagué-Giradot	88
	January 16	Rest in Giradot	
10 Millonarios	January 17	Girardot-Bogotá	140

As sociologist David Quitián observes, all these stages were held in Andean departments and followed routes carefully devised to circumvent areas where incidents of violence were still intense—a pattern that would continue for the next six annual *Vueltas*.⁹ Fashioned in this way, he argues, and promoted by radio, the *Vuelta* along with the organization of professional soccer (begun with the first national championship held in Bogotá in 1948), would come to symbolize the difference between a “civilized country” with its regions pacified and the nation in arms that was outside central control (Quitián 2015). It is important to add that, while laid out to avoid violence, the majority of roads composing the route were riddled with holes, rocks and dust, and, on occasion, covered by streams of water that forced the cyclists to ford on foot carrying their machines. Perhaps only Forero Triviño was truly prepared for such a challenge, since he already had some knowledge of the terrain.

In the weeks leading up to the race, *El Tiempo* extensively promoted the event describing it as a “*Tour Criollo*” following the example of the *Tour de France*. Just as in France, where the competitors were known as *routiers*, *El Tiempo* referred to the Colombian racers as *ruteros* (routers) and it emphasized that the terrain the Colombians faced would be more difficult than that comprising the French race, because the Andes were much higher than any mountains cyclists in Europe might encounter (*El Tiempo*, January 5, 1951). Santos convinced eight well-established companies —Avianca, Bavaria, El Tiempo, Lansa, Ultra, Flota Grancolombiana, Avisos Zeón, and the Club Deportivo Los Millonarios— to sponsor one or two of the stages. Before registration was closed on December 20, thirty-five cyclists from seven departments had signed up, but only thirty-one actually appeared on January 6: fifteen from Valle; seven from Cundinamarca; three from Nariño; two from Antioquia; and one each from Tolima, Santander and Cauca. Forero from Zipaquirá, Cundinamarca was clearly the favorite, but among the other likely challengers were

the *antioqueños* Roberto Cano and Pedro Nel Gil; Luis Galo Chiriboga and Óscar Oyola from Valle, and Carlos Orejuela of Cundinamarca.

At 8:00am in Bogotá on January 5, 1951 some 3,000 spectators gathered near the starting line on Avenida Jimenéz with Carrera Séptima in front of the offices of *El Tiempo*. Efraín Forero was the last participant to arrive, causing some concern, but on sighting him “a human avalanche ran to the Parque de Santander, applauding the great *zipaquireño*,” an action reflecting the enormous public admiration he already inspired (*El Tiempo*, January 6, 1951). The cyclists had no special uniform. Some were wearing *fútbol* shorts; others had leather caps, and most sported shirts carrying such messages as “*Radio Loco los saluda*” or “*Planta de Soda de Zipaquirá*,” (Zipaquirá Bottling Co.). Among the bicycles they would ride were five Cazernaves and three Daytonos, but the rest were the heavy machines that their owners used to carry bread or correspondence in their employment for some company (*El Tiempo*, January 19, 1951). At 8:08am Pignalosa told the riders to line up, and at 8:10am *El Tiempo*’s “Mirón” lowered the black and yellow flag to start the race.

Once the racers were off, Efraín’s brother, Rayado Forero, followed them driving an automobile. With him were Pignalosa, Martínez, Zuleta, and Raskin. Other vehicles included a car loaned by a tailor, Ismael Ramos; a truck hauling the cyclists’ equipment; cars sent by Bavaria and the Planta de Soda de Zipaquirá; a Red Cross ambulance, and the RCN *transmóvil* which carried radio technicians and Carlos Arturo Rueda, who as commentator for the Nueva Granada radio station, initiated the “first, vibrant, and legendary transmission of Colombian cycling” (Silva Guzmán 2017, 17; Caicedo Garzón, 1991).¹⁰

During the first stage of the race, the cyclists could not avoid accidents despite efforts of the police to clear the route.

There were falls and broken bicycles, and worst of all, Jorge Ramírez (Valle) collided with an illegally parked auto in Facativá, fracturing his collarbone. Forero, despite experiencing six tire punctures managed to be the first to reach Honda with an advantage of 23 minutes over the next competitor. On January 6, as seven thousand supporters cheered him on, Forero was also first to cross the finish line of the second stage in Fresno (*El Tiempo*, January 7, 1951).

On the morning of January 7, the racers tackled the third stage sponsored by Bavaria. This section was considered one of the most difficult since it involved the racers climbing the Alto de las Letras to an altitude of 3,400 meters and then descending to some 50 meters above sea level. It was during that descent that Forero suffered a violent fall, landing in a ditch. His right knee was injured, but fortunately his bicycle was undamaged. Forero's mother, who was a passenger in one of the accompanying cars, helped him to remount, and he was able to make up the distance he had lost to win the stage with a time of 5 hours and 41 minutes—four minutes ahead of the second finisher, Roberto Cano (*El Tiempo*, January 8, 1951).

Alberto Galvis suggests that the first doping incident in the history of Colombian cycling took place during the rest day in Manizales. Carlos Casas Morales, the *Vuelta's* official doctor, provided some tablets to the racers to strengthen and protect them from the cold because he believed their extreme efforts were going beyond normal human limits.¹¹ For extra endurance the cyclists drank herb tea and ate *panela* (hard, brown sugar). They spent the day making repairs to their bicycles and relishing the spontaneous support they were receiving from fellow citizens. For example, Avianca delivered to José Álvaro a new bicycle along with some money that had been collected in his hometown of Facativá. Carvajal y Compañía, the multinational based in Cali, sent a jeep with spare parts to their cyclist, Galo Chiriboga. Antonio Garcés Uribe brought from Envigado two bicycles, spare parts, and money for the *antioqueños* Cano Ramírez and Pedro Nel Gil, but unfortunately the bikes were too heavy to be used unless there was an emergency. Letters, including several offers of marriage, arrived from all parts of the country to further encourage the cyclists.¹²

By the time the bikers set out on the fourth stage on January 9, sponsored by *El Tiempo*, many additional cars had joined the caravan that would follow the cyclists through Antioquia and Valle. Accompanying Carlos Arturo Rueda in his *transmóvil* were vehicles transporting “coaches, quacks and pseudo-mechanics, motorcyclists, and mothers of the racers who frequently asked if they were in pain, prepared their favorite food, put them to bed, and lighted candles to pray for them” (Galvis 1997, 86).

Forero had hoped to win all ten stages of the *Vuelta*, but on the fourth stage he arrived in Cartago 33 seconds behind the

antioqueño Roberto Cano, and during the fifth and longest stage sponsored by Flota Grancolombiana, he collided with a car causing unanticipated delay. While not seriously injured, he finished second in Cali behind Oscar Oyola from Valle, where they were greeted by 50,000 fans (*El Tiempo*, January 11, 1951).

Forero did manage to win four of the last five stages in spite of mechanical difficulties. The exception was the Avianca ninth stage when his bicycle chain broke three times causing delays that prevented him from beating Oyola in Girardot. On the eighth stage sponsored by *Bavaria*, he was the first to cross the finish line despite riding on the rims of his bicycle's wheels due to a flat tire that occurred on the descent into Ibagué. At the end of the tenth stage, he arrived in Bogotá two hours, 19 minutes and 48 seconds ahead of Roberto Cano, who was in second place (Silva Guzmán 2017, 18; Rendell 2002, 22).

On entering Muzú in the southern zone of Bogotá, Forero found a crowd of some 30,000 persons waiting to receive him. By winning the first *Vuelta a Colombia*, he had become a great national sport hero who radio commentator, Carlos Arturo Rueda nicknamed “the Indomable Zipa” (Silva Guzmán 2017, 18). Closely following the racers, Rueda had broadcast the details of each of the stages as they were happening.¹³ Since by 1950 there were half million battery operated radio receivers in a country of 11½ million inhabitants, his “play by play” account, replaced for a time reports of *La Violencia's* horrors. Reaching out, not just to the common people in the towns, but also to *campesinos* in the rural areas throughout Colombia, Rueda's broadcast of the *Vuelta* helped to create a sense of a “single country—discernible and indubitable” (Uribe Celis 1992, 96). Historian Castrillón Gallega adds the following: “Much of the collective memory that was constructed about this event was due to the voice of Carlos Arturo Rueda, the names with which he baptized the racers...and his magnificent narratives” (Castrillón Gallego 1915, 6).¹⁴

The *Vuelta's* Aftermath

Thirty cyclists completed the *Vuelta*. Listed below are the first ten finishers along with their team identifications and times: (*Vuelta a Colombia* 1951).

Position	Cyclist	Team	Time
1	Efraín Forero	Cundinamarca	45 h 23 min 8 s
2	Roberto Cano	Antioquia	+2 h 19 min 48 s
3	Pedro Nel Gil	Antioquia	+2 h 37 min 0 s
4	Luis Galo Chiriboga	Valle	+4 h 48 min 37 s
5	Carlos Orejuela	Cundinamarca	+4 h 48 min 37 s
6	Leoncio Celis	Cundinamarca	+4 h 55 min 39 s
7	Óscar Oyola	Valle	+5h 10 min 13 s
8	Juan José Medina	Valle	+5 h 52 min 16 s
9	Marino Gutiérrez	Valle	+ 7 h 44 min 46 s
10	Carlos Buitrago	Cundinamarca	+8 h 0 min 8 s

It should be emphasized that all the cyclists were from the lower class. By attempting what was then regarded as almost an inhuman feat, their main object was to escape poverty—to overcome their own physical limits and to win prizes to support their families. A victory in even one stage of the *Vuelta* offered the possibility of patronage and employment.

Such hopes bore immediate fruit. Massive festivals awaited the participants in their hometowns irrespective of their positions at the end of the race. Zipaquirá declared January 20 a day of celebration, and the townspeople took to the streets to greet Forero. José Alfaro, thirteenth overall, was welcomed as a hero in Facatativá. In Bucaramanga, Alonso Navas, sixteenth overall, and nearly ten hours behind Forero, was accompanied from the airport by a procession led by twenty motorcyclists in single file, 300 cyclists, and numerous cars fêting Navas with their horns. Such scenes were repeated wherever riders were returning home (Rendell 2002, 22; *El Tiempo*, January 20, 1951).

The racers also received prizes from various commercial houses and private entities. For example, Panavián donated to Forero as the absolute winner a free trip to anywhere in Colombia; Almacenes Ley awarded him a silver trophy, and he collected other trophies from the Asociación Nacional de Industriales (ANDI) and the office of the Jefatura Nacional de Educación Física (National Direction of Physical Education) of the Ministry of de Education. Other cyclists won silver trophies, cameras, cocktail shakers, travel tickets, records, hats, and bottles of champagne.

The extent of this largesse alarmed President Eduardo Santos Castillo and Secretary Donald Raskin of *Aciclismo*.

On January 18 they sent a letter to all the national newspapers explaining that the Association could not permit the racers to accept these prizes—an action that might jeopardize their amateur status. Their letter stated that to avoid this result, *Aciclismo* itself would collect all money that had been offered and use it to buy spare parts and accessories to repair the racers' bicycles. It would invest any remaining funds in purchasing trophies for the winners of different stages (Galvis 1997, 88). Despite this directive, the association did not prohibit Forero from accepting the greatest prize—an invitation received on January 18 from the French Embassy in Bogotá to participate in one of the trials for the *Tour de France* (Galvis 1997, 89).¹⁵

There were other winners of the first *Vuelta a Colombia*. *El Tiempo*, which spent just 7,000 pesos (6,500 of which paid for the hotel stays of the racers) to sponsor the race, gained enormous publicity from its daily coverage of its progress throughout January 1951. For the embattled Gómez-Urdaneta Arbeláez's government, the *Vuelta* created a distraction from the incidents of violence occurring throughout the Andean and plains regions. The mesmerizing commentary of Carlos Arturo Rueda, by reaching every corner of the country, transformed the previously anonymous cyclists into heroes in addition to demonstrating the role radio would play in creating a sense of Colombian nationalism within distinct regions.

Perhaps the sport of cycling was the most obvious winner. As David Quitán points out, the *Vuelta* had been an invention of Bogotá elites. Supported by the communication media, the race transformed an activity previously reserved to the aristocracy and lowly urban employees who used bicycles in their work, into a sport accessible to any young man who

had a bicycle and the determination to challenge Colombia's mountains to win personal glory and improved social status (Quitán 2015, 5).

Aciclismo immediately began planning for a second *Vuelta a Colombia* to be held in 1952. Frenchman José Beyaert won this contest that followed a triangular route between the three principal Andean cities of the country—Bogotá-Cali-Medellín—, but the next four annual *Vueltas* were captured by *antioqueño* Ramón Hoyos Vallejo, who replaced Forero as the foremost Colombian cyclist of the 1950s. While broadcasting the *Vuelta* in 1953, Carlos Arturo Rueda baptized Hoyos “*El escarabajo de la montaña*” (the mountain's beetle) and, by extension, Colombian cyclists ever after adopted the name “*Los escarabajos*” as a badge of honor (*Credencial Historia* 2005, No. 181).

Conclusion

It is difficult to argue that the *Vuelta* fundamentally transformed the nature of the political violence that engulfed Colombia during the Gómez-Arboleda regime. Nevertheless, as David Quitán argues, the popularity of the radio broadcasts of the race opened a crack in partisan hatreds by creating new heroes for the Colombian people and by giving them a more positive view of their country. The cyclists so extolled by Carlos Arturo Rueda were not the traditional warriors, i.e., politicians, soldiers, bandits, and guerrillas, but *campesinos*, messenger boys, and gardeners transformed into brave athletes. The race created an “imagined community,” a nation characterized by the tenacity of the *escarabajos* and their “steel machines” (Quitán 2015, 5).

On June 13, 1953, General Gustavo Rojas Pinilla led a military coup that overthrew the Gómez regime. One of his first acts was to declare an immediate amnesty for all those involved in the violence except military deserters. Between July and September 1953 over ten thousand guerrillas accepted the government's terms and, by the year's end, resettlement workers helped nearly five thousand people displaced by *La Violencia* to return to their homes. Rojas continued to support the annual *Vueltas*, and they survived the downfall of his regime on May 10, 1957, as did the resurgence of *La Violencia*.

Over the last eighty years Colombian cyclists have gone on to win fame in Europe as well as their own country. In his monograph, *Ciudadanos, calles y ciudades*, Ricardo Montezuma confesses that little is known about why the bicycle became so deeply rooted in many regions of Colombia starting in the 1950s, but he adds that it is quite likely that a key element “was the strong fan base for bicycle racing and the fervor awakened in 1951 by the country's longest race, the *Vuelta a Colombia*” (Montezuma 2011, 39). Silva Guzmán strongly supports Montezuma's conclusion, for he states unequivocally, that it was the excitement created by the courage and daring of the first competitors in the first *Vuelta* what sparked “the most beautiful and romantic launch of a national sport” (Silva Guzmán 2017, 19). Clearly, the running of the annual *Vuelta* did not end *La Violencia* for, reignited in the late 1950s, it would continue on for another decade. Nevertheless, the very existence of the race provided Colombians with a defiant alternative to civil war and class hatreds as well as an opportunity to embrace a positive view of their nation.

Notes

1. Anyone who watched the frenzied spectators at the 2018 FIFA World Cup tournament in Russia will readily understand the role that nationalism plays in international sport contests. An excellent theoretical explanation of this phenomenon can be found in the “Introduction” of *Sports and Nationalism* by Fernández L'Hoeste, McKee Irwin, and Poblete (2015, 1-18)
2. In his “Boxing in the Making of a Colombian Costeño Identity,” Sheinin underscores that boxing preceded both *ciclismo* and *fútbol* as a professional sport in Colombia. Largely practiced by Afro-Colombians living along the Caribbean coast, its popularity emerged in the 1920s and continued until the 1970s. See Sheinin 2015, 141.
3. Henderson, who provides the most complete account of the Gómez presidency in *Modernization in Colombia*, omits any mention of the efforts of his government to support the development of amateur and professional sports. See Henderson 2001.
4. For the most recent history of radio in Colombia during the first half of the 20th century, see Castrillón Gallego 2015.
5. For a comprehensive history of the evolution of the bicycle, see Herlihy 2004.
6. Forero Nougés adds that Pignalosa “was the great animator of the era not only thanks to his aptitude but to his bicycles imported from Italy which were the most modern of the time” (Forero Nougés 1989, 371).

7. In 1980 *Aciclismo* was renamed the *Federación Colombiana de Ciclismo*.” See Rendell, 2002, 131.
8. Before the arrival of the Spanish, Zipaquirá had been a Muisca settlement headed by a chieftain known as the Zipa. It was the radio narrator of the *Vuelta a Colombia*, Carlos Arturo Rueda, who first referred to Forero as “El Zipa Indomable.”
9. It was not until the running of seventh *Vuelta*, that the race included the Caribbean coast. In 1957, the route, shaped in an inverted “T”, began for the first time in Barranquilla and continued on to Cali and Bogotá. The earlier omission of the Caribbean region was not due to violence (for the coast had remained largely peaceful), but was more likely caused by its distance from Bogotá and the lack of roads suitable for bicycles. Thus, Fernández L’Hoeste maintains, the *Vuelta* was not truly “national.” While conceding that it did create a certain identity construct “as the reigning paradigm for Colombian nationality in sports,” he concludes that enthusiasm for cycling was largely an Andean phenomenon (Fernández L’Hoeste 2015, 93).
10. The *transmóvil* was a unique Colombian invention probably designed by Carlos Arturo Rueda. As defined by the *Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones*, it was a kind of truck having no specific geographic location that was equipped with a communication system. It included a broadcasting station, a radio receiver, and a relay station. Colombian historian Herbert “Tico” Braun recalls seeing the *transmóviles* as a youth. He writes: “I remember them well, not in 1951, but later, RCN, Todelar, Caracol. And I have the voice of Carlos Arturo Rueda in my head. We used to go to school with small transistor radios and an earphone, to listen to the *Vuelta a Colombia* all day long, rather than learn academic stuff. I remember those trucks, with a hole at the top and Rueda’s head poking out when the *Vuelta* arrived in Bogotá.” (Email to author, July 23, 2018)
11. Galvis is the only author to mention this incident, and he does not identify the substance that Casas Morales provided (Galvis 1997, 86).
12. *El Tiempo*, January 10, 1951.
13. For example, in Zipaquirá, Forero’s family gathered in his father’s drugstore and listened to his Emerson 1932 radio receiver to follow the progress of the *Vuelta*. See *Semana*, January 13, 1951.
14. Castrillón adds that during the X *Vuelta a Colombia* in 1960, the *Asociación Colombiana de Ciclismo* praised Radio RCN for its support of the event and especially for the outstanding work of Carlos Arturo Rueda.
15. Forero’s trip to France was delayed until 1953.

Works Cited

- Caicedo Garzón, Armando. 1991. “Clave 1951 Primera *Vuelta a Colombia*,” December 16. *El Tiempo.com*. Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1990.
- Castrillón Gallego, Catalina. 2015. “Algunos aspectos de la radio difusión y del ciclismo colombianos.” In *Revista de Extensión Cultural de Antioquia*. (July): 1-3.
- _____. 2015b. *Todo viene y todo sale por las ondas: Formación y consolidación de la radio difusión colombiana, 1929-1954*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Dix, Robert H. 1966. *Colombia: The Political Dimensions of Change*. New Haven: Yale University Press.
- El Tiempo*, January 5, 6, 7, 8, 10, 11, 19, 20, 1951; June 23, 1995.
- “Escarabajos de dos Ruedas: los velocipedistas.” 2005. In *Credencial Historia*, no. 181:1-7.
- Fernández L’Hoeste, Hector, Robert McKee Irvin, and Juan Poblete, eds. 2015. *Sports and Nationalism in Latin/o America*. New York: Palgrave MacMillan.
- Forero Nogués, Mike. 1989. “El deporte en Colombia.” In *Nueva Historia de Colombia* VI: 351-390. Bogotá: Planeta.

- Galvis, Alberto. 1997. *Grandes hazañas de Colombia*. Bogotá: Ediciones Martínez Roca.
- Henderson, James D. 2001. *Modernization in Colombia: The Laureano Gómez Years, 1889-1965*. Gainesville: University Press of Florida.
- Herlihy, David V. 2004. *Bicycle: The History*. New Haven, London: Yale University Press.
- Londoño Vega, Patricia and Santiago Londoño Vélez. 1989. "Vida diaria en las ciudades colombianas." *In Nueva Historia de Colombia IV*: 313-399. Bogotá: Planeta.
- Montezuma, Ricardo. *Ciudadanos, Calles y Ciudades*. 2011. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Osterling, Jorge P. 1989. *Democracy in Colombia: Clientelist Politics and Guerrilla Warfare*. New Brunswick, N.J.: Transaction.
- Pareja, Renaldo. 1984. *Historia de la radio en Colombia 1919-1980*. Bogotá: Servicio Colombiano de Comunicación Social.
- Quitíán, David. 2015. "La Vuelta a Colombia: una historia de nación." August 16. [https://www.razon pública.com/indes/php/suscribirse.html](https://www.razonpublica.com/indes/php/suscribirse.html)
- Rausch, Jane. 2013. *Territorial Rule in Colombia and the Transformation of the Llanos Orientales*. Gainesville: University Press of Florida.
- Rendell, Mike. 2002. *Kings of the Mountains: How Colombia's Cycling Heroes Changed Their Nation's History*. London: Aurum Press.
- Semana*, July 10, 1995.
- Sheinin, David M. K. 2015. "Boxing in the Making of a Colombian Costeño Identity." *In Sports Culture in Latin American History*: 139-160. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Silva Guzmán, Mauricio. 2017. *La leyenda de los escarabajos*. Bogotá: Aguilar.
- Uribe Celis, Carlos. 1992. *La mentalidad del colombiano: cultura y sociedad en el siglo xx*. Bogotá: Editorial Nueva América.
- "Vuelta a Colombia 1951." 1951. <http://es.wikipedia.com/wiki/vuelta>

Resignificando la historia: la clase de ciencias sociales como lugar para negociar el pasado

Tatjana Louis / Universidad de los Andes

Entre los mayores retos que la sociedad colombiana tiene que asumir en el escenario del posconflicto se encuentra el enfrentamiento con su pasado reciente. El deber estatal de memoria, como se establece en la Ley 1448 de 2011, debe responder a una gran variedad de necesidades jurídicas, políticas y sociales, como el esclarecimiento de la verdad, la (re-) construcción de la memoria histórica, la reparación (simbólica) de las víctimas y las garantías de no repetición (Art. 28, 141, 143, 145, 149). Las políticas de la memoria que se diseñan sobre la base de esta ley son un campo de acción en el que las luchas y negociaciones por una visión compartida del pasado involucran a muchos actores y múltiples voces, generando así narrativas, apropiaciones y usos distintos de la historia.

La educación formal, y más precisamente la enseñanza de la historia, tiene un lugar clave en la implementación de dichas políticas de la memoria. Es donde se forman los futuros ciudadanos y se pueden transmitir aquellas narrativas, perspectivas y posturas frente al pasado que la sociedad considera importantes para enseñarles. Aunque la enseñanza de la historia siempre es un desafío, este reto es aún más grande en un momento en el que los contenidos de la memoria histórica aún no están definidos sino que se encuentran en plena negociación. El gobierno colombiano reconoció este reto con la Ley 1874 de 2017, con la que se refuerza la enseñanza de la historia en los colegios, dándole explícitamente un espacio para la formación de “una memoria histórica que contribuya a la reconciliación y la paz en nuestro país” (Art. 1 c).

Abrir un espacio para la memoria histórica conduce sobre todo el debate de cómo llenar dicho espacio con contenidos concretos. Cómo las políticas de la memoria con todas sus luchas y contradicciones llegan a las aulas es un tema bastante discutido, no solamente para contextos transicionales, sino también en otros escenarios menos complejos. Con este ensayo hago una contribución a dicho debate, analizando el papel estratégico de la enseñanza, más específicamente la clase de historia e indagando las posibles funciones que ella tiene como lugar para (re-)negociar el pasado. En un primer paso, discuto la clase de ciencias sociales, en cuyo marco tiene lugar la enseñanza de la historia en Colombia, como campo de acción de las políticas de la memoria para luego examinar el reto particular en el contexto colombiano. Finalmente, analizo algunos materiales didácticos de historia con el fin de determinar las ofertas concretas que hacen para una

enseñanza de una imagen histórica abierta y respetuosa a las distintas perspectivas y posturas.

La clase de historia como lugar de negociación

La asignatura de historia hace parte de las materias reconocidas como ideológicas, al igual que la geografía, la ética o la educación cívica. Son ideológicas porque interpretan la realidad y forman imaginarios y posturas frente a ella. De esta manera, la clase de historia tiene una función clave para la consolidación del estado y de la nación, ya que en este marco se les enseña a los jóvenes de dónde viene la sociedad a la que pertenecen, cómo se legitima su presente y cuáles son las visiones para el futuro (Rüsen 1992). En Colombia, hasta bien entrado el siglo XX, se dictaban materias como *Historia Patria o Historia de Colombia* en los colegios, para precisamente generar un sentimiento de unidad y una lealtad frente a la nación (Melo 2010).

Hoy en día, estas perspectivas nacionales del pasado parecen haber sido superadas. En su lugar, los currículos y estándares proponen una historia global y basada en ejemplos emblemáticos. Sin embargo, dicha visión global también se construye desde un lugar nacional. Incluso o más bien precisamente en un mundo cada vez más conectado, asegurarse de la identidad del grupo, ubicar dicho grupo en el contexto local, regional y global así como legitimar las formas de convivencia siguen siendo aspectos importantes para la generación de una auto-imagen coherente (Assmann, Jan 1995, 125-133).

Como la clase de historia es el lugar para transmitir y consolidar este concepto identitario, sus contenidos son convenciones sociales. Reflejan el consenso (mínimo) social que existe en la sociedad alrededor de dicho concepto (Kahlert 2010, 41). En sociedades democráticas, este consenso es un producto de negociaciones en el área de las políticas de la historia.¹ Las políticas de la historia son un campo clave de acción donde aquellos actores socio-políticos que disponen de la autoridad discursiva necesaria para ser escuchados luchan por el poder interpretativo del pasado dependiendo de las necesidades sociales actuales. En este contexto, la historia se usa y abusa como argumento con el fin de legitimar la acción política, pero al mismo tiempo son las necesidades sociopolíticas de la actualidad las que determinan y forman

la representación histórica. En las democracias, los debates histórico-políticos son abiertos: los imaginarios del pasado que producen, aunque hegemónicos, son compromisos negociados (Wolfrum 1999, 25-32). Además, se encuentran en un proceso de revisión permanente, ya que en el momento en que las condiciones presentes cambien, las imágenes históricas pueden o incluso deben cambiar también (Assmann, Aleida 2007, 11 y Louis 2016, 44-56).

La escuela por lo general no forma parte de dichas negociaciones, sino que es una herramienta importante y poderosa para implementar los resultados. Como la asistencia al colegio es obligatoria, la clase de historia alcanza literalmente a todos los futuros ciudadanos. Adicionalmente, la clase de historia goza de una gran autoridad discursiva. Los contenidos de las enseñanzas escolares rara vez son cuestionados, sino que se perciben como “la verdad,” porque los alumnos por lo general no disponen de los conocimientos históricos necesarios ni de la conciencia crítica adecuada para deconstruirlos.

No obstante, cuando los jóvenes llegan a tener conocimientos alternativos o incluso opuestos a los contenidos hegemónicos, estos pueden ser cuestionados. En contextos como el colombiano, con un pasado reciente conflictivo, controvertido y presente para los jóvenes, las negociaciones por la memoria histórica pueden llegar hasta las aulas (AAVV 2012, 88-89).

En el contexto del posconflicto colombiano, el reto de implementar las políticas de la memoria en el aula, sin embargo, es incluso mayor. No es solo la existencia de múltiples narrativas lo que resulta desafiante, sino también la corta distancia en el tiempo. Los procesos de memoria necesitan tiempo para construir narrativas generadoras de sentido (Louis 2016, 54). En Colombia, en medio de las luchas por el pasado, las escuelas se encuentran ante el reto de implementar una pedagogía de la memoria desconociendo aun hacia dónde irá esta memoria. El proceso de paz, sin lugar a dudas, representa tal cambio en las condiciones actuales que hace necesario no solo revisar el pasado reciente del conflicto, sino se debe reexaminar la historia de Colombia en general. La búsqueda por una comprensión de las razones del conflicto inevitablemente tiene que ampliar la perspectiva temporal. Finalmente, las altas expectativas vinculadas a las políticas de la memoria—y qué decir de la superación del pasado conflictivo en todos sus aspectos—representan un reto abrumador.

Esbozar la clase de historia y las políticas de la memoria como campo de acción de las políticas de la historia ubica a la problemática en el marco de la normatividad. No hay duda que ya hay una multitud de esfuerzos oficiales y no oficiales para enfrentar el tema en la escuela. Es admirable ver que hay maestros que están asumiendo este reto de incluir los trabajos de la memoria histórica en sus clases, negociando y a veces reconciliando las diferentes posturas.² A largo plazo sin embargo, si este trabajo quiere implementarse de una manera sistemática y sostenible, no es suficiente contar con el

compromiso y el idealismo de algunos. Estos esfuerzos deben hacer parte de unas políticas educativas para tener repercusiones generales al nivel institucional y oficial, con propuestas y estrategias concretas en los lineamientos curriculares, en los planes de estudio y en los materiales didácticos.

Aquí probablemente yace una parte del problema. En el campo de la enseñanza de las ciencias sociales, Colombia tiene unas políticas relativamente abiertas en el sentido que hay poca normatividad sobre contenidos concretos de la clase. A continuación, apoyaré esta evaluación mostrando cómo el modelo curricular vigente favorece esta apertura.

Alcances y límites de la clase de historia

La mediación entre distintas narrativas opuestas o rivales, también del pasado reciente, hace parte de los retos generales de la enseñanza de la historia. Entender el pasado como una polifonía, conocer distintas perspectivas a eventos y desarrollos históricos, discutir y aceptar posiciones controvertidas, son objetivos que coinciden con las exigencias de las didácticas modernas de la historia. Desde hace más de 40 años, el objetivo central de la enseñanza de la historia se concentra en capacitar a los alumnos para desarrollar una conciencia histórica que les permita participar en los debates histórico-culturales de su presente (Schönemann 2014, 51). Por lo tanto, deben estar conscientes del carácter construido de la historia, que es nutrida por las múltiples narrativas y perspectivas, pero también por las distintas controversias que existen al nivel social y académico con respecto al pasado (von Borries 2008, 2-3 y para el contexto colombiano Arias Gómez 2015).

Ahora bien, la representación transparente, multi-perspectiva y controvertida del pasado no es una finalidad en sí, sino que debe llevar a ciertos saberes, competencias y posturas que se establecen desde un determinado contexto social, o bien nacional. ¿Cuáles son entonces dichos saberes, competencias y posturas para Colombia? No es una sorpresa que en un momento en que se está renegociando y resignificando la historia, y con ella la auto-imagen nacional, existan posturas muy distintas frente a esta pregunta.³ De hecho, por un lado, permanecen posiciones de unas didácticas tradicionales que ubican a los usos de la historia en su naturaleza como fundamento de la identidad (nacional) (de manera ejemplar en Guerrero y Weisner 2011). Ahora bien, difícilmente se puede poner en duda que una historia nacional o, para hablar en términos más generales, la memoria de una determinada cultura del recuerdo, efectivamente tiene esa función de apoyar una cierta identidad (Assmann, Jan 1995). Como única finalidad del aprendizaje histórico, sin embargo, esa postura se queda corta y no responde a los retos que está enfrentando la sociedad colombiana.

Por otro lado, se encuentran posiciones didácticas más críticas que en el caso colombiano se pueden relacionar con

los planteamientos de la llamada *Nueva Historia*, una escuela de pensamiento que, en los años 70 del siglo pasado, al abrir las representaciones del pasado hacía perspectivas tradicionalmente excluidas, desafía posturas de historia política y nacional (Arias Gómez 2015, Colmenares 1991). La *Nueva Historia* entiende el tratar con el pasado como una crítica ideológica: una búsqueda por el cambio social y la superación del sistema hegemónico tomando en cuenta los intereses y las experiencias de los alumnos (von Borries 2008, 21-22). Lo más notable de este nuevo planteamiento es el reconocimiento de los conflictos y de sus causas múltiples como parte de la historia (González 2014, 38).

Esta posición didáctica fue la base de la reforma curricular de 1984 y sigue vigente en los lineamientos curriculares actuales (Arias Gómez 2015, 139). *Me acerco al conocimiento como un científico social* es la fórmula que se encuentra en los estándares básicos de competencias en ciencias sociales y ciencias naturales (MEN 2006, 122-131) para describir un acercamiento profesional a la historia que toma en cuenta de manera transparente su carácter constructivo.

El modelo curricular colombiano es un modelo de competencias. La educación del ciudadano competente es la finalidad de las ciencias sociales en la escuela, tal y como lo definen los lineamientos curriculares para las ciencias sociales vigentes. Al constatar una ausencia de ciudadanos críticos y participativos (MEN 2005, 11), la educación debe concentrarse en “formar ciudadanas y ciudadanos que manejen saberes, procedimientos y valores intra e interpersonales, propios de un desempeño social competente, que conduzcan al pleno y cabal desarrollo personal y social del mayor e inagotable recurso que tiene el país: su población” (MEN 2005, 61).

En esta definición, los contenidos concretos no tienen mayor peso y están sometidos a la primacía de las competencias (Schönemann 2014, 64-66). Ahora bien, una historia basada en cronologías como elemento organizador es un concepto obsoleto en una sociedad que reconoce las interdependencias globales. El estándar en una postura didáctica crítica es un aprendizaje orientado hacia determinadas problemáticas (Schönemann 2014, 59-60).

Acordemente, los lineamientos curriculares para las ciencias sociales no hacen una propuesta normativa de malla curricular, sino que ofrecen unos ejes generadores que están pensados como el hilo conductor guiando la enseñanza concreta; por ejemplo, La defensa de la condición humana y el respeto por su diversidad, *Las desigualdades socioeconómicas, Identidad y memoria colectiva o Conflicto y cambio social* (MEN 2005, 38).⁴

Esta situación abierta se debe entre otros aspectos a la gran autonomía que los colegios en Colombia tienen a la hora de formular sus planes de estudios (Decreto 1860 de 1994) y a la distancia histórica que sigue existiendo entre la capital

Bogotá (y con ella el Ministerio de Educación Nacional, MEN) y las regiones (Melo 2018, 11-17). Los lineamientos curriculares por ende plantean:

el MEN considera que es poco probable que alguien pueda hacer una propuesta de orientación curricular que goce de aceptación generalizada, incluso duda que fuese algo deseable dada la necesidad de adecuar la enseñanza, en la medida de lo posible, a las diferentes circunstancias problemáticas que rodean cada situación de aprendizaje y a la sociedad en la que viven las y los estudiantes. (MEN 2005, 3)

Es cierto que los lineamientos curriculares y estándares básicos de competencias meramente constituyen un marco normativo en el que se desarrolla la realidad escolar. Son una declaración de intención que es difícil de cumplir. Efectivamente, es una queja permanente que existe una brecha entre los lineamientos y lo que realmente pasa en el aula. En la crítica están sobre todo los currículos basados en competencias, ya que significa un trabajo profundo por parte del profesor alinear los contenidos concretos—que hay que enseñar—con unas competencias más bien abstractas (Schönemann 2014, 65-66). Una salida frente a este reto muchas veces consiste en recurrir a conceptos comprobados como— para la historia— el acercamiento cronológico, una crítica que se ha repetido para el contexto colombiano en varias ocasiones (Gutiérrez 2005, 60; Padilla y Bermúdez 2016, 219-251).

Ninguna de las dos posturas didácticas descritas aquí—tradicional y crítica—toma en consideración de manera particular la situación de posconflicto en Colombia. Pero con la Ley 1874 de 2017 se manifiesta una tercera postura didáctica, propia de pasados conflictivos: el tratar con el pasado como terapia (von Borries 2008, 21-22). En este contexto, se busca la recuperación de la memoria histórica con el fin de lograr no solo una reparación simbólica de las víctimas, sino la reconstrucción de la simetría de las memorias. Reconocer los sufrimientos de las víctimas y entenderlas como parte de una historia compartida es un paso importante en el enfrentamiento con el pasado que puede llevar si no a la reconciliación social, sí al menos a una convivencia en paz (Assmann, Aleida 2006, 71).

Los contenidos y las formas de narrar el pasado se vuelven centrales cuando la sociedad se ocupa del pasado con fines terapéuticos colectivos. Con esta postura no solamente se busca educar al ciudadano consciente y competente, sino que la representación histórica tiene una finalidad concreta, que son aquellos aspectos que contempla la ley 1448. Aquí es importante de qué manera se está narrando el pasado, cuáles voces y perspectivas se incluyen, cómo el conflicto se integra al relato nacional, porque narrar y enseñar el conflicto es un asunto que afecta la autoimagen nacional.

Por lo tanto, la pregunta por unos contenidos concretos de la clase de historia se vuelve esencial. Mientras la formación de un ciudadano competente, como lo exige la postura crítica, seguramente se puede lograr a través de contenidos de historia global, el restablecimiento de la simetría de las memorias necesariamente tiene que suceder en el contexto propio.

Las negociaciones en el aula

Existe entonces una necesidad de definir unos contenidos concretos de la clase de historia en un momento en el que las negociaciones histórico-políticas están en pleno apogeo. Desde mi punto de vista son fundamentales a este respecto tres reflexiones. Una es la pregunta por los conocimientos propios de los jóvenes y dónde los obtienen. La segunda gira alrededor de la validez de las narrativas, y la tercera contempla el papel del profesor como representante de una institucionalidad: mediador y actor individual a la vez.

Es una característica de la historia que supera fácil y frecuentemente los límites de la ciencia. Los contenidos de la clase de ciencias sociales tienen una competencia externa masiva y se ven retados por una multitud de narrativas alternativas presentes en la cotidianidad de los alumnos, incluso cuando estos no disponen de experiencia propia. No se trata solo de las narrativas que se construyen dentro de las familias u otros grupos sociales a las que pertenecen los alumnos. Desde que la televisión descubrió el pasado reciente como tema para producciones seriadas, telenovelas como *El patrón del mal* (Caracol, 2012), *Los tres Caínés* (RCN, 2013) o recientemente *Jaime Garzón* (RCN 2018) llegan todas las noches a un público amplio, ofreciéndole lecturas y representaciones del pasado (Contreras 2016).

Un reto particular al incluir el pasado reciente en el aula es el hecho de que los alumnos, igual que sus profesores, no son ajenos a esta historia, sino que hacen parte del panorama. Como la memoria histórica del pasado reciente es una memoria en construcción, la enseñanza en el aula debe reflejar este modo constructivo. Más que presentar narrativas y posturas hechas, se trata de explorar cuáles conocimientos y posturas están presentes en la sociedad. El papel del profesor ahí no es actuar como la instancia que evalúa la exactitud de un conocimiento, sino el de un mediador entre las distintas narraciones e interpretaciones (AAVV 2012, 92, Torres Gámez 2016, 182.)

Una problemática central en la construcción de la memoria histórica es la pregunta por la validez de las narrativas. En el contexto transicional de Colombia, el discurso de las víctimas tiene prelación.⁵ Para la negociación en el aula, sin embargo, en un primer instante todas las narrativas tienen que ser consideradas. No se puede saber con anticipación cuáles interpretaciones y justificaciones traen los alumnos desde sus familias, y para que el ejercicio cumpla sus objetivos,

ninguna narrativa puede ser excluida. La tarea del profesor consiste entonces en darles a sus alumnos las herramientas necesarias para que entiendan las distintas posturas y los contextos socio-históricos que les dan plausibilidad a estas, y que sean capaces de asignar y construir sus propios sentidos (AAVV 2012, 92-93).

Todo eso recae en el profesor, convirtiéndolo en el actor central de este proceso. Muchos profesores de ciencias sociales están preocupados frente al reto que se les está planteando. Manifiestan una inseguridad acerca de cómo integrar el pasado reciente a sus clases, no se sienten suficientemente capacitados, y resaltan la falta o la insuficiencia de materiales para esta tarea.⁶

Materiales didácticos

Hay varias iniciativas que están dirigidas a una pedagogía de memoria histórica y cultura de la paz, como por ejemplo, las herramientas desarrolladas por el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y la Cátedra de la Paz, o también algunos textos escolares. A continuación, al analizar tres materiales, la cuestión central es hasta qué punto representan herramientas útiles para la enseñanza de la historia reciente. Su utilidad se define en términos de si cumplen, por un lado, con las exigencias de las didácticas modernas, y, por otro lado, si responden a los retos de la enseñanza de la historia reciente.

Es importante insistir en que para este análisis los materiales se entiendan como herramientas, como una oferta disponible para la enseñanza. No revelan mucho sobre la realidad en el aula. Sin embargo, una mirada profunda a la oferta disponible puede proporcionar informaciones en dos direcciones.

Por un lado, los materiales didácticos complementan los lineamientos curriculares con el contenido concreto del cual se puede nutrir la enseñanza en el aula. Particularmente en casos con un currículo relativamente abierto como es el colombiano, los textos escolares se vuelven los currículos secretos (Lässig 2009, 9). Por otro lado, estos materiales recogen de forma condensada lo que la sociedad considera conocimientos y aprendizajes importantes para las futuras generaciones. Al construir un pasado generador de sentido, son autobiografías de la nación (Jacobmeyer 1992). Más que una fuente para la realidad escolar, los materiales didácticos son, por ende, una fuente para las posiciones de la sociedad que rodea la escuela.

Para el análisis de materiales didácticos, se consideraron tres textos distintos, dos textos escolares y un texto de la llamada *Caja de Herramientas* que elaboró el CNMH para fines pedagógicos. Los textos escolares *Ejes Sociales 9* de la editorial Educar (2012) y *Proyecto Saberes Sociales 10* de la editorial Santillana (2016) muestran de manera ejemplar los

cambios y desarrollos que hubo en el acercamiento conceptual al pasado conflictivo durante los últimos años.⁷ Se escogieron textos para los grados noveno y décimo, porque es en estos niveles que el conflicto colombiano es un tema central. A diferencia de los textos escolares que deben cumplir con los ejes temáticos propuestos por los lineamientos curriculares y estándares para las ciencias sociales, el texto del CNMH es más libre en su acercamiento. Se trata del documento “El Salado. Los Montes de María. Tierra de luchas y contrastes” (2015) que presenta de manera didactizada el caso de la masacre de El Salado en el año 2000.

Sobre los textos escolares para la asignatura de ciencias sociales en Colombia hay que constatar que en general no han sobresalido por la aplicación de conceptos innovadores en el pasado (Louis 2017a, 31-32). Un análisis acerca de los principios de multiperspectividad y controversia, la relación entre el contenido y el diseño gráfico del texto, el uso de fuentes originales o el fomento de las capacidades evaluadora y argumentativa, todos estándares de unas didácticas modernas de la historia y que, de hecho, están consideradas en los estándares básicos, muestra que no siempre se cumplen en los textos. En general, el trabajo con fuentes escritas o visuales es reducido, y muchas veces se limita a una mera reproducción de los contenidos sin llegar a una comprensión más profunda de perspectivas divergentes y controvertidas. Sin embargo, con una sensibilización social cada vez más grande por el papel de la memoria histórica, se pueden constatar algunos cambios en el acercamiento pedagógico.

Los dos textos escolares seleccionados para este estudio se analizan con los siguientes criterios: los objetivos de aprendizaje que formulan, la transparencia de la(s) narrativa(s) que construyen, los espacios que generan para el diálogo y el debate, las perspectivas y voces que incluyen, y las estrategias empleadas.

Ejes Sociales 9

El texto *Ejes Sociales* muestra una estructura organizada según los llamados ejes generadores propuestos por los lineamientos curriculares (MEN 2005, 38) y los llena de contenidos, sobre todo, históricos del siglo XX. La historia de Colombia aparece en dos partes: el período de 1899 hasta 1953 es abordado en el eje “Saberes culturales: conquistas y desafíos”, y el pasado reciente de Colombia que contempla el período entre la Violencia y el año 2006, último año considerado en este texto, se presenta en el eje “Identidad y memoria.” De esta manera, el conflicto no aparece como un tema propio y separado, sino que hace parte de la representación histórica del país.⁸

Con 14 páginas (136-149), el tema recibe una atención relativamente amplia. En las páginas introductorias (136-137) se les informa a los alumnos de los objetivos de aprendizaje.

Cabe resaltar que, aunque el conflicto es el tema transversal y dominante del capítulo, los objetivos enfatizan la mirada hacia los desarrollos económicos y la modernización del país, tal como lo propone la pregunta orientadora de este capítulo: “¿De qué manera el giro de nuestra economía hacia un mundo globalizado ha transformado nuestra sociedad y cultura?” (136). Solo en la descripción de las competencias a adquirir se ven reflejados unos objetivos relacionados con el pasado conflictivo. Para una competencia valorativa, se propone “Reconozco y evalúo las diferentes situaciones de conflicto en Colombia e identifico su origen, evolución e impacto social.” Como objetivo de la competencia ciudadana se formula “Establezco compromisos personales en el mejoramiento de mi papel como ciudadano(a) de paz.” Para la competencia socializadora finalmente se lee “Entablo diálogos sobre temas concretos, para escuchar en el aula diferentes puntos de vista que me ayuden a enriquecer y contrastar los propios” (137). Son objetivos ambiciosos que están pensados hacia la tolerancia frente a otras opiniones, la reflexión y el cambio del comportamiento propio.

Esta ambición, sin embargo, no se mantiene en la construcción del discurso histórico. Es presentado en forma de una narración continua, con algunas fotografías que muestran las personas o los grupos de los que habla el texto. En unas casillas al borde exterior de las páginas se explican palabras y conceptos nuevos o se dan informaciones adicionales (“Sabías que...”, “Aprende más”). En varias ocasiones, la narración es interrumpida por ejercicios que se señalan con las palabras “Aplica tus conocimientos.” Temáticamente se tocan el atentado contra Gaitán, la Violencia, Rojas Pinilla y la Junta Militar, el Frente Nacional y los movimientos armados y sociales de la época para finalmente llegar al presente en el momento de la publicación del texto con las nuevas olas de violencia con las guerrillas, el narcotráfico y el paramilitarismo. El capítulo termina con los distintos esfuerzos de paz de Andrés Pastrana y Álvaro Uribe. Según esta narrativa, el conflicto tiene un inicio determinado con el atentado contra Gaitán: “El 9 de abril de 1948 ocurrió el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, uno de los políticos con mayor prestigio en nuestra historia. Este hecho desató un conflicto nacional que dejó miles de muertos y un fuerte impacto en nuestra historia política, social y económica” (138). El final, no obstante, queda abierto, un hecho que obviamente se debe al momento de publicación de este texto. Se constata que “el nuevo periodo presidencial lo asumió Álvaro Uribe Vélez y en su política abandona la vía del diálogo con la guerrilla mientras ésta radicalizó sus acciones, el gobierno intensificó la lucha antiterrorista (...)” (149).

La falta casi completa de fuentes no permite reconocer el carácter constructivo de la narrativa ni deja incluir otras perspectivas. De esta manera, las fotografías no se contemplan como la fuente que podrían ser, sino se reducen a una mera ilustración, ya que no se establece una relación cualquiera entre las imágenes y el discurso histórico. La única fuente

escrita es una entrevista al historiador Daniel Pécaut (148) sobre antiguos y nuevos desplazados como una consecuencia de la guerra. De esta fuente, igual que de las imágenes, no se da a conocer la referencia, no se puede saber cuándo o en qué circunstancias se crearon ni quién las produjo. No están incluidos testimonios de víctimas u otras personas afectadas directamente por el conflicto, no hay descripciones contemporáneas de los eventos, no se ponen a disposición representaciones de condiciones de vida pasadas. Aquellos elementos que podrían permitir reconocer las posturas y los discursos que llevaron a esta construcción histórica son omitidos.

Ahora bien, el panorama se abre un poco con una mirada a los ejercicios.⁹ Palabras como *reflexiona, valora, socializa, investiga o pregunta* invitan a los alumnos a reflexionar y a participar activamente en su propio proceso de aprendizaje. Pero solamente en una ocasión es posible desprenderse del contexto estrictamente histórico y llegar a un tema que toca la realidad y el horizonte de experiencias de los alumnos. Con el ejercicio “Pregunta a tus familiares adultos en qué consiste la “parapolítica” y cuál es su opinión al respecto. Resume sus observaciones en tu cuaderno y coméntalas luego en clase” (p. 147) se contemplan perspectivas distintas y opiniones controvertidas y permite a los alumnos asumir y reflejar una postura frente a esta problemática.

Para resumir, el texto *Ejes Sociales* cuenta la historia de Colombia a partir de 1948 como una historia de violencia sin poder concluirla. Los espacios que genera para un posible debate son mínimos y presenta pocas opciones para que los alumnos puedan asumir una perspectiva histórica relacionada a sus propias experiencias. La falta de voces y testimonios de afectados dificulta generar las empatías necesarias para los cambios de actitud propuestas en los objetivos. Así, el conflicto se queda un flagelo que los individuos no pueden controlar y tampoco cambiar, que casi se escapa de su responsabilidad.

Proyecto Saber Sociales 10

En los cuatro años que pasan entre la publicación de *Ejes Sociales* y *Proyecto Saberes Sociales* se hacen manifiestos unos cambios sustanciales en el acercamiento conceptual, aunque a primera vista los textos se parecen. Igual que *Ejes Sociales*, en su estructura el texto sigue las propuestas temáticas que dan los estándares básicos para ciencias sociales. En su diseño gráfico, el libro se presenta de una manera muy parecida al texto *Ejes Sociales*. Después de una introducción de dos páginas con los objetivos de aprendizaje, predomina la narrativa continua de autor. Las imágenes otra vez cumplen una función sobre todo de ilustración, ya que no se hace una relación explícita entre la narrativa y las imágenes; tampoco se revela la fuente de las mismas. Las informaciones adicionales, palabras y conceptos nuevos y las actividades se encuentran en casillas en los bordes exteriores de las páginas.

Ahora bien, el capítulo en cuestión se llama “Conflicto armado y violencia en Colombia.” Ya con este título tan explícito se vuelve obvio el peso temático del mismo. Con 23 páginas (186-209) tiene una extensión más amplia que la unidad correspondiente en *Ejes Sociales*. Aunque está ubicado en el estándar “Relaciones con la historia y las culturas,” es decir, de nuevo se está identificando al conflicto como tema con una continuidad histórica, este límite se logra superar. En vez que se presenta solamente un recorrido histórico de la violencia, el conflicto se aborda considerando distintas facetas que permiten establecer varias relaciones con la actualidad y las experiencias de los jóvenes: los factores de la violencia en Colombia (188-189), la historia del conflicto (190-193), los distintos actores del conflicto (194-195), los procesos de paz recientes (196), el conflicto en su contexto global (197-198), las víctimas (199), las estadísticas y cifras (202-204), las posibles salidas de la violencia (204) y, finalmente, las formas de violencia cotidiana (205-207). Con el énfasis de presentar el conflicto a partir de sus consecuencias en vez de su desarrollo cronológico, el tema deja de ser histórico para convertirse en un presente con antecedentes políticos, sociales y estructurales.

Efectivamente, los objetivos de aprendizaje que se proponen para este capítulo relacionan de manera concreta y directa el conflicto como problema histórico con la actualidad. Así, se plantea como competencia a adquirir “asumir una posición crítica frente a las acciones violentas de los distintos grupos armados en el país y el mundo” (186). Igualmente, se hace énfasis en estrategias para resolver conflictos: “expresar su opinión sobre la violencia que rodea la sociedad en la que vive y proponer algunas soluciones de paz frente al conflicto” (186). Finalmente, la generación de emociones y empatía se establece como objetivo: “manifestar indignación (dolor, rabia, rechazo) de manera pacífica, ante el sufrimiento de los colombianos que están inmersos en confrontaciones violentas” (186). Esta última competencia ya hay que entenderla en el marco de las políticas actuales de la memoria. Reconocer a las víctimas y entender su historia como la propia incluso cuando no se comparte la experiencia del conflicto es crucial para construir una memoria simétrica, contribuyendo así a la reparación simbólica y la reconciliación (Assmann, Aleida 2006, 78-79).

En la narrativa histórica que se construye en el libro no se propone un inicio fijo del conflicto reciente, sino se muestra que la violencia ha acompañado a la historia del país desde los tiempos de la conquista (190). Esta continuidad histórica se explica a través de determinados factores, como económicos, sociales, estructurales y hasta culturales (188-189). Estos últimos se relacionan a una violencia cotidiana, dejando claro que la violencia no solo es algo generado por circunstancias externas, sino nace en las relaciones interpersonales. De manera consecuente, en sus propuestas para una posible salida del conflicto armado, se constata que por un lado hay que eliminar las causas objetivas de la violencia:

Son aquellas que tienen un origen estructural. Por ejemplo, la pobreza, las desigualdades, la falta de oportunidades sociales, políticas y económicas que se manifiestan en marginación, segregación, injusticia, desempleo, etc. Todas estas situaciones tienen que ser intervenidas y solucionadas. De no tratar estas causas, cualquier medida resulta ineficaz e insuficiente. (Proyecto Saber Sociales 2016, 204).

Unos párrafos más abajo se justifican las políticas actuales de diálogo de paz:

Si bien en los últimos años se logró reducir a los paramilitares y enfrentar en forma contundente a la guerrilla, los especialistas consideran que no es viable una derrota militar de las FARC y otros grupos subversivos. Por ello, la alternativa del diálogo debe ser planteada y apoyada por todos. Desde 2012, el gobierno nacional ha establecido diálogos con las FARC para lograr la paz. (Proyecto Saber Sociales 2016, 204)

Aunque en estos dos párrafos, la responsabilidad principal para solucionar el conflicto de manera sostenible recae en las instituciones estatales, otra vez se está enfatizando el papel que tiene el individuo para crear la paz. La argumentación culmina en la oración: “no podemos exigirle a las autoridades alcanzar la paz cuando en nuestro contexto más cercano no generamos hechos de paz” (204). La narrativa histórica de conflicto y violencia en este texto se convierte entonces en una historia de esfuerzos para la paz, no solo al nivel estatal, sino como una responsabilidad de cada ciudadano.

A diferencia del texto *Ejes Sociales*, en *Proyecto Saberes Sociales* se hace una referencia constante a las fuentes que se usaron para la construcción de la narrativa y para investigar la historia del conflicto, como, por ejemplo, al texto “La Violencia en Colombia” por Fals Borda, Umaña Luna y Guzmán (1962) o al informe *¡Basta ya! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad* por el CNMH (2013) (188, 193). Igualmente se remite a la Ley de Víctimas, los informes de *Amnesty International* o del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) (203, 204, 209), que en las actividades deben ser analizadas por los alumnos. En general, se puede constatar que el libro hace un énfasis fuerte en las actividades. Cuatro páginas, 200-201 y 208-209, están dedicadas a ejercicios que fomentan los objetivos de aprendizaje señaladas al inicio del capítulo. Con invitaciones como *observa, analiza, reflexiona* se logra superar ejercicios de mera reproducción. Constantemente, se les exige a los alumnos manifestar y justificar su opinión frente a distintos problemas y se procura que el acercamiento al conflicto y la paz se hace desde perspectivas distintas.

No obstante, como en el texto *Ejes Sociales*, no están incluidas voces concretas. El encuentro con el conflicto ocurre a

través de estadísticas, gráficas o textos sobre las consecuencias de la guerra. Así, siempre se habla sobre las víctimas, pero en ningún momento se les da el espacio para un testimonio directo. Por ejemplo, en la página 208, los alumnos deben asumir posturas frente a ciertas afirmaciones escogiendo entre las opciones *totalmente de acuerdo*, *parcialmente de acuerdo* o *en desacuerdo*. Una de dichas afirmaciones es “las víctimas del conflicto armado son más que cifras estadísticas. Son personas que tienen historias y proyectos de vida que se vieron truncados por el conflicto armado” (208). Ahora bien, es de suponer que los alumnos escojan la opción *totalmente de acuerdo*. Pero si esta afirmación no se vincula a una historia concreta, queda bastante abstracta y es dudoso hasta qué punto se logran generar las emociones que se postulan en los objetivos de aprendizaje.

Se puede constatar que el texto *Proyecto Saberes Sociales*, en vez de narrar una historia de violencia, busca reinterpretar el pasado como una historia de búsqueda por la paz. Logra establecer una relación con la realidad de los alumnos, ya que aclara las responsabilidades individuales en el proceso. El texto es transparente en su carácter constructivo indicando cuáles son sus fuentes. A través de las múltiples actividades abre espacios a discusiones y reflexiones. Pero no ocurre un enfrentamiento directo con las experiencias concretas. Los testimonios de actores y afectados por el conflicto no tienen un lugar; se habla sobre ellos, pero no con ellos.

El Salado. Los Montes de María. Tierra de luchas y contrastes

Igual que los manuales *Ejes Sociales* y *Proyecto Saberes Sociales*, el texto elaborado por el CNMH es una publicación con un objetivo decididamente pedagógico, dirigido a alumnos de colegio de los grados 10 y 11 (CNMH 2015b, 6). La diferencia principal es que el texto *El Salado* no está intencionado para acompañar un plan de estudio durante un año escolar, sino que representa un material complementario para profundizar un tema particular. No está sujeto a las normas ministeriales y tiene, por ende, más libertad para mirar un momento histórico concreto y aislado sin tener que cumplir con una secuencia temática. El texto es más bien obligado por la Ley de Víctimas, en cumplimiento con la construcción de memoria histórica, la reparación simbólica y las garantías de no repetición. En este sentido, *El Salado* se puede considerar un producto de las políticas de memoria vigentes en Colombia.

El texto consta de un libro para los alumnos y una guía de profesor. El libro está organizado en seis ejes que cubren un antes, un durante y un después del conflicto. En los antecedentes se encuentran un panorama histórico de la región de los Montes de María a partir de 1960 (eje 1 y 2), la agudización del conflicto y la masacre (eje 3 y 4) y, finalmente, las consecuencias, el desplazamiento y el retorno (eje 5 y

6). Desde su concepción, el texto busca a informar sobre la masacre y los factores que influyeron en el acontecimiento (¿qué ocurrió en El Salado?, ¿por qué ocurrió la masacre en El Salado?), a relacionar los eventos con la realidad de los alumnos (¿qué conflictos he enfrentado en mi vida relativos al uso/pertenencia de espacios significativos para mí?, ¿cómo soluciono los conflictos que enfrente en mi diario vivir?) y a generar empatía y responsabilidad ciudadana (¿cómo vivieron esa experiencia jóvenes saladeros de mi edad?, ¿en qué parece mi vida a la de los y las jóvenes de El Salado?, ¿cómo puedo contribuir a que este tipo de eventos no se repitan en el país?) (CNMH 2015b, 6). Además, al contrario a los dos textos escolares, se concede importancia al hecho de que el texto ofrece una narrativa en construcción: los alumnos se enfrentan con el pasado a través de preguntas que pueden hacer a distintos documentos, testimonios y otras fuentes de información (CNMH 2015b, 7).

De manera muy consecuente, el libro no presenta una narrativa continua; de hecho, solo en pocas ocasiones hay narrativas de autor. En las páginas dominan fotografías o gráficas grandes, y el texto es estructurado por casillas de distintos colores y tipos de letra de distinto tamaño. No está claro por dónde empezar a leer, sino que el diseño de las páginas invita a descubrir e investigar. La historia misma se construye a través de documentos originales; textos de leyes, artículos de prensa, las voces de los distintos actores y, sobre todo, las voces de las víctimas. Cada eje empieza con una pregunta que invita a los alumnos a reflexionar sobre su propio lugar y las emociones que pueden causar ciertas experiencias. Así, al inicio del capítulo sobre la masacre, por ejemplo, se propone “¿cuándo uso y aplico estereotipos y cuándo he vivido situaciones en las que otros usan y me reducen a un estereotipo?” (CNMH 2015a, 124), preparando así el tema de la estigmatización de la población de El Salado como guerrillera. Los documentos en cada página están acompañados por una serie de preguntas que ayudan a los alumnos a analizar los documentos y asumir posturas frente a los hechos.

La estrategia de acercarse a los hechos de El Salado a través de documentos muestra por un lado de manera muy ilustrativa que la historia es una construcción que es compuesta por distintas perspectivas. Los alumnos pueden participar en este ejercicio constructivo y entender de primera mano las dificultades que se pueden presentar en la mediación entre perspectivas distintas. Los múltiples testimonios no solo le abren a las víctimas el espacio para compartir sus experiencias. En su inmediatez, sus voces disponen de una autenticidad que difícilmente se puede lograr a través de las narrativas de los dos textos escolares aquí analizados:

La otra hija que me mataron fue cuando los paramilitares, cuando llegaron a la casa y nos sacaron, cuando nos tenían tirados en el piso. Ella se escapó con la señora Pura Chamarro. Cuando ella iba huyendo con las niñas, los paras la tenían rodeada y no la dejaron

salir de ahí, y la niña se quedó ahí con ella y duró tres días sin tomar nada, sin comer nada. Ella le decía a la señora que le diera agua y el domingo en la tarde ella convulsionó. A la primera se le pasó, después se volvió a convulsionar y empezó la agonía. Le decía a la señora Pura que la abrazara como la abrazaba la mamá. Le dio a tomar un traguito de orín y le dijo que la mamá nunca le había dado eso y no quiso tomar. Ahí murió Helen Margarita de 7 años de edad. (CNMH 2015a, 132)

Sin exponerlo de manera explícita en los objetivos, el texto *El Salado* busca despertar en sus lectores la disponibilidad de escuchar a las víctimas. A través de la voz directa y concreta de personas afectadas se generan emociones de compasión y afectación por la situación que ha vivido y aún vive una parte considerable de la población colombiana. Lo que el texto no hace es inscribir esta historia traumática en un panorama histórico más grande. Tampoco propone para este pasado un lugar en la historia colombiana. No interpreta, no asigna sentido, sino deja esta tarea a los lectores de ese libro, con la confianza que los testimonios de las víctimas causen suficiente indignación para contribuir a la no repetición.

Consideraciones finales

Una parte importante del proceso de paz son las negociaciones histórico-políticas alrededor de la construcción de una memoria histórica del conflicto. Es importante que estas negociaciones no queden un ejercicio vacío impuesto por el escenario transicional, sino que se entiendan como una práctica participativa que involucre a toda la sociedad. La escuela y, más precisamente, la clase de ciencias sociales, puede ser un espacio donde tiene lugar este ejercicio social de construir una memoria histórica desde la mitad de la sociedad. La normatividad colombiana de hecho asigna a esta clase asumir dicho papel (Ley 1874 de 2017). Pero ni los lineamientos curriculares ni los estándares básicos hacen las propuestas necesarias respecto a contenidos o estrategias para enfrentar este reto.

Este vacío se debe solo parcialmente a la problemática de las situaciones de aprendizaje tan distintas que señalan los lineamientos curriculares. Colombia está viviendo una revisión de su imagen histórica como se pudo mostrar de manera ejemplar con la comparación de los dos textos escolares de 2012 y 2016. Mientras no se sepa hacia dónde llevarán las negociaciones histórico-políticas, difícilmente se podrá hacer una propuesta didáctica de carácter general. Así, la clase de ciencias sociales es, hasta cierto punto, el laboratorio en el cual los procesos de memoria tienen lugar. Sin embargo, no se puede saber de qué manera ocurren sin observar la clase.

No obstante, los materiales didácticos diseñados para esta finalidad pueden dar algunas informaciones de cómo se está

pensando estructurar el proceso de construir una memoria histórica del pasado reciente. Se puede constatar que la apuesta del texto escolar *Proyecto Saberes Sociales 10* es la reinterpretación de los imaginarios históricos tradicionales hacia nuevos hilos conductores generadores de sentido. No obstante, se nota que aún hace falta el enfrentamiento directo con las voces de los actores y los afectados por el conflicto. En los textos escolares analizados, las víctimas no pasan de ser un objeto de estudio sin agencia en el proceso de hacer memoria. En contraste, en el texto elaborado por el CNMH los testimonios de los afectados constituyen el eje central del ejercicio constructivo. Este caso a su vez no busca una reinterpretación

del relato histórico, sino más bien una ampliación del mismo por eventos y voces que han carecido de atención. La relación con el pasado que se establece no se inscribe en una visión integral de lo qué es la historia colombiana sino que deja la historia como una obra en construcción.

De hecho, una obra en construcción tal vez sea el término que mejor describe lo que está pasando en Colombia en este momento. La clase de ciencias sociales en este panorama es un reto, pero al mismo tiempo ofrece una oportunidad de participación.

Notas

- 1 En este texto se manejan dos conceptos, políticas de la historia y políticas de la memoria. Las políticas de la historia se entienden tal como las definió Wolfrum (1999, 25-32), como el uso político de la historia. Las políticas de la memoria hacen énfasis en el manejo del pasado en contextos transicionales (Jiménez et al. 2012, 293). No siempre es posible diferenciar los dos conceptos de manera clara, porque el uso político del pasado también es una característica de las políticas de la memoria.
- 2 Para un resumen de diferentes iniciativas desde los colegios y de la academia véase Jiménez et al. 2012. Para iniciativas más recientes se puede consultar, por ejemplo: <http://www.escuelasdepaz.co> o <https://colombia2020.elespectador.com/tags/educacion-para-la-paz>.
- 3 Las controversias que existen alrededor de los objetivos y los alcances de la enseñanza de la historia en los colegios se manifestó de manera impresionante en los debates y discusiones que tuvieron lugar en la conferencia “Justicia transicional y políticas educativas de la memoria,” Universidad de los Andes, 31.10.-1.11.2017. Se puede consultar un resumen de la conferencia en el siguiente enlace: www.hsozkult.de/conferencereport/id/tagungsberichte-7528.
- 4 Unas propuestas más concretas se llevan a cabo por medio de los estándares básicos en las páginas 122-131.
- 5 Es esto lo que se va a mostrar prioritariamente, por ejemplo, en el planeado Museo Nacional de la Memoria, véase Louis 2017b, 85. No hay duda que es una prioridad importante dado que las víctimas civiles del conflicto necesitan el reconocimiento de la sociedad para ser escuchadas, véase Assmann, Aleida 2006, 77.
- 6 Llego a esta conclusión después de haber conversado en varias ocasiones con profesores de ciencias sociales; por ejemplo, durante la celebración del premio Compartir al Maestro 2017, en la conferencia “Justicia transicional y políticas educativas de la memoria”, Universidad de los Andes, 31.10.-1.11.2017 y en el marco de la Maestría en Educación-Ibague en la que dicté durante el primer semestre 2018 el curso “Perspectivas didácticas de la historia.”
- 7 Cabe resaltar que, debido al proceso editorial, los textos escolares por lo general están un poco atrasados frente a la actualidad. El texto de Santillana es el más reciente que se ha podido encontrar para este análisis.
- 8 Los otros ejes que desde sus conceptos podrían tocar el conflicto, a saber “Conflicto y cambio social,” “Vigencia de los derechos humanos” y “Economía y sociedad,” no toman en consideración el caso colombiano o lo tocan solo de manera muy superficial. El capítulo “Conflicto y cambio social,” de hecho, habla de la primera guerra mundial y la revolución rusa; “Economía y sociedad” se refiere a integraciones económicas como la Unión Europea o la Comunidad Andina. En “Vigencia de los derechos humanos,” Colombia aparece con un ejemplo de resistencia civil.
- 9 Aunque el texto cuenta con un libro de actividades adicional, los ejercicios en el eje “Identidad y memoria” no se articulan con la narrativa del libro de texto sino se enfocan en las instituciones estatales colombianas.

Obras Citadas

- AAVV, 2012. “Construyendo narrativas: enseñanza de la historia del presente en la escuela. Un desafío cultural y pedagógico.” *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia* 72: 88-98.
- Arias Gómez, Diego H. 2015. “La enseñanza de las ciencias sociales en Colombia: lugar de las disciplinas y disputa por la hegemonía del saber.” *Revista de Estudios Sociales* 52: 134-146.
- Assmann, Jan. 1995. “Collective Memory and Cultural Identity.” *New German Critique* 65: 125-133.
- Assmann, Aleida. 2006. *Der lange Schatten der Vergangenheit. Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*. München: C.H. Beck.
- . 2007. *Geschichte im Gedächtnis. Von der individuellen Erfahrung zur öffentlichen Inszenierung*. München: C.H. Beck.
- von Borries, Bodo. 2008. *Historisch denken lernen – Welterschließung statt Epochenüberblick. Geschichte als Unterrichtsfach und Bildungsaufgabe*. Opladen, Farmington Hills: Verlag Barbara Budrich.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2015a. *El Salado. Los Montes de María. Tierra de luchas y contrastes*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2015b. *Guía para maestros y maestras. El Salado. Montes de María. Tierra de luchas y contrastes*. Bogotá: CNMH.
- Colmenares, Germán. 1991. “La batalla de los manuales en Colombia”. En *Latinoamérica, enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*, editado por Michael Riekenberg, 122-134. Buenos Aires: Alianza Ed.
- Contreras Saiz, Mónica. 2016. “Telenovelas y memoria histórica. Representaciones y percepciones de la historia reciente en Chile y Colombia.” En: *Transiciones. De la dictadura a la democracia*, 636-643, editado por Zsuzsanna Csikos. Szeged: American eBooks.
- Contreras Saiz, Mónica y Louis, Tatjana. 2018. “Tagungsbericht: Transitional Justice and Educational Memory Policy / Justicia transicional y políticas educativas de la memoria, 31.10.2017 – 01.11.2017 Bogotá.” *H-Soz-Kult*, 01.02.2018. Consultado el 13.5.2018. www.hsozkult.de/conferencereport/id/tagungsberichte-7528.
- Decreto 1860 de 1994. Consultado el 13.5.2018. https://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-172061_archivo_pdf_decreto1860_94.pdf
- Díaz Vega, Mireya, Granada Osorio, Germán Antonio, y Ortiz Quintero, Luis Fernando. 2012. *Ejes Sociales 9*. Bogotá: Educar.
- González, María Isabel Christina. 2014. “La violencia contada a los escolares. Conflicto social y memoria en los manuales educativos del siglo XX.” *Análisis Político* 81: 32-48.
- Guerrero Barón, Javier, y Weisner Gracia, Luis. 2011. *¿Para qué enseñar historia? (Ensayos para) Educar aprendiendo de la Historia de las Ciencias Sociales*. Medellín: La Carreta.
- Gutiérrez Ramos, Jairo. 2005. “Colombia.” En *Los procesos independentistas iberoamericanos en los manuales de historia. Vol. 1: Países Andinos y España*, editado por Rafael Valls, 47-63. Madrid: Mapfre Tavera, OEI.
- Jacobmeyer, Wolfgang. 1992. “Konditionierung von Geschichtsbewußtsein. Schulgeschichtsbücher als nationale Autobiografien.” *Gruppendynamik* 23: 375-388.
- Jiménez Becerra, Absalón, Infante Becerra, Raúl, y Cortés, Ruth Amanda. 2012. “Escuela, memoria y conflicto en Colombia. Un ejercicio del estado del arte de la temática.” *Revista Colombiana de Educación* 62: 287-314
- Kahlert, Joachim. 2010. “Das Schulbuch – Ein Stiefkind der Erziehungswissenschaft?” En: *Schulbuch konkret. Kontexte – Produktion – Unterricht*, editado por Eckhardt Fuchs, Joachim Kahlert y Uwe Sandfuchs, 41-56. Bad Heilbrunn: Klinkhardt.

- Lässig, Simone. 2009. "Textbooks and beyond. Educational Media in Context(s)." *Journal of Educational Media, Memory and Society* 1: 1-20.
- Ley 1448 de 2011. Consultado el 13.5.2018. <https://www.unidadvictimas.gov.co/sites/default/files/documentosbiblioteca/ley-1448-de-2011.pdf>
- Ley 1874 de 2017. Consultado el 13.5.2018. <http://es.presidencia.gov.co/normativa/normativa/LEY%201874%20DEL%2027%20DE%20DICIEMBRE%20DE%202017.pdf>
- Louis, Tatjana. 2017a. "Narratives of the Past in History Textbooks." En *Territories of Conflict. Traversing Colombia through Cultural Studies*, editado por Andrea Fanta Castro, Alejandro Herrero-Olaizola y Chloe Rutter-Jensen. Rochester: University of Rochester Press, 23-36.
- Louis, Tatjana. 2017b. "Entrevista con Martha Nubia Bello." *Revista de Estudios Colombianos* 50: 81-87.
- Louis, Tatjana. 2016. "La memoria histórica en Colombia y la perspectiva alemana." *Memoria y Sociedad* 40: 44-56.
- Maldonado, Carlos Alberto. Ed. 2012. *Proyecto Sé Ciencias Sociales 8*. Bogotá: Ediciones SM.
- Melo, Jorge Orlando. 2018. *Historia mínima de Colombia*. Madrid: Turner.
- . 2010. "La historia de Henao y Arrubla: tolerancia, republicanismo y conservatismo". En *Entre el olvido y el recuerdo. Íconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*, editado por Carlos Rincón, Sarah de Mojica y Liliana Gómez. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 215-237.
- Ministerio de Educación Nacional. 2006. *Estándares básicos de competencias en Ciencias Sociales y Ciencias Naturales*. Consultado el 13.5.2018. https://www.mineduccion.gov.co/1621/articles-116042_archivo_pdf3.pdf
- . 2005. *Lineamientos curriculares para Ciencias Sociales*. Consultado el 13.5.2018. https://www.mineduccion.gov.co/1759/articles-339975_recurso_1.pdf
- Padilla, Angélica, y Bermúdez, Angela. 2016. "Normalizar el conflicto y des-normalizar la violencia: retos y posibilidades de la enseñanza crítica de la historia del conflicto armado colombiano." *Revista Colombiana de Educación* 71: 219-251
- Parra, Iván Fernando, y Riveros Alfonso, Mauricio. 2016. *Proyecto Saberes Sociales 10*. Bogotá: Santillana.
- Rüsen, Jörn. 1992. "El desarrollo de la competencia narrativa en el aprendizaje histórico." *Propuesta Educativa* 7, 27-36.
- Schönemann, Bernd. 2014. „Lehrpläne, Richtlinien, Bildungsstandards.“ En *Geschichtsdidaktik. Praxishandbuch für die Sekundarstufe I und II*, editado por Hilke Günther-Arndt y Meik Zülsdorf-Kersting. Berlin: Cornelsen, 50-66.
- Seixas, Peter, y Morton Tom. 2013. *The Big Six. Historical Thinking Concepts*. Toronto: Nelson Education.
- Torres Gámez, Lorena (2016). "Historia reciente en la escuela colombiana: acercamiento a las nociones de memoria, historia y conflicto." *Revista Colombiana de Educación* 71: 165-185.
- Wolfrum, Edgar. 1999. *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

La justicia en la narración: el caso de *Antígonas Tribunal de Mujeres*

Nelsy Cristina López Plazas/ *Universidad de los Andes*

El conflicto armado en Colombia ha perdurado por más de 50 años y ha sido muy difícil de explicar no solo por su duración, sino también por las distintas motivaciones que lo han mantenido activo, las dimensiones territoriales del país y los contextos particulares en las regiones, así como la participación variable de los actores que pertenecen tanto al ámbito de la ilegalidad como de la legalidad. Una de las formas de resistencia a la violencia producto de este conflicto ha sido la apropiación de las víctimas sobre sus distintas memorias y su elaboración a través del arte, pues ello les ha posibilitado reclamar justicia y reparación, además de quebrantar el silencio que por mucho tiempo se les ha impuesto.

Dentro de este contexto se gesta *Antígonas Tribunal de Mujeres* (2013) como una obra de teatro en la que, tanto mujeres artistas como mujeres que sufrieron directamente las acciones criminales del Estado colombiano, relatan y escenifican sus historias centradas en la experiencia de la pérdida de sus seres queridos.¹ La obra es producto de la creación colectiva del Laboratorio Tramaluna Teatro, uno de los grupos de la Corporación Colombiana de Teatro, bajo la dirección de Carlos Zatizábal. *Antígonas Tribunal* presenta cuatro crímenes de Estado sucedidos a lo largo del conflicto colombiano, los cuales se narran desde la perspectiva de nueve mujeres, de las cuales seis de ellas son víctimas de las acciones del Estado colombiano y tres de ellas son actrices profesionales. Sobre las primeras encontramos a Luz Marina Bernal, María Sanabria y Lucero Carmona, madres que habitan el municipio de Soacha y sufrieron la desaparición de sus hijos. Ellas se refieren a las ejecuciones extrajudiciales o los denominados “falsos positivos”;² Fanny Palacios y Orceny Montañez son sobrevivientes del exterminio del grupo político de la Unión Patriótica;³ Mayra López Severiche habla sobre el montaje judicial del que fue víctima como líder estudiantil universitaria. Como se mencionó anteriormente, también participan en la obra tres actrices profesionales—Ángela Triana, Lina Támara y Karen Roa—quienes recrean la persecución del Estado a personas defensoras de los derechos humanos y dan vida a las escenas que construyen equivalencias entre las historias de las mujeres víctimas del Estado colombiano y *Antígona* de Sófocles.⁴

De este modo, la obra es un tejido que entrelaza dos vertientes que le dan estructura: una sería la obra trágica *Antígona* de Sófocles; la otra, la narración y puesta en escena de los hechos vividos por las mujeres víctimas, en los que el Estado

colombiano actúa como agente perpetrador de los crímenes.⁵ En el artículo “Memoria poética y conflicto en Colombia—a propósito de *Antígonas Tribunal de Mujeres*, de Tramaluna teatro,” Carlos Zatizábal afirma que *Antígonas Tribunal* ha sido construida mediante el proceso creativo colectivo en el que “las actrices *representan*. Las mujeres *presentan*” (2015, 252). De un lado, las actrices representan el mito milenario de Antígona en relación con la tragedia individual y colectiva del conflicto armado en Colombia; de otro, las mujeres presentan por cuanto traen las pruebas al tribunal (o sea, al escenario del teatro), con el fin de demostrar que sus seres queridos han sido utilizados y, así, poder evidenciar resultados inexistentes y alimentar una asociación entre la rebeldía y la protesta con el crimen.

De acuerdo con Zatizábal, el trabajo en conjunto entre las mujeres artistas y sobrevivientes ha permitido no solo explorar la elaboración del horror vivido y convertirlo en “fuerza, en resistencia y en poesía” (2015, 254), sino que también evidencia la búsqueda de la “elaboración creadora del duelo, de la verdad y de la justicia” (2015, 254)—una lucha que en Colombia también está siendo liderada por las mujeres. En este artículo, el director profundiza sobre la naturaleza de la investigación y creación colectiva de *Antígonas Tribunal* además de plantear que la restitución poética y simbólica de las vidas fenecidas se hace mediante el lenguaje en el espacio de la vida pública (2015, 257); es decir, en el escenario vivo del teatro y ello constituye el primer gesto para que haya justicia. Asimismo, en el trabajo de grado “El teatro como un aporte a la reparación a víctimas de violencia política en Colombia,” Juanita González afirma que “el objetivo principal de la obra [*Antígonas Tribunal*] es restituirles [a las mujeres víctimas] en el lenguaje, en la imagen y en la vida pública, esto es esencial para que haya justicia y verdad” (2014, 55). Para ello, González apela a la construcción de memoria colectiva a partir de la obra, por lo que se establece un vínculo entre actor y espectador mediante el lenguaje.

Lo anterior evidencia que en trabajos críticos previos se han abordado las relaciones entre justicia, lenguaje, memoria individual y colectiva en *Antígonas*; no obstante, es importante analizar cómo ocurren estos vínculos; es decir, comprender qué concepto justicia se elabora en la obra y cuáles son las estrategias del lenguaje literario empleadas para su construcción.⁶ En esta dirección, mi tesis es que *Antígonas Tribunal* es una representación teatral que se pregunta a sí misma por

el significado de la noción de justicia y reflexiona sobre su posibilidad de transformación y materialización a través del uso de la narración. Para ello, en primer lugar, realizaré el análisis para demostrar cómo la noción de justicia en *Antígonas Tribunal* se distancia de los términos retributivos y punitivos hegelianos gracias a su apropiación del intertexto de *Antígona*, la obra trágica de Sófocles. En segundo lugar, me centraré en dar cuenta cómo funciona la narración en dos aspectos: el punto de vista de las narradoras y el empleo de objetos para ensamblar las historias individuales que componen a *Antígonas Tribunal*. Finalmente, en tercer lugar, estableceré la relación entre estas dos estrategias narrativas con el proceso de construcción de memoria y la noción de justicia que se propone en la obra.

Antígona en Antígonas Tribunal

Antígonas Tribunal se compone de varias escenas en las que se alternan la voz de Antígona representada por las actrices y las de las mujeres sobrevivientes del conflicto colombiano. En la primera escena, ocho mujeres se presentan frente al público haciendo varios movimientos coordinados con la música; salen de lado y, a medida que avanzan, dan la espalda al público. La luz poco a poco se va aclarando: ellas llevan vestidos negros y una cinta roja atada a la cintura; también, llevan un objeto en la mano: una camisa blanca, una gaita, un muñeco de felpa, una carta, un zapato, un frasco con varias pelotas, hierbas y flores. Ya ubicadas en el escenario se dividen dos grupos de cuatro y avanzan para mostrarle al público el objeto que cada una lleva; en medio de esta primera escena, entra la novena mujer con una pintura de un hombre en sus manos:

Mujer 1: -Buenas tardes, señoras y señores. Estoy en este tribunal de mujeres, vengo a protestar, vengo a reclamar, vengo a denunciar.

Mujer 2: -Exigimos justicia por nuestros hijos asesinados en el operativo de los mal llamados ‘falsos positivos.’

Mujer 3: -Mi nombre es Antígona y hace más de 3.000 años estoy buscando cómo enterrar a mi hermano Polinices.

Mujer 4: -Soy la voz de mi hijo y estoy aquí para exigir justicia.

Mujer 5: (Sale de uno de los telones con una pintura de su padre). -Hace 22 años asesinaron a mi familia y aquí no ha pasado nada. Por eso estoy aquí, en este tribunal de mujeres.

Mujer 6: (Cantando). -La muerte me vino a buscar y yo le dije: - ¡Carajo, respeta!

Mujer 7: -Soy militante de la Unión Patriótica y regresamos para vencer.

Mujer 8: -Nos tienen de juzgado en juzgado, de papel en papel, pero aquí no ha pasado nada.

Mujer 9: -Este tribunal de mujeres busca que este país pueda llegar al día de nunca jamás.

Todas: - ¡Nunca jamás! (Luego, gritan al tiempo por lo que difícil discernir los complementos de la frase nunca jamás; falsos positivos, desaparición forzada, entre otros) (*Antígonas Tribunal* 00:06:25).⁷

Así, se nos presenta no sólo las dos vertientes entrelazadas que dan estructura al relato—la obra *Antígona* de Sófocles y los relatos de las mujeres sobrevivientes—, sino que inicia la construcción del tribunal “imaginario,” uno que se erige para enunciar disconformidades (protestar), para pedir o exigir con derecho justicia (reclamar) y para dar parte a la autoridad correspondiente sobre la actuación ilícita (denunciar).

Este tribunal se instituye desde dos perspectivas: por un lado, el tribunal de mujeres como el espacio en el que ellas mismas presentan las pruebas de vida de sus seres queridos desaparecidos y asesinados al mismo tiempo que acusan y enjuician a los culpables; por otro, las mujeres se exponen para ser juzgadas por el público y éste último se convierte en un tribunal que representa al pueblo colombiano apático y silencioso al que las mujeres apelan directamente para que se involucre y emita un juicio sobre lo que ellas le presentan. Varios son los momentos en los que las mujeres apelan al público directamente como tribunal; por ejemplo: “. . . pero aquí si decimos, si contamos, si evidenciamos, nos persiguen, nos amenazan nos desaparecen, pero ustedes—dirigiéndose a los espectadores—se ven tan bonitos señores del tribunal, viven en un mundo de cristal” (*Antígonas Tribunal* 00:17:58). Sin duda, las mujeres también cuestionan el lugar de comodidad en el espectador, un lugar de cristal que les impide ver más allá de su propio mundo. De esta manera, entre las mujeres y el público se establece una relación que se traza mediante el intercambio de posiciones entre jueces y acusados.

Precisamente, el hecho de que el público se convierta también en tribunal amplía el espectro de los límites de los lugares donde se hace justicia y los actores que la sentencian, pues cada uno de los asistentes podrá escuchar los relatos y, asimismo, emitir un juicio. Entonces, en este caso, la justicia no se encuentra encerrada en un único espacio y en unas personas específicas que la determinan: aquí la justicia se libera de los lugares y de los miembros del tribunal convencionales, por lo que se explora la posibilidad de encontrar la representación de la justicia en un lugar como el escenario del teatro.

Así, la justicia es una noción que se empieza a representar en el escenario del teatro de *Antígonas Tribunal*. No obstante, en primera instancia, la justicia se aleja de su lugar convencional de establecimiento y apela a los espectadores como miembros del tribunal. En segunda instancia, la justicia comienza a distanciarse de los términos retributivos y punitivos que también la han caracterizado desde el mundo antiguo hasta la modernidad. Primero indicaré de qué se tratan estos términos, para luego establecer las condiciones particulares de la justicia tanto en *Antígona* como en *Antígonas Tribunal*.

En el artículo “La condena de la venganza privada tras la justicia punitiva. Contraste y continuidad entre *La Orestíada* de Esquilo y el derecho hegeliano,” Víctor Ibarra (2016) afirma que la diferencia entre justicia retributiva y punitiva se encuentra en el establecimiento del tribunal como instancia de mediación racional para contrarrestar las afecciones del ánimo del individuo que ejecuta la venganza (293). Es decir, la justicia retributiva es de carácter privado, pues el sujeto la ejecuta bajo el dominio de las emociones y vengativo porque el sujeto se ampara en la ley del talión para compensar su pérdida. Por el contrario, la justicia punitiva tiene pretensiones de universalidad legal mediante la racionalización de la violencia, a través de un órgano de institución administrativa como lo es el derecho. El autor sostiene que la justicia punitiva viene a ser la expropiación del terreno de lo privado de la venganza al espacio de lo público y universal de la legalidad.

En *Principios de la Filosofía del Derecho*, G. W. Friedrich Hegel ([1821] 1999) argumenta que la violencia producto del ajusticiamiento privado debe ser reemplazada por una justicia que sea administrada por instituciones burocráticas pertenecientes al Derecho. Hegel afirma que la venganza “es justa según su *contenido* en la medida en que es una compensación, pero según la *forma* es la acción de una voluntad *subjetiva* que puede colocar su *infinitud* en cualquier lesión que ocurra” (Hegel 102, 192). Lo anterior quiere decir que Hegel cuestiona la forma de ejecución de la compensación, más no el contenido de la venganza. Cabe mencionar que, de acuerdo con Hegel, en el caso de asesinato, la compensación “corresponde necesariamente a la pena de muerte” (Hegel, “Agregado” 101, 191-192). Por lo tanto, la ley del talión se mantiene pero el asunto problemático ocurre cuando se materializa en el terreno de lo privado; es decir, cuando es ejecutada directamente por el sujeto lesionado, mas no cuando ocurre en el terreno de lo público, o sea, en el tribunal. En el primer caso se generará otra lesión de manera indefinida; en suma, una injusticia.

Para resolver esta injusticia, Hegel manifiesta que la justicia se debe liberar “de los intereses y las formas subjetivas... es, pues, la exigencia de una *justicia no vengativa sino punitiva*. Se tiene aquí. . . la exigencia de una voluntad que, en cuanto a voluntad *subjetiva* particular, quiere lo universal como tal” (Hegel 103, 193). Para instituir dicha universalidad, la forma de la venganza debe cambiar y es el Estado el

órgano que debe vindicar la lesión infringida. El lugar para ello es el tribunal: “las personas que constituyen el tribunal son, por cierto, también personas, pero su voluntad es la de la universalidad de la ley” (Hegel “Agregado” 102, 192). Ello quiere decir que los miembros del tribunal son sujetos desasidos de sus afecciones particulares con el fin de conducirse racionalmente de acuerdo con la ley. De igual manera, el delito ya no se reconocería como el perjuicio a alguien particular, al sujeto moral en cuanto voluntad subjetiva, sino como el perjuicio al derecho en cuanto derecho (Hegel “Observación” 99, 185-186). Es decir, mediante la pena instaurada por el tribunal, la ley se restituye a sí misma, más no al ciudadano en particular. En resumen, el sujeto dentro del sistema de justicia punitiva—tanto el lesionado como cada uno de los miembros del tribunal—es desasido de sus afecciones particulares con el fin de superar la individualidad, alcanzar un fin universal y racional, y resolver así el carácter aporético de la venganza privada.

Estas características de la justicia punitiva son importantes en este contexto porque indican no sólo cómo se relaciona con la venganza antigua o justicia retributiva, sino también cómo funciona la justicia moderna en el tribunal: el sujeto, junto con la inmediatez de la manifestación de sus afecciones particulares, se subordina a la ley amparada en su validez universal como forma de administración de justicia. Contrariamente, en la obra trágica *Antígona* de Sófocles su protagonista no es desasida de su individualidad a la hora de reclamar justicia sobre el cuerpo muerto de su hermano Polinices y ella, aún sin prescindir de su voluntad subjetiva particular, puede hacer justicia con sus propias manos: enterrar a su hermano sin que esta acción sea en sí misma injusta, pues depende desde el criterio sobre lo justo con el que se evalúe dicha acción.

En *Antígona* encontramos un escenario en el que la ordenanza y la administración de una ley divina permiten reconocer las afecciones particulares del sujeto desconocidas por el derecho en el terreno de lo humano, que en el caso de *Antígona* es instituido por Creonte. Para hacer justicia, es decir, enterrar a su hermano Polinices, *Antígona* apela a una justicia distinta de la que dictamina Creonte, una que se encuentra por encima de las leyes humanas y que le permite realizar el acto ritual del entierro de su hermano, a pesar del decreto que lo prohíbe:

Antígona: -No fue Zeus el que los ha mandado publicar [los decretos que dictaminaban que ninguno le tribute los honores postreros con un entierro -a Polinices-, ni le llore], ni la Justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Éstas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a

obtener castigo por ellas [por transgredirlas -nota del traductor-] de parte de los dioses por miedo a la intención de hombre alguno.

Sabía que iba a morir, ¿cómo no? Aun cuando tú no lo hubieras hecho pregonar, Y si muero antes de tiempo, yo lo llamo ganancia. Porque, quien, como yo, viva entre desgracias sin cuento, ¿cómo no iba a obtener provecho al morir? Así, a mí no me supone pesar alcanzar ese destino. Por el contrario, si hubiera consentido que el cadáver del que ha nacido de mi madre estuviera insepulto, entonces sí sentiría pesar. Ahora, en cambio, no me aflijo (Sófocles, *Antígona* 449-470).

De esta manera, en *Antígona* se cuestionan los límites de la ley humana, ya que la acción ritual del entierro es prohibida por la ley de Creonte, pero es avalada por la ley de los dioses, una ley superior. Así, el castigo de la muerte de Antígona a causa de su desobediencia correspondería a la compensación punitiva por trasgredir la ley humana, mas no se corresponde con la trasgresión a una ley divina, todo lo contrario, ya que el cadáver de aquel que ha nacido de la madre de Antígona debe ser sepultado según estas leyes supra humanas. Aquí encontramos un escenario alternativo en el que dadas ciertas condiciones del contexto, el sujeto no se subordina a la ley humana y tampoco prescinde de su voluntad subjetiva, pues la ley divina tiene en cuenta sus circunstancias contingentes y, por lo tanto, Antígona puede ser restituida en su derecho. De esta manera, encontramos en esta obra una forma de superar la contradicción entre el individuo y la ley, entre las afectaciones particulares del lesionado y la razón del tribunal, que para Hegel son irreconciliables y constituyen una imposibilidad para hacer justicia.

Entonces, no es de extrañar que dentro del escenario intertextual de *Antígona* las mujeres sobrevivientes de *Antígonas Tribunal* pueden apelar a su individualidad y afectaciones de ánimo para protestar, reclamar y denunciar las muertes de sus seres queridos. Estas tres acciones son avaladas por medio del ritual que impregna el teatro, en el que los espectadores se convierten en miembros del tribunal y en el que también es posible apelar a la ley que se encuentra por encima de lo humano. De igual manera, el tribunal compuesto por los espectadores puede conciliar su voluntad subjetiva con la voluntad universal de la ley divina. Por lo tanto, en este escenario de conciliación es posible reflexionar sobre una justicia que se piense de forma diferente de la que se establece en términos punitivos, como veremos más adelante, una justicia que se replantea desde el encuentro con el otro mediante la narración; aquella justicia que reconoce el dolor del sujeto moral en las circunstancias de un crimen particular.

Los puntos de vista de las narradoras en *Antígonas Tribunal*

En el texto “Narrative against Destruction,” Adriana Cavarero (2015) realiza el análisis de la lectura que Hannah Arendt hace de Homero como “un ejemplo de biógrafo en los orígenes de la tradición literaria griega” (1).⁸ En *Antígonas Tribunal* tenemos dos tipos de narradoras que se equiparan con dos posibilidades de narración a las que se refiere Arendt: una correspondiente a *Iliada* y otra a *Odisea*. En la primera, el poeta canta la vida de los héroes caídos, quienes no tienen la oportunidad de escuchar la narración de su vida como lo sí lo hace Odiseo (Cavarero 2015, 3). En este tipo de narración se enmarcan las tres madres que hablan de las ejecuciones extrajudiciales, pues ellas mismas reconstruyen las voces de sus hijos desaparecidos y asesinados. Asimismo, las sobrevivientes al exterminio del partido político de la Unión Patriótica—Fanny Palacios y Orceny Montañez—evocan el recuerdo de sus esposos, padres y familiares a través de sus nombres, fotografías y algunas pinturas. Particularmente, el caso de Fanny Palacios es narrado por las actrices mientras ella sostiene la pintura de su padre y, al fondo, se proyectan imágenes de su familia en su antigua casa en el sepelio de su padre y del abogado defensor, Eduardo Umaña Mendoza, quien tomó el caso y también fue asesinado.

De este modo, la narración y puesta en escena de estas historias se hace de manera que se relatan momentos de vida de los fallecidos que se conducen al final de sus vidas. Todas estas perspectivas de narración se encuentran entre el intersticio de narrar la vida de otro ausente y narrar la propia supervivencia de las mujeres al modo de Odiseo. No obstante, su narración prevalece en el primer plano, pues gira en torno a los familiares ausentes y a sus condiciones de desaparición, pues muy poco se nos dice sobre la supervivencia de ellas mismas. Al respecto, Cavarero nos explica la naturaleza de este tipo de narración: la vida que se inició en el nacimiento ha alcanzado su fin y la historia del héroe incluye su muerte como el último capítulo de su vida; por lo tanto, no se espera que suceda algo nuevo, inesperado o impredecible (Cavarero 2015, 3). Si bien la lectura de este primer tipo de narración que Arendt hace sobre Homero nos dice que la historia del héroe incluye su muerte por lo que no sucede nada nuevo, inesperado o impredecible en la narración de la vida que pereció, en el contexto del conflicto armado colombiano esto sucede de manera muy diferente.

En *Iliada* el aedo canta la historia del héroe porque generalmente conoce el inicio y final de su vida; además, sabe de las circunstancias de la muerte y de la suerte del cuerpo del héroe caído, pero, en una realidad como la colombiana, cobra suma importancia un ejercicio como el de *Antígonas Tribunal* en la medida en que lo nuevo, lo inesperado o lo impredecible se espera que incursione en la narración y en la puesta en escena. Es decir, ocurre una actualización constante de la narración de estas vidas fenecidas conforme se van conociendo y narrando no solo las circunstancias de la muerte, sino también el efecto de la misma representación en las mujeres sobrevivientes, así como los resultados de los

procesos de edición de la obra de acuerdo con el trabajo del colectivo: “[e]n este trabajo solidario colectivo, en muchos momentos ellas [las mujeres sobrevivientes] se quebraban, y todas y todos nos quebramos” (Zatizábal 257). Por ejemplo, en dos ocasiones en que he visto la obra irrumpen actos, sonidos, imágenes inesperadas como quebrantos en la voz, cambios en la entonación, silencios, repeticiones entre otros elementos que surgen precisamente por el carácter oral-performativo de la obra. Así, en *Antígonas Tribunal* sí pueden surgir elementos nuevos, inesperados o impredecibles tanto para ellas como para el público.

Además, la segunda posibilidad de narración, aquella en la que es posible escuchar el relato de su propia vida como lo hace Odiseo, también se propicia en *Antígonas Tribunal* pero de una manera particular. Al respecto de su mecanismo, Cavarero nos dice:

Para saber quién soy yo, siempre necesito de los otros. Esos otros pueden ser o bien espectadores a quienes les revelo mi singularidad distintiva a través de la acción, o bien narradores que, al contar la historia de mi vida, dan forma a mi identidad personal mediante las palabras y la hace sobrevivir a mi propia muerte (2015, 2-3).

En *Antígonas Tribunal*, Mayra López Severiche habla sobre el montaje judicial que sufrió como líder estudiantil universitaria. Para ello, proyecta sobre un pañolón blanco su historia narrada por sí misma y grabada en video. A diferencia de Odiseo, quien escucha su propia historia por medio del aedo Demódoco y se reconoce como protagonista de la misma, lo que le provoca el llanto (*Od XVIII*, 500-540), Mayra proyecta sobre un pañolón blanco el video de su historia narrada por sí misma. En este sentido, la particularidad de esta narración es que Mayra habla de sí misma a través de sí; entonces, ella misma es convertida en otra, aquella que se proyecta en su pantalla y que también se encuentra en compañía de otros, es decir, el tribunal. Se podría afirmar que nos encontramos ante los fragmentos de una auto-video-biografía, en la que Mayra, sujeto de ella misma, posibilita que su yo se convierta en narradora y cantaora.

La relevancia de ambos puntos de vista en la narración de *Antígonas Tribunal* y los procedimientos empleados para desarrollarlos descansa en una referencia a la verdad: “los hechos que cuenta la epopeya sí ocurrieron pero han sido mitificados” (Vallejo 2013, 173). Ambas perspectivas conducen a narrar y glorificar las acciones trascendentales de los héroes y heroínas dignas de memoria para el pueblo colombiano; de igual manera, restauran el buen nombre de los seres queridos fallecidos, denuncian y reclaman al Estado por la persecución a quienes lo han cuestionado y han defendido la ley. Así, las virtudes de los héroes caídos y aquellos que han sobrevivido encuentran un espacio de representación por medio de la narración—una en que los hechos verdaderos de

su vida puedan ser mitificados, con el fin de que pervivan en la memoria de quienes escuchan su canto.

Los objetos como semillas de lo inolvidable en la hilación narrativa

Recordemos que Antígona trasgrede las leyes humanas con el fin de dar sepultura al cuerpo de su hermano Polinices y lo hace amparada por la ley divina sin sentir temor de la compensación punitiva de la muerte que Creonte le impone por desobedecer. Por lo tanto, la querrela de Antígona se centra en hacer justicia al cuerpo sin vida y expuesto de Polinices por medio del ritual del entierro. No obstante, en *Antígonas Tribunal* muchas de estas mujeres no tienen un cuerpo que sepultar o tienen un cuerpo incompleto y el ritual de la sepultura no se ha podido llevar a cabo. Lo anterior sucede debido a que los cuerpos de los desaparecidos han sido ocultados por los perpetradores y solo en la búsqueda de los mismos es que se han hallado algunas de sus partes. Por lo tanto, hacer justicia en este caso no se centraría en el ritual del entierro convencional: hay que (d)enunciar su ausencia y sus condiciones particulares de desaparición para traer al presente de la enunciación la ausencia misma, pues si no hay cuerpo, el lenguaje debe intentar darle alguna forma para dar inicio al duelo. Así, el ejercicio de la narración surge de la necesidad de que la voz del ausente clame ser escuchada: protesta, reclama y denuncia los crímenes perpetuados por el Estado colombiano.

Las mujeres presentan al público los objetos mediante los cuales se realiza la narración de los fragmentos de la vida que se ha perdido.⁹ Nos cuentan, en primer lugar, los nombres de sus seres queridos, la fecha de su desaparición, el lugar y el agente estatal perpetrador del posterior asesinato. Como prueba de esta vida, las mujeres llevan estos objetos y los acompañan con palabras y movimientos en escena. En segundo lugar, ellas nos *presentan* algunas vivencias que han tenido con sus hijos a partir de su relación con el objeto, sin un orden cronológico, pues el eje que las articula es la significación que ellas han atribuido a estos fragmentos de vida. Al cierre de cada escena, hay una canción que ellas interpretan. De igual manera, las demás mujeres acompañan a quien ha hablado y, en un gesto de solidaridad para dejar el escenario y cerrar la escena, la custodian para buscar al hijo perdido o para acompañarla en el ritual de cierre.

Lo que vemos en la obra de teatro, mediante este recorrido de la fragmentación de varias vidas, son las mujeres y su relación con la experiencia de recordar. La experiencia de recordar implica traer a los familiares fenecidos desde su ausencia y como ausencia. Para ello, los objetos son los umbrales que permiten realizar la evocación de los seres queridos que ya no están y quienes reclaman ser recordados, sin que su pérdida pueda ser superada ni clausurada en el archivo de la historia. De igual manera, en varios instantes fugaces la madre, la

esposa o la hija reclaman que el ausente sea traído de nuevo al presente; por ejemplo, cuando éstos enuncian el nombre de su hijo, de su esposo o de su padre, en el instante que muestra su fotografía, su pintura; o bien en el momento que se presentan los objetos, ella reclama que el ausente sea traído de nuevo al presente, si bien éste no vuelve enteramente para ser reparado, reemplazado y resuelto en el presente mismo de la enunciación: vuelve como ausencia.

Por lo tanto, decir el nombre y, paradójicamente, tratar de ensamblar los fragmentos dispersos y narrativos de partes de la vida de un familiar mediante un objeto, sin una linealidad más allá de la misma enunciación, es la reflexión *in situ* sobre la tarea de hacer memoria. Como afirma Nicolás Casullo (2002), estamos ante una memoria que escudriña entre tinieblas, entre sombras, entre lo ido, entre lo irrecuperable y, al mismo tiempo, una narración que resucita, rescata, “repone espectralmente el tiempo fenecido” (2002, 103). Por lo tanto, el umbral de la memoria permanece entre la vida que se ha ido, entre la oscuridad que deja su vacío y el intento de su aprehensión mediante la narración que toma forma a través del cuerpo y de la voz de la madre, la hija o la esposa.

En *El Narrador*, Walter Benjamin ([1936] 2008) ya planteaba esta reflexión sobre la memoria y el papel de la narración a través de la siguiente pregunta: “¿No se advirtió que la gente volvía enmudecida del campo de batalla? No más rica, sino más pobre en experiencia comunicable” (Benjamin, I, 60). Este cuestionamiento viene seguido del desarrollo de la contraposición entre narrar la experiencia—unitaria y lineal—(que Benjamin relaciona con la novela y con la historia) y los silencios y quebrantos de la comunicabilidad que da cuenta de una experiencia producto de la guerra (que se relaciona con la narración oral y la memoria).

Luego, el autor se refiere sobre la memoria efímera del narrador [*Gedächtnis*], la cual se fundamenta en su carácter oral, lo cual permite que se mueva en una temporalidad distinta a la cohesionada y unitaria que se encuentra en la novela. Dicha oralidad se alimenta de interrupciones, silencios, de anacronismos, repeticiones, de incoherencias, fragmentaciones—entre otros elementos—que dan cuenta de una memoria que habita y se manifiesta en el lenguaje mismo estas discordancias. Es imperativo tener presente el carácter oral y performativo de la puesta en escena de *Antígonas Tribunal*, pues así sea la misma obra y el mismo “texto” el que se (re)presenta, cada puesta en escena es única e irrepetible. Nunca se (re)presenta de la misma manera aquello que ya estaba pensado ser (re)presentado.

De esta manera, la contraposición entre oralidad y escritura, al interior de la estructura temporal, marca una distinción entre el movimiento y apertura de la oralidad en la narración y la quietud y oclusión de la escritura de la novela. En Benjamin, la novela puede interpretarse como una manera de hacer historia que se establece como discurso fijo, unívoco

y terminado, en contraposición al hecho performativo de la narración oral que se encuentra en movimiento y, por lo tanto, sin una clausura: “Narrar historias siempre ha sido el arte de volver a narrarlas. ... Se pierde porque ya no se teje ni se hila mientras se les presta oído” (Benjamin VIII, 71). Así, la experiencia de la repetición—en el caso del público, volver al teatro a escuchar/ver o en el caso de las mujeres sobrevivientes, volver a narrar—es cuanto imposibilita poner fin al relato. Asimismo, la experiencia de escuchar e ir (des)tejiendo las historias de estas mujeres, sin necesidad de dar una resolución definitiva, un único sentido y una forma unívoca de hilar, da apertura a múltiples posibilidades de significación, no sólo por parte de los espectadores, sino también desde las mismas mujeres.

Así, de acuerdo con Benjamin, si en la narración misma es posible que surja lo inolvidable como aquellas “semillas de grano que, milenariamente encerradas en las cámaras de las pirámides de Egipto están en condiciones, después de miles de años, de suscitar asombro y reflexión” (Benjamin VII, 70), entonces, en los pequeños residuos del pasado, encarnados en las semillas, se encuentra el germen de la posibilidad de la narración, en la que el lenguaje haga de esta experiencia de la pérdida un lugar de la experiencia misma. Podemos hablar de que las semillas tangibles de *Antígonas Tribunal* se encuentran en los objetos que las mujeres guardan de sus seres queridos y en la enunciación de sus nombres, lo cual permite la germinación de las palabras y la puesta en escena para evocar y recordar a sus seres ausentes.

De igual manera, en *La memoria, la historia y el olvido*, Paul Ricoeur (2003) explora la relación entre lenguaje y experiencia. Ricoeur analiza el campo relativo al lenguaje en el que dos discursos—la cohesión de los estados de conciencia del yo individual y la capacidad de entidades colectivas para conservar y recordar los recuerdos comunes—“pueden ser colocados en posición de intersección” (162). Es decir, que en vez de contraponerlos, es posible ubicar un plano medio entre la memoria viva de las personas individuales y la memoria pública de las comunidades. Ricoeur sostiene que la memoria entra en el ámbito del lenguaje cuando se expresa, cuando se pronuncia el recuerdo. Dicho pronunciamiento se hace en la lengua común, es decir, la lengua de los otros (generalmente la lengua materna).¹⁰ A partir de este planteamiento, es posible afirmar que en *Antígonas Tribunal*, cada mujer encamina la rememoración hacia la oralidad y es un discurso que mantienen con ellas mismas en una lengua común que permite establecer un diálogo con los otros (el público). La sugerencia de Ricoeur radica en que entre el yo y los otros hay un plano intermedio: los allegados. Estos son los que se hacen y se sienten próximos y para quienes el nacimiento y la muerte de un “yo” particular son acontecimientos importantes, ya que se alegran por el nacimiento y se lamentan por la muerte: “mis allegados son los que aprueban mi existencia y cuya existencia yo apruebo en la estima recíproca e igual” (172), a diferencia de los otros a quienes este

dato del nacimiento y de la muerte sólo importa en términos demográficos.

En el contexto de *Antígonas Tribunal* este tercer actor de la memoria, los allegados, esclarece el papel del público en la obra, pues estas voces y narraciones no están contadas a partir del interés del nacimiento y de la muerte como un dato estadístico. Cada relato, la puesta en escena y la concatenación de las narraciones están centrados en que el público haga parte del tribunal, no sólo como espectador, sino como un agente activo que puede emitir un juicio o al que se le increpa como cómplice (otro), dado que también conocen a los culpables de una historia reciente del país que ha sido minimizada. En este sentido, la narración en la obra se encuentra direccionada a convertir a los otros en allegados, como aquellos que pueden acercarse a la existencia tanto de las mujeres como de sus familiares ausentes. Así, *Antígonas Tribunal* no es solamente el tejido de una macrohistoria de la partida y la muerte—en este caso la desaparición forzada—de seres queridos, también es el acto creativo del lenguaje en el que se encuentra la posibilidad de la vida, aquella que protesta, reclama y denuncia, que reclama verdad, justicia y la no repetición de estos actos de desaparición a través de hacer más próximo al prójimo.

Una justicia otra: “la comunicabilidad de la experiencia”

Si los objetos de las mujeres pueden ser los umbrales que permiten evocar los seres queridos ausentes, *Antígonas Tribunal* también funciona como un umbral, en el que se da forma a un ritual: las mujeres elevan plegarias por sus seres queridos y por los muertos que ha dejado el conflicto colombiano, plegarias que no se han podido dar en su totalidad en el escenario del derecho colombiano. Para ello, la intertextualidad de *Antígonas Tribunal* con la literatura clásica es fundamental. Por un lado, es posible llevar a cabo los rituales sagrados y funerarios, a pesar de la prohibición del decreto en el caso de *Antígona* y de la imposibilidad de tener un cuerpo que debe ser enterrado, como en *Antígonas Tribunal*. En este caso particular, el rito forense en el tribunal de justicia se lleva a cabo de manera parcial, pues algunas de las mujeres no han recuperado los cuerpos completos de sus seres queridos. Por lo tanto, evocar el amor y lo sagrado como ley para el encuentro con el duelo es fundamental para completar el rito mismo en el que se convierte la obra de teatro.

En *Imagen y duelo*, Pablo Oyarzun (2016) define el duelo como una categoría histórico-estética; es el dolor de la pérdida de alguien que constituía un lugar muy importante en la estancia que otra persona ocupa en el mundo y es el juramento de fidelidad a esa ausencia (203). Así, el duelo se relaciona con la imagen en la medida que permanece, fragmentariamente, bajo la impronta de lo perdido y que mantiene vivo el recuerdo doloroso.¹¹ En *Antígonas Tribunal*, vemos varias imágenes—fotografía, pintura, la misma puesta en escena—que evocan a los seres queridos ausentes. Sin embargo, el

duelo cobra vida en otras imágenes como las rituales. Cerca al final de la obra, después de que las mujeres han elevado oraciones en las que piden por “los cuerpos errantes y las almas ausentes” (*Antígonas Tribunal* 00:54:39), queda Antígona para nombrar las masacres que han ocurrido en Colombia y darse golpes con hierbas aromáticas; posteriormente, pide a los tejedores de hilos de sangre que se hagan responsables de sus actos.

Así, Antígona en *Antígonas Tribunal* también increpa al tribunal de espectadores como conocedores de estos tejedores: “¿Dónde están todos esos delirantes tejedores de tanta muerte? Que vengan a aquí a presentarse ante nosotras. Que vengan aquí a presentarse ante ustedes. ¡Ustedes les conocen! Usted les conoce” (*Antígonas Tribunal* 00: 58: 20). Lo anterior involucra al espectador ya no solo como miembro del tribunal que juzga, sino como objeto del juicio llevado a cabo por las mujeres, debido a su responsabilidad y complicidad al saber quiénes son los culpables de estas historias.

Antígonas Tribunal nos presenta la singularidad de los actos que han afectado a estas mujeres sobrevivientes, las cuales, a su vez, apelan a los miles de desaparecidos y asesinados en Colombia. La obra podría plantear lo que Benjamin denomina la comunicabilidad de la experiencia. Ésta consistiría no en un lenguaje verificable con la información proveniente de un hecho del pasado referencial, sino que se asentaría en el lenguaje que sea en sí mismo experiencia; es decir, que dé cuenta de que existe lo irrepresentable de la experiencia mediante los quiebres del mismo lenguaje. De igual manera, Benjamin nos propone otra manera de concebir la interpretación, pues en vez de focalizarse en el encadenamiento preciso de los acontecimientos—lectura lineal—, debe centrarse en el modo de insertarlos en el curso del mundo (Benjamin XII, 78); esto es, una lectura que se detenga en los juegos del lenguaje, por cuanto dan cuenta de los mecanismos de encadenación y de sus posibles fracturas.

Dichas fracturas están paradójicamente enlazadas, mas no suturadas ni cerradas gracias a la relación de alteridad, pues entre narrar y escuchar se establece un diálogo que permite esclarecer el reconocimiento del otro, del allegado y de sí mismo en palabras de Ricoeur. En dicha relación y aproximación, Benjamin parece indicar que se encuentra la justicia: “El narrador es la figura en la que el justo se encuentra consigo mismo” (XIX, 96). Así, la justicia podría hallarse en el encuentro consigo mismo y con el otro, que se convierte en allegado en un escenario el que se hacen públicos los relatos a través del propio canto de las mujeres sobrevivientes.

En último lugar, el tipo de justicia que se representa en *Antígonas Tribunal* no es aquella que se establece en el lugar convencional del derecho, escenario que, según Hegel, requiere de la liberación de las formas subjetivas, tanto de los acusados como de los jueces, para superar su individualidad y ser conducidos por la universalidad de la ley. *Antígonas* apela

a todo lo contrario: al reconocimiento de las mujeres y de sus seres queridos ausentes como sujetos morales, conducidos por su voluntad subjetiva mediante los mecanismos narrativos y performativos.

Por medio de dichos mecanismos, los espectadores no solo se disponen a escuchar las historias de *Antígonas Tribunal*, también se convierten en objeto de juicio por parte de las mujeres a causa de su conocimiento de los implicados y de su pasividad frente a los hechos presentados en la obra. Por lo tanto, las mujeres les increpan que se involucren en sus historias; de alguna manera, ellas piden al tribunal de espectadores

que no se deshagan de sus afecciones particulares como individuos porque este es el primer paso para el reconocimiento de sí mismas y de la otredad, es decir, el primer paso para crear un punto de intersección entre la memoria viva de las mujeres y la memoria pública del tribunal espectador. Es así como el público puede convertirse en allegado, dado que la obra permite que las mujeres y sus seres queridos ausentes sean reconocidos socialmente. De tal forma, se abre el espacio para posibilitar una reparación simbólica—una que descansa en la justicia de la “comunicabilidad de la experiencia” (*El narrador* I, 60) en términos de Benjamin.

Notas

1. Este análisis se realiza sobre la puesta en escena de la obra y los fragmentos citados se hacen sobre la grabación auditiva de la (re)presentación de *Antígonas Tribunal de mujeres* realizada el día 8 de julio de 2016, en la sede de *Uninadinos*.
2. En el Informe general del Grupo de Memoria Histórica *¡Basta ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad* (2013) se establece que después del fracaso de las negociaciones entre la guerrilla de las FARC y el Gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), Álvaro Uribe Vélez es elegido presidente con base en sus políticas de Defensa y Seguridad Democrática, basadas en recuperar militarmente el territorio y profundizar la guerra con dichos grupos, mediante una “ofensiva política, militar y jurídica” (178), la mayor en contra de las guerrillas en la historia del conflicto colombiano. Los incentivos y presiones para mostrar resultados por parte de la Fuerza Pública produjeron un comportamiento criminal denominado “falsos positivos” o ejecuciones extrajudiciales, casos que, a 31 de mayo del 2011, la fiscalía llevaba “1.486 investigaciones, con 2.701 víctimas” (179). El informe que Philip Alston, relator de la ONU, realizó en 2006 demuestra un patrón común en cómo son llevadas a cabo dichas ejecuciones: se promete trabajo legal o ilegal a las víctimas y se les pide trasladarse a otros municipios distintos a su lugar de residencia. Luego, un par de días después que sus familiares denuncian su desaparición, las víctimas son reportadas como “muertos dados de baja en combate” (234). Uno de los casos de estas ejecuciones extrajudiciales es el de 23 jóvenes provenientes de zonas marginales de Bogotá y del municipio de Soacha, que “fueron presentados como insurgentes dados de baja en combates realizados en el departamento de Norte de Santander” (234).
3. En *¡Basta ya!* se establece que la administración de Belisario Betancur (1982-1986) optó por dialogar y empezar un proceso de paz con las guerrillas FARC, EPL, M-19 y el movimiento ADO. Dentro de los acuerdos con las FARC se incluyó una ruta para autorizar y garantizar la formación de un partido legal, la Unión Patriótica (UP). Ello produjo una serie de resistencias sociales e institucionales (los mandos militares, algunos gremios económicos, parte del establecimiento político nacional), pues veían con peligro el avance electoral de la izquierda (135). De igual manera, varios militantes del partido comunista y otros activistas de izquierda se adhirieron a la UP, lo cual despertó desconfianza en las élites locales y regionales. Dichas élites consideraban que el Estado “los estaba dejando abandonados frente a la amenaza guerrillera al negociar con las cúpulas nacionales de la insurgencia sin contar con ellos” (35). Como consecuencia, en regiones como el Magdalena Medio, los paramilitares se aliaron con estas élites para contener los efectos de las negociaciones entre el gobierno y las guerrillas. A esto se sumó el desafío de algunos sectores de la Policía y el Ejército, pues reaccionaban a los intentos del Gobierno “de limitar su autonomía en el manejo del orden público” (135). Así, las tensiones entre el Gobierno, los grupos paramilitares y las Fuerzas Militares desencadenó tal represión en la población civil, que se manifestaba concretamente en masacres y asesinatos selectivos (139). Dentro de este contexto surge el asesinato sistemático a los miembros de la UP, crímenes que iniciaron en 1986 en el Gobierno de Betancur y prosiguieron en el de Virgilio Barco: “[l]os asesinatos fueron perpetrados por grupos paramilitares, miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado (Ejército, Policía secreta, Inteligencia y Policía regular), muchas veces en alianza con los narcotraficantes” (142). En total, por los crímenes perpetrados a la UP se registraron 503 víctimas de asesinato selectivo (46).
4. La guerra en Colombia ha producido varios daños e impactos políticos. Se han reconocido aquellos premeditados por diferentes actores armados, en ocasiones con apoyo de las élites locales o regionales “para impedir, silenciar o exterminar prácticas, mecanismos, organizaciones, movimientos, partidos, liderazgos e idearios políticos calificados como opuestos y percibidos como peligrosos o contrarios a sus propósitos e intereses” (*¡Basta ya!* 281). Este tipo de acciones inhiben e impiden la

participación de la población civil en las decisiones públicas y en su ejercicio de oposición política. A los líderes, militantes y simpatizantes de diversos grupos que se oponen al gobierno como organizaciones sindicales, asociaciones campesinas, políticas y cívicas, partidos de oposición política, líderes estudiantiles se les ha agredido mediante diferentes mecanismos como los atentados, amenazas, su eliminación física, criminalización, hostigamiento, destierro, persecución judicial, entre otros. De igual manera, El Grupo de Memoria Histórica pudo documentar el asesinato selectivo de 74 defensores de los Derechos Humanos (¡Basta ya! 46). Uno de los casos más conocidos—y también mencionado en *Antígonas tribunal*—es el del abogado Eduardo Umaña Mendoza, quien fue uno de los más prestigiosos penalistas y reconocido defensor de derechos humanos. De acuerdo con el artículo “Veinte años de impunidad en el crimen de Eduardo Umaña Mendoza,” publicado en la revista *Semana* (2018), Mendoza fue asesinado el 18 de abril de 1998 y poco se ha esclarecido sobre este crimen. En 2015 un testigo confesó que la orden la dio el máximo jefe de las autodefensas en colaboración con el Ejército Nacional. En 2016, su asesinato se declaró como de lesa humanidad y es considerado un crimen de Estado.

5. De aquí en adelante se utilizará la palabra sobrevivientes en vez de víctimas, pues así consideran estas mujeres que deben llamarse de acuerdo con lo expresado en el foro posterior a la presentación de la obra de teatro del 8 de julio de 2016, en la que el colectivo respondía preguntas del público.
6. Cabe anotar que el lenguaje en la obra tiene diversas manifestaciones como la música, la danza, el teatro, el género audiovisual, entre otros, pero el centro de mi análisis es el lenguaje literario.
7. La obra de teatro se encuentra en línea y se puede ver en el siguiente vínculo: <https://www.youtube.com/watch?v=OPR5UC-17At0>
8. Todas las traducciones al español de las citas, de ésta en adelante, son mías.
9. Recordemos que los objetos son una camisa, chaleco, fotografías, casetes, moñas, pelotas, maquillaje que le regalaron a sus madres, muñeco de felpa, carros de juguete, entre otros.
10. Quisiera señalar que si bien Ricoeur establece la lengua como medio de acercamiento a los otros, no sólo el signo lingüístico permitiría dicha aproximación. Otras manifestaciones del lenguaje como la música, la danza, las artes visuales, entre otras, también pueden intervenir como mecanismos de intermediación, los cuales no son objeto de análisis en este artículo.
11. Queda abierta la invitación a analizar, por un lado, las imágenes como pinturas y fotografías de los seres queridos ausentes que las mujeres sobrevivientes muestran al tribunal. Por otro lado, las imágenes que se construyen dentro del marco del escenario del teatro. Por ejemplo, sería muy fructífero realizar un paralelo entre el análisis que realiza Pablo Oyarzun sobre la escultura de la *Piedad del Vaticano* (Miguel Ángel, 1948-1949) y el duelo, con una de las imágenes finales de *Antígonas*. En ella, Luz Marina Bernal, luego de que las actrices han elevado su plegaria a Hécate y han justificado el entierro sobre los argumentos del amor y de lo sagrado, carga la ropa que su hijo utilizó la última vez que lo vio, de manera muy similar a como lo hace la Virgen María en la *Piedad del Vaticano* (1499). Sin embargo, la ropa está vacía, no hay cuerpo que haga contrapeso como sí se hace en la escultura. Además, sobre la camisa hay una fotografía de Leonardo Porras Bernal. Cabría detenerse en esta imagen en *Antígonas* pensando en las categorías que desde las artes visuales surgen para representar los efectos del conflicto colombiano.

Obras citadas

- Benjamin, Walter. 2008. *El Narrador*. Traducción de Pablo Oyarsún. Santiago: Metales Pesados.
- Casullo, Nicolás. 2002. “La memoria de las cosas.” En *Observatorio siglo XXI. Reflexiones sobre arte, cultura y tecnología*. Buenos Aires: Paidós.
- Cavarero, Adriana, and Elvira Roncalli. 2015. “Narrative Against Destruction.” *New Literary History*. 46, n°. 1: 1-16.
- Grupo de Memoria Histórica. 2013. *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- González, Juanita. 2014. “El teatro como un aporte a la reparación a víctimas de violencia política en Colombia. Tesis de pregrado para optar por el título de Politólogo, Pontificia Universidad Javeriana.

- Hegel, G. W. Friedrich. 1999. *Principios de la Filosofía del Derecho*. Barcelona: Edhasa.
- Homero. 2010. *Odisea*. Trad. José Luis Calvo. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Ibarra B, Víctor. 2016. “La condena de la venganza privada tras la justicia punitiva. Contraste y continuidad entre *La Orestíada* de Esquilo y el derecho hegeliano.” *Ideas y Valores* 65, n.º. 162: 291-314.
- Oyarzun, Pablo. 2016. “Imagen y duelo.” *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos* 6: pp. 203-212.
- Ricoeur, Paul. 2003. *La memoria, la historia y el olvido*. Argentina: F.C.E.
- Sófocles. 2003. *Antígona*. Trad. Assela Amillo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, *Señal que cabalgamos* n.º. 24.
- “Veinte años de impunidad en el crimen de Eduardo Umaña Mendoza.” 2018. *Semana* en línea, última vez modificado abril 17, <https://www.semana.com/nacion/articulo/veinte-anos-de-impunidad-en-el-crimen-de-eduardo-umana-mendoza/564047>
- Vallejo, Fernando. 2013. “La verdad y los géneros narrativos.” En *Peroratas*. Bogotá: Alfaguara.
- Zatizábal, Carlos. 2015. “Memoria poética y conflicto en Colombia—a propósito de *Antígonas Tribunal de Mujeres*, de Tramaluna Teatro.” *Revista Colombiana de las Artes Escénicas*, n.º. 9: 250-268.
- Zatizábal, Carlos. 2016, dir. *Antígonas Tribunal de Mujeres*. 2013; Bogotá: Uniandinos, grabación personal. mp3.

Sobre *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez: el *ritornello* de la enfermedad

Santiago Andrés Gómez / Universidad de Antioquia

El centro de todas las miradas

En el periplo de Simón Bolívar, personaje protagonista de la novela *El general en su laberinto* (1989), de Gabriel García Márquez, el relato insiste en un movimiento perfectamente identificable con el concepto de *ritornello*. Esta palabra, *ritornello* (cuyo manejo en este artículo, conviene advertirlo, no tiene que ver con el uso que de ella hacen Deleuze y Guattari en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* [1994]), es la designación convencional de una serie de tropos musicales y poéticos consistentes, en general, en la repetición recurrente de un motivo, con fines frecuentemente incitantes, de involucramiento en una atmósfera un tanto hechizada (Apel 1950; Rutherford-Johnson et al. 2017). El *ritornello* se constituye en toda una lógica con que la novela de García Márquez concibe el estado de declive físico y moral del gran héroe, y da pie a una serie de revelaciones a las que él accede y que la novela hace suyas como una declaración. El propósito de este artículo es delinear el modo en que el autor maneja esta figura y el sentido que ella le da a la novela, un sentido que no ha sido del todo bien asimilado. Para ello, esbozaremos primero el contexto en el que surgió *El general en su laberinto*. Luego repasaremos las lecturas comunes sobre el libro, como exaltación o desmitificación de Bolívar, y consideraremos algunas interpretaciones más complejas, que atienden a la mixtura que hay en la novela entre ambas posturas.

Durante los años ochenta, aun antes de recibir el Premio Nobel de Literatura y sobre todo a partir de la entrega del galardón en 1982, Gabriel García Márquez era un mediador entre políticos de toda América y una especie de consejero de estado honorario en diversos frentes. Gerald Martin nos cuenta en su biografía del escritor lo siguiente sobre el periodo inmediatamente posterior al Nobel:

Su enorme celebridad no había dejado de aumentar desde que se convirtiera en una especie de presidente errante [...] Anunció a la prensa que se tomaba una temporada sabática, pero era evidente que también acariciaba la esperanza de poder utilizar su nueva capacidad de injerencia para mediar de manera más efectiva entre sus nuevos aliados presidenciales. (Martin 2009, 490-491)

Ahora bien, esas altas amistades—que se extendían a Europa por las buenas relaciones con el presidente de Francia,

François Mitterrand, y el presidente de gobierno en España, Felipe González—comprendían en Colombia la amistad con el conservador Belisario Betancur y en Cuba (desde luego, como ya es bien sabido) con Fidel Castro. Todo ello hacía que García Márquez tuviera una situación enormemente privilegiada y a la vez sumamente complicada. En una conversación con el propio Martin, muchos años después, el novelista le contaría:

—[...] he pasado algunos momentos muy oscuros en mi vida.

—¿Cuándo, antes de Cien años de soledad?

—No, en los años después del Nobel. Muchas veces pensé que me iba a morir; había algo ahí, en el fondo, algo oscuro, algo debajo de la superficie de las cosas. (Martin 2009, 513)

Esta acechancia de la oscuridad se ve reflejada al final de la contemporánea novela *El general en su laberinto* en un apartado llamado “Gratitudes” en que considera a su libérrima y muy personal creación un libro dominado por el horror. Sin duda, ese horror del que habla era el suyo, y el sentimiento parece haberlo dominado durante todos esos tiempos, pero, desde luego, no sin razones. En una entrevista con *Excelsior*, en julio de 1986, ocho meses después de la tragedia del Palacio de Justicia, Gabo diría que Colombia estaba “al borde del holocausto” (2009, 515). Poco después, durante el Festival de Cine de Moscú, al que Gabo asiste como invitado de honor, el Nobel conversa con el popular líder de la Unión Soviética Mijaíl Gorbachov en el Kremlin, y a pesar de confesar su admiración por las reformas radicales que este viene adelantando en su país, la capital del comunismo mundial (*glasnot* y *perestroika* son grandes palabras, dice el escritor [2009, 527]), también en *Excelsior*, el 21 de julio de 1987, contará que le había dicho a Gorbachov que le inquietaba que algunos políticos se aprovecharan de sus buenas intenciones. Martin comenta: “es de suponer que se refería a Reagan, Thatcher, el papa Juan Pablo II” (Martin 2009, 527).

Es en medio de este contexto cuando se escribe y se publica *El general en su laberinto*. El mundo está cambiando a pasos agigantados, el comunismo y, sobre todo, la validez de su discurso se desmoronan en términos efectivos, y esto compromete acusadamente el destino de Colombia y América Latina. En nuestro país, faltaba poco para que el M-19

entregara al fin las armas y se integrara a la vida política, pero al mismo tiempo, en 1987, se forma una dirección guerrillera que reúne a los demás grupos insurgentes y adopta el nombre de Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. García Márquez escribe su novela histórica sobre el llamado Libertador no solo por el atractivo humano y estético que ejerce sobre el escritor la grandeza eclipsada del héroe al borde de la muerte, sino en últimas para dar una lección política. Si atendemos al libro y a las palabras de Gabo por esos días, percibiremos que su proyecto es, de modo evidente, pedagógico, y con toda seguridad el deseo revisionista que entraña era validado, entre otras cosas, por los efectos que ya una novela como *Cien años de soledad* había producido en la sociedad. Recordemos las palabras del historiador Nicolás Pernet:

[t]ras la publicación de *Cien años de soledad* en 1967 [...] el episodio de la huelga y la masacre de las bananeras salió de un mutismo de décadas y se convirtió en un tema de interés para nuevos investigadores. Hoy tenemos una visión mucho más clara de la historia bananera de nuestro país en gran parte gracias al impulso que le dio a la investigación la inolvidable novela de García Márquez. (Pernet, 2014, 63)

Pero, ¿tuvo *El general en su laberinto* una repercusión semejante a la de su relato sobre el paso de la United Fruit Company, a inicios del siglo xx, por el Magdalena? Sabemos que no, pero tal vez debamos añadir: por el momento. Importante es tratar todavía de seguir descifrando exactamente lo que Gabo nos quiso decir a todos los colombianos y el modo en el que lo dijo. A nuestro modo de ver, las visiones más arraigadas sobre esta novela se engañan al hacer énfasis en posturas opuestas, pues en el fondo la verdad es más conciliadora. Hay que reconocer que desde muy temprano, como ya en el caso de la primera reseña del libro, hecha por Alfonso López Michelsen (1989), presidente de Colombia entre 1974 y 1978 y gran amigo de García Márquez, hubo una suerte de exculpación ideológica del libro según el argumento de la libertad del artista, pero así como esta visión era débil e insular frente a la más común vehemencia de los polemistas, también resultaba, de algún modo, un tanto condescendiente frente a un asunto ciertamente delicado. En cambio, resulta evidente que *El general en su laberinto* es, más que una libre creación, una toma de postura política con serias implicaciones. Para la crítica en general, o bien se trata de un homenaje excesivo al Libertador, como emblemáticamente lo quiso entender el periódico *El Tiempo* en su editorial del 19 de marzo de 1989, representando este medio la posición más conservadora de muchos historiadores e intelectuales tradicionales, o bien se piensa que es una desacralización del héroe, bien sea esta fascinada o cuestionadora. Enrique de Gandía, por ejemplo, dice que el Bolívar de Gabo es “una parodia” (2014, 295), pero no tanto del personaje como del mito. Por su parte, Roberto González Echevarría habla en el mismo sentido de “una profanación” (2014, 319) y afirma:

“García Márquez no ha dejado de pagar por tamaño atrevimiento, provocando la ira de bolivarianos en todo el Continente, que han escrito airadas cartas denunciando los errores históricos de la novela” (2014, 318).

Sin embargo, ha habido miradas que combinan con lucidez la interpretación del texto como homenaje y al mismo tiempo como desmitificación, aunque de todos modos suelen ver a la novela como una exaltación elegiaca a Bolívar o a sus sueños de unidad continental. Pablo Montoya dice, por ejemplo:

La novela nunca pone en duda este heroísmo a pesar de insistirse siempre en las honduras de su desfallecimiento. Para su narrador, el supremo encanto de la vida del general es su fracaso; recalca siempre en los “años de guerras inútiles y desengaños del poder” vividos por el Libertador [...]. García Márquez no ignora que lo más suculento del fracaso es la visión heroica que de allí se desprende. A cada momento, y en esto consiste la voluntad laudatoria del autor, Bolívar surgirá impetuoso, rápido, magnánimo, arrojado, sabio [...]. Y en esos “escrutinios del pasado”, que construyen una buena parte de la novela, no se vacila en aumentar las dimensiones del héroe. (2009, 14)

De tal modo que, en un sentido profundo, García Márquez habría desmitificado al héroe para engrandecer al ser humano, y no propiamente con la intención de crear un nuevo mito, o no al menos uno delineado al modo tradicional, sino una nueva imagen, más veraz y, al mismo tiempo, persuasiva. Mientras tanto, De Gandía señala (indicamos entre corchetes una evidente errata del texto original):

El libro de García Márquez nos muestra a Bolívar luchando hasta los últimos instantes de su vida por la reconstrucción de la América despedazada. Estaba semi agónico, a un paso de la muerte, y tenía la esperanza de que sus generales, dirigidos por él, hicieran el milagro de salvar la unidad de América. Pobre iluso, pobre soñador con una idea que los federalistas hacían imposible. Concebía planes. Su estrategia era perfecta. Lo que no lo era, era la ambición de quienes [no] se resignaban a abandonar sus aspiraciones presidenciales, de ser unos Bolívares menores, unos presidentes de países deshechos por la guerra de la independencia que más parecían inmensos cementerios que nuevas naciones. (De Gandía, 2014, 308)

Aunque en esta cita se ve a De Gandía, más que crédito, del todo plegado a un sentido demasiado literal del libro (o digamos, confiado a un primer nivel de lectura y, sobre todo, a la voz de Bolívar en el relato), estos últimos comentarios no se equivocan por cuanto sugieren o dejan ver una estrategia de García Márquez tanto en sentido formal como político. Bolívar sigue siendo un héroe, aunque abatido: es

un incomprendido. ¿Pero tenía razón este líder, y aun más, comparten el narrador del relato y el autor del libro la visión de Bolívar, el personaje? El propio personaje central de la novela no parece siempre muy convencido; mucho menos el narrador. En este sentido, Montoya afirma:

la pretensión de la novela es hacer creer que el fracaso de Bolívar debe verse como una consecuencia de su honradez sin tacha, de su desprendimiento ejemplar, de su generosidad y su buena voluntad [...] no por el inevitable sino de violencia y caos que han forjado las estructuras políticas, económicas y culturales de la reciente independencia, sino porque en los intrínquilos de la revolución se interponen una serie de personajes oscuros o de situaciones morbosas que impiden el logro de la unidad y la libertad por las armas. (2009, 15)

Y el crítico es sagaz al afirmar que “sería ingenuo concluir que este Bolívar es el indicado para comprender mejor una época turbia, plagada de masacres, desplazamientos colectivos y miserias sin fin en las cuales no está exenta la responsabilidad del Libertador” (Montoya 2009, 15). Por su parte, Michael Wood en el texto “After the End. Bolívar in the Labyrinth of History,” subraya una preferencia del narrador por la ambigüedad y la ironía: “The narrator loves these ambiguities about the general’s intentions and declarations”, “a gap between event and representation [...] is precisely what keeps happening in the novel” (Wood 2016, 117, 123), y advierte consecuentemente que una crítica a Bolívar en esta novela sería “a matter not of finding fault with a great man, but of understanding the intricate composition of his greatness” (123), pues según Wood:

for García Márquez the mortal, dying Bolívar of the last months of his life, indeed the Bolívar who made himself into a hero from his early days, and the mythical Bolívar of the countless statues and the long history of celebration are not different persons. They are a single, complicated figure; there is no transition that will take us from the literal life to the legend. (2016, 122)

Así, como una continuidad de la vida y de la leyenda habría que entender a la novela misma, siendo esto una de sus claves. Pero hay algo más. Al fin, como un colofón, el libro apunta con sutileza, y es lo que pretendemos demostrar, hacia una idea más conciliadora, que acaso orientaría las posteriores acciones públicas de su autor, previstas por lo que Martin consideraba ya como una reconciliación de García Márquez con la burguesía dirigente colombiana desde los tiempos de *El amor en los tiempos del cólera* (1985):

Entre las diversas reconciliaciones de este autor que cosechaba ya un éxito deslumbrante al acercarse al final de la madurez, se da también la reconciliación,

por paródica y posmoderna que sea, con la propia novela burguesa, e incluso, por irónica y crítica que pueda considerarse, con la burguesía dirigente colombiana. (Martin 2009, 508)

El laberinto del general: ¿el ideal para su gloria?

El general en su laberinto es una construcción sesuda, una elaboración retórica de la historia con fines políticos que se enmarca en una tradición literaria decimonónica que también es la de la novela histórica tradicional según la define Lukács (1966), y que si no tuvo la funcionalidad esperada en la nación quizás es porque, justamente, nuestra nación no existía ni ha existido jamás en los términos ideales en que hemos querido creer que sí existe. Cuando, en la novela de García Márquez, Bolívar dice: “Cada colombiano es un país enemigo” (García Márquez 1989, 240) o “Todas las ideas que se les ocurren a los colombianos son para dividir” (251), el autor está anticipando de algún modo no solo las rencillas a las que él se verá enfrentado por su novela, sino también su propia reacción airada frente a ellas (Martin 2009). De hecho, así el autor, por boca de su personaje, desmiente también la idea, tan chauvinista, y tan remarcada en el libro, de que los cachacos (los habitantes del interior del país) son los culpables de la división. Al fin y al cabo, la misma novela trata la vieja rivalidad entre Santa Marta y Cartagena (dos importantes ciudades costeñas) que surge a partir del argumento de la influencia de la iglesia por medio del obispo Estévez. Es decir, gracias a la inteligencia de la narración, ni García Márquez el autor, ni Bolívar como personaje, quedan eximidos de la acusación según la cual “cada colombiano es un país enemigo” y la siniestra posibilidad de que incluso una idea de unión al final desuna está más que en el aire: es la base del texto. En cualquier caso, la nación dividida es el supuesto de *El general en su laberinto*, su tema y, como ya lo hemos visto, el contexto mismo en que aparece: su sustrato.

Con respecto al Libertador, la idea central está dada bajo las coordenadas del epígrafe y el título de la novela. Recordemos que García Márquez extrae una frase de la prolija correspondencia de Bolívar para usarla como el paratexto que dominará con su gravitación inicial a todo el libro: “Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida” (García Márquez 1989, 9). Y es que en la historia que nos cuenta *El general en su laberinto* la intención del general es apartarse del poder o, cuando menos, esta es su mayor insistencia. Las dudas que cualquiera pueda albergar al respecto no alcanzan a poner en entredicho lo que al menos sí parece una estrategia sincera para convencer a sus opositores de la conveniencia de la unidad panamericana. A uno de sus principales adeptos, el general Mariano Montilla, intendente general y comandante militar de la provincia de Cartagena, le dice “no quiero ser protagonista de nada” (154); y luego, al mismo Montilla, “conmigo pierden el tiempo” (179), cuando aquel pretende que el general vuelva a las lides guerreras en contra de los santanderistas. Pero nadie le cree a Bolívar, como se señala

reiteradamente, y el centro de todo el drama lo expresa el propio general de este modo: “Mientras yo pierdo mi tiempo predicando la unión, estos sietemesinos me acusan de conspirador” (149), al quejarse de las insidias al respecto de la prensa fiel a Santander.

Aquí tal vez conviene recordar un fragmento del epígrafe de *El pez en el agua* (1993), la autobiografía de Mario Vargas Llosa, una frase de Max Weber que pareciera y en verdad termina por ser una respuesta al epígrafe de *El general en su laberinto*:

quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya no es cierto que en su actividad lo bueno solo produzca el bien y lo malo el mal. (1993, 7)

Todo lo que el general hace en procura de su ideal termina volviéndose en su contra. No olvidemos que las mismas argucias de una prensa mentirosa por las que él se queja en ese fragmento citado inmediatamente arriba fueron empleadas por él: “Tuvimos un buen maestro, Excelencia”, le ha dicho Santander y Bolívar le responde: “Un mal maestro [...] pues usted recordará que las noticias que inventamos se volvieron contra nosotros” (García Márquez 1989, 119). Si en este pasaje ya se aprecia la esporádica aunque significativa consciencia que en el libro tiene Simón Bolívar de sus propios errores, el mensaje político del general en el relato resulta más claro: él desplaza sus intereses personales en pro de la unidad. Pero si este ideal de la unidad es un ideal personal, tal es la tragedia, “lo diabólico” en los términos en que Vargas Llosa cita a Weber: todos le cobrarán la idea de unidad a Bolívar como si fuera un pretexto para su gloria. Para Wood se formularía de esta manera: “where could he have gone that would not be entirely defined by where and what he had been?” (Wood 118).

Como también lo ha expresado González Echeverría, no es otro el laberinto del general, “la aventura no puede ser dicha por primera vez sino siempre ya como parte de una ficción de la que el héroe no tiene escapatoria” (2014, 323), y más adelante, ofreciendo la explicación de unas palabras de Sucre: “la libertad se ha generalizado tanto que ha ido demasiado lejos, llegando a un punto donde no hay unidad concebible salvo como coerción, y donde no hay orden posible salvo traicionando la libertad” (326).

Este conflicto hace que Bolívar parezca a ojos ajenos todo lo contrario al liberal que él quisiera ser y, en efecto, él más tarde se arrepentirá de muchas decisiones autoritarias tomadas, a las que solo disculparía la intención original, pues según dice: “todo lo he hecho con la sola mira de que este continente sea un país independiente y único, y en eso no he tenido ni una contradicción ni una sola duda” (García Márquez 1989, 205).

Justamente, de tal laberinto Bolívar no tiene como escapar, pues al mismo tiempo su voluntad militar es pertinaz: “lo más urgente es reunificar el país por las armas” (204), dice en un momento dado, pues como explica el narrador a continuación apropiándose de la voz de Bolívar en el estilo libre indirecto:

[l]as oligarquías de cada país, que en la Nueva Granada estaban representadas por los santanderistas, y por el mismo Santander, habían declarado la guerra a muerte contra la idea de integridad, porque era contraria a los privilegios locales de las grandes familias. (204)

Como resulta característico en esta frase, el narrador de *El general en su laberinto* simplemente juega con astucia a lo largo de toda la novela a hacer suya, de modo impersonal y casi imperceptible, la hipotética voz subjetiva de un Simón Bolívar histórico que, como ya se ha dicho mucho, suele ser y demasiado ha sido en la realidad bandera de las ideologías más opuestas. Así el texto da la sensación (o genera la sugestión) de que está respetando a un ser exterior, que hubiera sido realidad más allá de toda argucia literaria, y sin ninguna necesidad narrativa de acudir a contrapesos o a la otra visión personal de sus antagonistas. Con todo, más allá de la exactitud histórica de una visión ciertamente acomodaticia, lo más importante es advertir la lógica general, más amplia, con la que la novela nos quiere llevar estéticamente hacia la noción de que en ese laberinto de la idea y la acción moriremos y que, por ello, la voluntad más noble, o ideal, termina por ser la de conciliar. Y aquí es donde entra a jugar el tropo del *ritornello*.

Desde la primera página, cuando flota en el agua de una bañera como muerto y sale de ella, sin embargo, con “un ímpetu de delfín” (García Márquez 1989, 11), el general hace una serie de bucles, repite una y otra vez un mismo patrón: va del abandono moral y la miseria corporal a la acción y el mando, para volver súbitamente al abatimiento y salir de nuevo de él una vez más. Esto obra el efecto de un estribillo hipnótico, que no solo permite profundas analepsis como lo han visto Montoya (2009) y González Echeverría (2014). Todo el viaje final de Bolívar es una experiencia de remembranza y además se intensifica con un fin persuasivo que ya revisaremos, como si por medio de los bucles se penetrara a lo largo de una espiral cada vez más cerrada en el absurdo, en la vanidad del poder y de la gloria. Al final de dicha espiral inexorable se hallará, simplemente, la muerte, la derrota absoluta, que comporta, no obstante, un hallazgo y una paz definitivos.

El libro es, en este sentido, dos libros, pues al final de tales recaídas hay ciertas epifanías, siendo la mayor la cesura de la mitad de la novela: la reflexión, justo antes de terminar el viaje por el río Magdalena, acerca del cariaquito morado, una flor que, según ha oído el general varias veces en la vida, y tal como se lo recuerda entonces uno de sus acompañantes, conjuraría la mala suerte. Recordemos que Martín,

especialmente, evocando un poema medieval del español Jorge Manrique, interpreta el viaje de Bolívar por el río Magdalena hacia el mar como un viaje metafórico a la muerte, aunque el biógrafo oficial de Gabo no es el único en hacer esa asociación metafórica. La propia novela nos presenta en sus preámbulos a un Bolívar sentado al borde de un río cercano a la casa donde se hospeda en Fucha, “absorto en los rumbos del agua que alguna vez comparó con el destino de los hombres,” y el narrador subraya: “en un símil retórico muy propio de su maestro de la juventud, don Simón Rodríguez” (García Márquez 1989, 33). El río y las estaciones del viaje a lo largo de él sirven para evocar desde el territorio mismo la experiencia del Libertador, de una manera orgánica y verídica, mientras que cuando desembarquen en Turbaco, justo en la mitad del libro, la acción concreta reincidirá un poco más gracias al golpe de estado de Urdaneta, que motiva una nueva ilusión revolucionaria.

Pues bien, un poco antes de llegar allí, a Turbaco, Bolívar, el Bolívar racionalista que hemos conocido, que se burla de toda superstición, admite que quizá debería “sumergirse hasta el fondo con sus ejércitos de pordioseros, sus glorias inservibles, sus errores memorables, la patria entera, en un océano redentor de cariaquito morado” (García Márquez 1989, 136-137), justo después de un largo y sensible alegato contra el eurocentrismo de un francés decadente en el pueblo perdido de Zambrano.

El ritornello o el detalle clave: “más valía un mal acuerdo que mil pleitos ganados”

El discurso emana clara y limpiamente de la trama. De nada han servido la revolución, la Ilustración europea o las armas. Lo más conveniente acaso sería abandonar por un momento la ilusión de poder dominar el destino y más bien entregarse a una redención paliativa en manos de la naturaleza. Al fin y al cabo, es un colaborador del botánico preindependentista Humboldt, es un médico, el doctor Aimé Bonpland, “quien le habló con una peligrosa seriedad científica de esas flores virtuosas” (García Márquez 1989, 135). Es decir, las virtudes de nuestro territorio aún están por ser reconocidas por quienes participaron en la liberación política del mismo. Dichas virtudes incitan a un abandono fervoroso, más allá de la razón, una vez vista la debacle a la que llevan la acción militar y la confianza maniática en esa razón. Tan pronto sucede esto, el general advierte que está llegando a ese su destino, que está saliendo de su América y está enfrentándose a la muerte. “¡Dios de los pobres!”, suspiró el general. ‘Estamos llegando’. Y así era. Pues ahí estaba el mar, y del otro lado del mar estaba el mundo” (García Márquez 1989, 137). Y claro que cabe leer, en donde dice mar, la muerte, y en donde dice “el mundo”, la historia, o sea, su propia y definitiva trascendencia, lo que deja su vida.

Esta forma de epifanía tiene una resolución más determinante, menos simbólica, al final del libro. La revelación

entonces consiste, simplemente, en que “la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final.” Aquí el *ritornello* especial de la obra, es decir, la secuencia que vuelve al valle de la dejadez y la enfermedad luego de ascender a la cima de la euforia y la voluntad para iniciar de nuevo el ciclo con fines narrativos y de pedagogía política, no es tan explícito para poder darnos su mensaje de modo apodíctico en un final de moraleja. En el ejemplo anterior, al final del viaje por el río, era apropiado que el paso de una mitad a otra del libro fuera establecido de modo simultáneo al de un descubrimiento cognitivo central. Sin embargo, en el punto postrero de la novela no hay otro descubrimiento que el cuerpo y la fisonomía del entorno exentos de otra cualidad que su intensidad física, como en una iluminación que encandila: esa descripción minuciosa del último aposento y “los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse” (García Márquez 1989, 267). Al fin, entonces, el modo en que salimos del libro es en el descenso, cruzando el valle del *ritornello*: ya el valle de la muerte, en lugar de la cima de la lucidez en que concluía la primera mitad de la novela.

En cambio, las reflexiones y experiencias que preceden a ese final sí tienen una función más conceptual y programática. Al desembarcar en Turbaco, o sea, al iniciar la segunda mitad de *El general en su laberinto*, Bolívar está deshecho físicamente y quienes lo reciben con ansiedad y aun ánimos de una renovada beligerancia suya se sorprenden. No obstante, a partir de entonces, los altibajos del *ritornello* se harán más agudos. Menton ha discriminado siete hilos horizontales en la trama que atraviesan los ocho capítulos del escrito de manera alterna. La pauta de esta alternancia, perceptible en el *ritornello* de la enfermedad, no es del todo regular, y haría falta un estudio más pormenorizado para precisar su cadencia aproximada. Lo cierto es que su gran eficacia narrativa reside en un ritmo natural, o sea, precedido por una realidad biológica, que favorece en las últimas páginas de la novela el tránsito sucesivo de la agonía a la grandeza moral e incluso intelectual del Libertador. Y esa grandeza moral se caracteriza, sobre todo, por la interpretación crítica que Bolívar hace de su propia experiencia.

El narrador, siempre apegado a la percepción de su personaje central, no duda en hablar en numerosas ocasiones de un Bolívar así de afectuoso y compasivo como vanidoso con las mujeres, susceptible ante los comentarios y rencoroso con quienes le fallan, además de contradictorio en sus afectos (como cuando dice, pese a negarlo después, que quien fuera su edecán es “un truchimán” o fanfarrón [García Márquez 1989, 71-72]). Esa descripción objetiva contagia válidamente el examen también implacable que Bolívar se hace a sí mismo. Ambas visiones (la del narrador y la del personaje) están perfectamente emparentadas por la vocería abstracta que el primero hace, como si fuera una conciencia interior desapegada del segundo. A partir de cierto momento, Bolívar ya se muestra menos orgulloso que arrepentido e incluso con

una autoridad moral inapelable para desaconsejar su proceder legendario, para desmoralizar a sus fieles. Veamos algunos ejemplos de ese arrepentimiento.

“¡Por fin, algo que sigue igual!” (García Márquez 1989, 113), exclama el revolucionario al llegar a su hospedaje de Mompos: una habitación esbozada exactamente igual que la habitación donde morirá, con el mismo reloj octogonal de números romanos detenido a la hora puntual en la que Bolívar habrá de morir (una y siete), como si el personaje arribara o previera la verdad definitiva de sus días. Después, en Turbaco, a sus principales seguidores en la costa norte les dirá: “Las insurrecciones son como las olas del mar, que se suceden unas a otras,” y añadirá asombrosamente: “Por eso no me han gustado nunca [...] Cómo será, que en estos días estoy deplorando hasta la que hicimos contra los españoles” (García Márquez 1989, 148). Luego hay ya muestras de un arrepentimiento más enraizado en hechos que en pensamientos, más motivado por la realidad práctica de la política. “Si de veras Urdaneta quiere arreglar el mundo, que se arregle con Páez y vuelva a repetir la historia de los últimos quince años” (García Márquez 1989, 178), le dice a Montilla con más cansancio e ironía que convicción. Cuando todo parece derrumbarse realmente para su sueño panamericanista, dado que la nueva conspiración que Bolívar ha comenzado a tejer desde Cartagena se desvanece, le confesará a su médico de turno: “Por eso le advertí a Santander que lo bueno que hiciéramos por la nación no serviría de nada si aceptábamos la deuda [con los ingleses], porque seguiríamos pagando réditos por los siglos de los siglos. Ahora lo vemos claro: la deuda terminará derrotándonos” (García Márquez 1989, 222).

Ya para ese momento el ámbito de la hamaca reemplaza al del río como lugar de meditación, según aprecia su sirviente, para revisar en la memoria “hasta los instantes más ínfimos de su vida pasada” (García Márquez 1989, 226), y “[e]n uno de esos escrutinios del pasado, perdido en la lluvia, triste de esperar sin saber qué ni a quién”, el general “toca fondo” (García Márquez 1989, 228): llora dormido; pero esto es solo una conmovedora preparación para el envión final, que tan inadvertido ha pasado. Es decir, así termina el capítulo séptimo, el previo a la conclusión. Bolívar, al despertar de su llanto onírico, no se arrepiente de lo que más le dolió (mandar a fusilar al general Manuel Piar) y afirma que volvería a hacerlo, pero no se muestra tan orgulloso en el último capítulo, que se inaugura con el paso de Bolívar por la Barranca de San Nicolás, la futura Barranquilla. En casa de sus huéspedes, pasando por “una de sus escasas crisis de arrepentimiento” (un detalle que agudiza o intensifica el retrato minucioso que se ha hecho de Bolívar, tal como lo hemos visto), “los sorprendió con la sentencia de que más valía un buen acuerdo que mil pleitos ganados.” El dueño de casa le pregunta si esto aplica también en política y Bolívar dice que “sobre todo en política” añadiendo la frase que consideramos fundamental del libro, la más sorprendente, la más reveladora: “El no

habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos” (235-236).

Lo demás en *El general en su laberinto* es ya un epílogo, preponderantemente la descripción de una agonía física llevada a extremos infernales por los delirios varios del Libertador. Es el fin, sí, pero gracias a la estructura musical del *ritornello* quedan resonando los ejemplos de arrepentimiento del personaje que hemos citado como los puntales de una narración que los considera, dentro de su escasez, señales de la mayor lucidez que alcanzara Bolívar. Esta novela, surgida en un momento de desesperación individual de su autor por la coyuntura nacional, continental y mundial, es tanto el mensaje político que hemos querido evidenciar como uno que trasciende la esfera particular de lo político y llega incluso a trasuntos de hondura filosófica, en especial en cuanto a la ética, justo para volver a la política. Como muy bien lo señala Nicolás Pernet:

Para García Márquez nuestros errores históricos no han sido producto de la victoria de tal o cual partido, sino de la misma terquedad política que nos ha enfrentado inveteradamente y nos ha impedido construir un país cimentado en un sentimiento tan básico como la solidaridad. (2014, 64)

Dado que esta crucial desmarcación ideológica aún, por supuesto, o hace converger al general del texto. Al mismo tiempo converge el devenir histórico más concreto y decisivo de Colombia, haciendo un arco que comprende ambiciosamente a nuestra historia republicana y a todo el ámbito caribeño con símbolos poéticos tan depurados y paradigmáticos como los de toda su obra. Esto se aprecia en la literatura garciamarquiana con los personajes y las situaciones características en su progresiva representación del poder total— desde el pragmático alcalde de *La mala hora* (1966 [1961]), pasando por la decepción del coronel de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), la apatía final de Aureliano Buendía, en *Cien años de soledad* (1966), y el cinismo amargo del dictador en *El otoño del patriarca* (1975). Con todos estos personajes, pero, sobre todo, con el coronel Aureliano Buendía, el Bolívar de *El general en su laberinto* tiene sugestivos rasgos comunes de personalidad que han sido advertidos pero no del todo estudiados, como si el famoso prócer o, en otro sentido, el origen y espíritu de nuestras repúblicas, fuera una causa final, el porqué de su obra entera hasta ese momento.

Por eso, y en esa misma línea, la conciencia a la que llega *El general en su laberinto* es una *summa*, una postrera y ya total descreencia en los programas ideológicos y una difícil pero cierta, visionaria esperanza en la humildad, en la simple fraternidad humana, en la quizás imposible reconciliación con el enemigo. Así se ve en el consejo del propio Bolívar jugando ajedrez con fray Sebastián de Sigüenza en la novela: “El que almuerza con la soberbia cena con la vergüenza” (García Márquez 1989, 202).

Desde luego es dable (y puede ser legítimo) interpretar de otras maneras un relato de apariencia llana como este y que así expresa su visión política de manera indirecta, solamente a partir de indicios. Es válido, en efecto, suponer que el libro es otra cosa que el supuesto llamado a una soñada reconciliación entre enemigos enconados que a lo largo y ancho del continente desde hace dos siglos apenas cambian de nombres y solo muy superficialmente varían su programa. Federalistas y centralistas, en Colombia, más tarde liberales y conservadores, o luego del Frente Nacional, revolucionarios y reaccionarios, con las naturales y paradójicas mixturas y acuerdos coyunturales que ha podido haber entre las partes. En todo estos casos, no pueden tan fácilmente acceder apenas si a un mal acuerdo, mucho menos a una súbita e ideal negociación total de intereses. Lo mismo se puede decir de las demás tradicionales confrontaciones partidistas del continente, que replican en líneas generales, con todas sus evoluciones y nudos gordianos, el mismo conflicto de intereses que encarnaran bolivarianos y santanderistas a mediados del siglo XIX. Mejor dicho, se puede entender a la perfección que, por más ambivalencias que existan en la representación de Bolívar en *El general en su laberinto*, la simpatía del narrador (y del autor) está con el bien llamado Libertador, y que, más que un llamado al acto de transigir, la novela sería, cuando menos, una sentida elegía a la utopía revolucionaria.

Ciertamente, no hay duda de cuál es la postura política del texto. Si algo merece nuestra admiración como lectores es ese retrato absoluto o bien, multifacético, del prócer que predicaba la unión de Latinoamérica. Sin embargo, hay que tener cuidado a la hora de identificar la admiración que provoca el relato por el personaje con la lectura o interpretación general que el relato nos ofrece de los hechos. En la perspectiva de *El general en su laberinto* sucede un tanto de lo que dijera Aureliano Buendía en *Cien años de soledad* cuando es testigo del fraude electoral en Macondo: “-Si hay que ser algo, sería liberal—dijo—, porque los conservadores son unos tramosos” (García Márquez 2001, 123). Luego de leer la novela sobre Bolívar, no es difícil saber con quién y contra quiénes se nos propone que luchemos en caso de que fuera inevitable la guerra. Lo que resulta inobjetable es la convicción, si se quiere amoral, la comprensión última no condenatoria ni facilista de que las guerras son otra forma de la vanidad y que, al final, será fundamental el transigir. Desde luego, la misma dificultad que entraña la asunción de esta crasa verdad se transparenta en el sube y baja del *ritornello* de la enfermedad en el texto. Bolívar sabe que tiene la razón, pero ya no da más: quiere rebelarse, quiere luchar, lo intenta, pero sus recuerdos y razonamientos solo lo llevan una y otra vez a la noción de

un límite cerrado, y de hecho el personaje nos llega a invitar a que antes que nada oigamos la voz de la experiencia.

Finalmente, la novela sí es una apología mesurada pero literal del ideal bolivariano, una apología singularmente astuta y crítica por ser irónica, como bien dice Wood acerca de la representación del sueño bolivariano de la integración latinoamericana en *El general en su laberinto*:

The novel proposes, however, in its careful, perhaps skeptical phrasing of the dream, that the failure was a more immediate and practical matter, and does not offer an opinion on the desirability of a united South America [...] a narrative that is both fictional and historical [...] is a near-perfect instrument of understanding, as long as we recognize that irony is part of its practical use, and not a mode of denial or obfuscation. (Wood 2016, 123-124)

Desde luego, el tropo del *ritornello* es solamente uno de los modos de la ironía en esta novela, si bien preponderante, pues magnifica la revelación de la derrota, todo lo que tiene por decir un pro-hombre desengañado pero que al mismo tiempo sabe bien de sus verdaderas calidades. El sentido ideológico de *El general en su laberinto*, un sentido, como hemos visto, abierto y bien polémico, no es entonces la simple desmitificación ni tampoco la exaltación del prócer, sea esta embelesada o compasiva. Tiene más bien el carácter irónico de ese mismo llamado urgente a la unidad continental que hacía Simón Bolívar, ya desde la derrota y no mediante las armas. En lo que fuera un momento histórico coyuntural, el doloroso eclipse personal de un héroe que nos describe el argumento, ese llamado de Bolívar se puede apreciar más vigente que nunca en la novela. Así desde la agonía del Libertador tal sueño se afina en la necesidad de un diálogo sincero y desinteresado de los americanos. A partir de las reflexiones sobre la vanidad del poder que motiva el ritmo del *ritornello*, se genera ese vaivén referencial (y podríamos decir que hasta anecdótico) entre la vida demandante y su realidad más inexorable y ecuménica: el cuerpo, la muerte.

Así, García Márquez hace una declaración política inaplazable y perdurable de la mejor manera que podía hacerla: mediante una creación literaria cuya soberanía estética permite entrar y salir del laberinto de los ideales, las insidias y las torpezas, sin transigir de modo alguno con lo que considera indigno, pero al mismo tiempo sin aferrarse ni reducirse a los juicios parciales y la actitud de condena, la inhumanidad corriente en la práctica política.

Obras citadas

- Apel, Willi. 1950. *Harvard Dictionary of Music*. Cambridge: Harvard University Press.
- García Márquez, Gabriel. 2001. *Cien años de soledad*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, Gabriel. 1989. *El general en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra.
- De Gandía, Enrique. 2014. “El general en su laberinto.” En *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez, tomo II*, editado por Luis Fernando García Núñez, 291-310. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- El Tiempo*. 1989. “El libro.” *El Tiempo*, marzo 19, 1989.
- González Echeverría, Roberto. 2014. “García Márquez y la voz de Bolívar”. En *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez, tomo II*, editado por Luis Fernando García Núñez, 311-329. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- López Michelsen, Alfonso. 1989. “Me devoré tu último libro.” *El Tiempo*, febrero 19, 1989.
- Lukács, Georg. 1966. *La novela histórica*. México D. F.: Era.
- Martin, Gerald. 2009. *Gabriel García Márquez. Una vida*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Menton, Seymour. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Montoya, Pablo. 2009. *Novela histórica en Colombia 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Pernett, Nicolás. 2014. “García Márquez y la historia de Colombia.” *El Malpensante*, 152: 60-67.
- Rutherford-Johnson, Tim, Michael Kennedy, Joyce B. Kennedy, eds. 2017. *The Oxford Dictionary of Music*. Oxford: Oxford University Press. <http://www.oxfordreference.com/view/10.1093/acref/9780199578108.001.0001/acref-9780199578108>.
- Vargas Llosa, Mario. 1993. *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- Wood, Michael. 2016. “After the End. Bolívar in the Labyrinth of History.” En *Gabriel García Márquez in Retrospect. A Collection*, editado por Gene H. Bell-Villada, 117-127. New York: Lexington Books.

Tejemos para sanar y desmontar nuestra victimidad: Diálogo con Juana Alicia Ruíz Hernández, coordinadora de la Asociación Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Mampuján

Jokabeth Ramos Díaz Granados/ Universidad Del Valle



Juana Alicia Ruíz Hernández

Foto: Jokabeth Ramos Díaz Granados-archivo personal

Introducción

Mantener viva la memoria como fuente de aprendizaje y enseñanza para las nuevas generaciones, minimizar los impactos dejados por la violencia, aumentar la resiliencia y dejar una memoria histórica para evitar la repetición de los hechos es el sueño que acompaña a Juana Alicia Ruíz Hernández, coordinadora de la Asociación de Mujeres Tejedoras de Sueños y Sabores de Paz de Mampuján, Premio Nacional de Paz 2015.

Este colectivo ha creado una plataforma de enunciación política de demandas regionales, étnicas, de género y de grupos específicos de víctimas en la que recogen la memoria del conflicto armado, recuperan su manera de ser y su dignidad lacerada por la violencia y reivindican el conocimiento de sus derechos para superar la victimidad y la victimización. Comparto el diálogo sostenido con Juana Alicia Ruíz sobre

la forma como las mujeres de Mampuján han respondido a la violencia y el desplazamiento con resiliencia y solidaridad a través del tejido.

JRDG: ¿Quién es Juana Alicia Ruíz Hernández?

JARH: Étnicamente me considero negra afrodescendiente. Nací hace 43 años en una finca del corregimiento de San Pablo (Bolívar), fui la hija once de Carmen Alicia Hernández y Miguel Ruiz. Estudié nutrición y salud en una universidad de la ciudad de Barranquilla y luego me especialicé en investigación aplicada a la educación. Soy docente y actualmente líder de la asociación de Mujeres Tejedoras de Sueños y Sabores de Paz de Mampuján.

JRDG: ¿Cuáles han sido las experiencias de vida frente al desplazamiento?

JARH: El día del desplazamiento me encontraba estudiando en Barranquilla y me enteré porque familiares y amigos comenzaron a informarme de lo que estaba pasando. Entonces, empecé a preocuparme porque había un abandono completo por las víctimas. Por ese tiempo, María La Baja tenía un alcalde encargado que se sentía impedido para tomar decisiones porque el anterior alcalde estaba siendo investigado. Esta falta de gobernabilidad desafortunadamente llevó a las víctimas a tener que permanecer por algún tiempo en el parque principal del pueblo hacinados en carpas provisionales que algunos de la comunidad iban donándoles. Con los meses, la alcaldía autorizó la reubicación de la población en colegios y en antiguas casas que habían servido como prostíbulos. Fue un trato indigno. Sin embargo, la comunidad seguía estando unida como un colectivo yo pienso que esto tiene que ver con nuestros ancestros africanos.

JRDG: ¿Cómo lograron el asentamiento en el Nuevo Mampuján?

JARH: A medida que iba pasando el tiempo también iban aumentando los problemas. Llegó el momento en que se acabaron las vacaciones escolares. Los estudiantes debían regresar a las clases y necesitaban que las víctimas abandonaran los establecimientos escolares; paralelamente a esto, también con las casas que la alcaldía había alquilado (después de tanto insistirles en que lo hicieran y que se convirtieron en albergues). Los dueños de esos establecimientos comenzaron a sacar las personas y echarlos a la calle porque les debían varios meses de arriendo. Entonces fue cuando el sacerdote Salvador Mura, al ver esta situación, buscó recursos en Italia para que la comunidad comprara un terreno en el cual establecerse. Al principio fueron pocas las familias que se pasaron a vivir en él pero poco a poco el terreno se fue llenando de construcciones hasta convertirse en lo que es hoy el Nuevo Mampuján.

JRDG: ¿Y cómo se dio el proceso de reparación a las víctimas?

JARH: Luego del asentamiento, comenzó el proceso jurídico que resultó más complejo de lo que esperaba la comunidad porque muchos no tenían ni la menor idea de cómo hacer los trámites y no estaban acostumbrados a este tipo de procedimientos. Sin embargo, fuimos aprendiendo asistiendo a las reuniones y debates; tuvieron que pasar once años desde que ocurrió el desplazamiento para que se diera la primera sentencia de Justicia y Paz y se expidiera el comunicado del fondo para la reparación a las víctimas de nuestra comunidad y las comunidades vecinas que habían sido afectadas por las atrocidades cometidas por miembros del paramilitarismo. Ese

mismo día que llegaron las delegadas del gobierno a darnos a conocer el fallo de la sentencia, nos reunimos en nuestra iglesia y allí creamos un comité de seguimiento.

JRDG: ¿Cuál fue el rol que desempeñaron las mujeres durante todo ese tiempo?

JARH: Durante el tiempo que duró el desplazamiento las mujeres no tuvimos ni voz ni voto y aunque en algunas ocasiones nos permitían participar en las reuniones que los hombres hacían con los organismos del estado. Nuestras opiniones nunca eran tenidas en cuenta. Ellos decían que esa función solo les correspondía por ser los jefes de los hogares y que nuestra función era obedecerles y cuidar de los hijos. A mí, en particular, me preocupaba esa situación, al igual que otras mujeres. Comenzamos a preguntarnos si, en realidad, la función de nosotras debería ser seguir haciendo las labores del hogar y dejar que solo ellos tuvieran la responsabilidad de tomar las decisiones sobre los proyectos de la comunidad. La mayor parte del tiempo las mujeres nos la pasábamos pensando qué hacer para ayudar a la comunidad. Teníamos tantas ideas, pero los hombres no nos dejaban actuar. Nos sentíamos con las manos atadas, impotentes, sin saber qué hacer. Yo veía cómo muchas de las mujeres lloraban recordando la vida en Mampuján y sufrían en silencio, y esto me inquietaba mucho.

JRDG: ¿Cómo nace la asociación Mujeres Tejedoras de Sueños y Sabores de Paz de Mampuján?

JARH: Sentía que las mujeres de la comunidad cargaban una tristeza y un dolor por todo lo que estaba pasando y eso se reflejaba en sus rostros. Fue entonces cuando nos reunimos un grupo de mujeres y decidimos organizarnos para buscar una ayuda profesional. Se trataba primero de sanar las heridas que habían causado en ellas el desplazamiento; por eso acudimos a la fundación Sembrando Paz de Sincelejo. En ella a Ricardo Esquivia, presidente de la fundación y dirigente del Comité Central Menonita, se le ocurrió la idea de invitar a Teresa Geiser psicóloga y artista para que desde la experiencia que había tenido con otras comunidades en Centroamérica, en circunstancia similares a la nuestra, pudiera ayudarnos a sanar el duelo. En esos talleres de sanación, Teresa utilizó una técnica conocida como “*Quilt*”. El procedimiento con esta técnica consistía en coser tela sobre tela al principio: era unir la tela hasta formar lo que llamamos por acá las colchas de cuadritos. Pero nosotras tuvimos la idea y se la compartimos a Teresa que porqué no comenzábamos a trabajar tejiendo sobre la tela figuras con las cuales pudiéramos plasmar nuestros recuerdos que teníamos de Mampuján y así ir rescatando nuestra tradición oral, nuestra memoria y al mismo tiempo sanar nuestros traumas. Teresa estuvo de acuerdo y así fue como comenzamos a tejer nuestros tapices.

JRDG: ¿Y cuáles han sido las experiencias que han vivido las mujeres de la asociación con los tapices?

JARH: Cuando comenzamos a tejer los tapices sentíamos mucha tristeza y dolor, recordábamos todo el pasado y veíamos cómo, entre puntada y puntada, las lágrimas iban cayendo y, en ocasiones, teníamos que parar porque no dejábamos de llorar. Con el pasar del tiempo, el tejido se convirtió en un instrumento de catarsis pues, a través de él, comenzamos a exteriorizar nuestros sentimientos de tristeza, sanar nuestros traumas e ir recuperando la memoria colectiva y hasta volvimos a sonreír, porque habíamos perdido hasta esa capacidad. Hoy día vemos otra realidad, las mujeres que pertenecemos a la Asociación de Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz de Mampuján. Somos muy diferentes a como éramos antes. Muchas nos hemos convertido en lideresas comprometidas no solo con el bienestar de la comunidad de Mampuján sino también con otras comunidades que, al igual que la nuestra, han tenido que vivir los horrores del conflicto armado. Nuestro compromiso es tan grande, que hemos estado en varias regiones de Colombia haciendo talleres de sanación de duelo y enseñándole a muchas mujeres a trabajar la memoria oral como una práctica de reconciliarnos, primero con nosotras mismas y luego con los demás. En esta práctica colectiva, hemos aprendido que el perdón es sanación y que esa sanación nos convierte en mejores personas. Nuestra labor no termina hoy porque hay mucho por hacer todavía. Hay víctimas del conflicto que necesitan que se les ayude así como a nosotras nos ayudaron un día. Estamos dispuestas a ir donde nos necesiten; lo hacemos sin ánimo de lucro. Lo que nos hemos propuesto es tejer una red de solidaridad con las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia y si se puede más adelante con otras mujeres del sur y centro de América.

JRDG: ¿Qué le significó a ustedes haber recibido el Premio Nacional de Paz 2015?

JARH: Una alegría muy grande, no lo podíamos creer, no nos imaginábamos que nuestra labor había llegado tan lejos y ser merecedoras de ese galardón. Al principio nos dio susto pensar en el viaje a Bogotá para recibir el premio. Nos preguntábamos cómo íbamos hacer y que íbamos a decir cuando estuviéramos allá, pero poco a poco, fuimos preparándonos y de la mano de Dios las cosas se fueron dando. Eso sí, no pudimos evitar llorar por la emoción que sentíamos, estábamos felices porque para nosotros, ese premio significa el reconocimiento a nuestra labor y compromiso con la paz pero también, el reconocimiento y valor que las mujeres merecemos porque en este país, los hombres tienen una deuda muy grande con nosotras las mujeres.

JRDG: ¿Y qué viene ahora con el premio?

JARH: Tenemos muchos proyectos que ya comenzamos hacerlos realidad gracias al dinero que recibimos con este reconocimiento. El primero de ellos ha sido la compra del terreno donde se construirá la sede de nuestra Asociación, que constará de varias aulas para reuniones, talleres de capacitación en artes y otros espacios que estarán dotados para la producción de conservas y dulces típicos, que hacen honor al nombre de la Asociación y que hemos venido elaborando con las recetas de las abuelas. En este proyecto, hemos contado con el apoyo de varias organizaciones y empresarios colombianos. De esta forma, hemos venido abriendo un espacio en el comercio, especialmente en ciudades como Bogotá y en algunos aeropuertos del país.

Sergio Ospina Romero

***Dolor que canta: la vida y música de Luis A. Calvo
en la sociedad colombiana de comienzos del siglo XX.***

**Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2017. 403 pp.
ISBN: 978-958-8852-30-0**

Juan Fernando Velásquez Ospina / University of Pittsburgh

Luis A. Calvo (1882-1945) no es un personaje desconocido entre aquellos interesados en temas relacionados con la historia de la música en Colombia. El reconocimiento que el compositor santandereano logró entre sus contemporáneos, la popularidad de su música, su participación en la incipiente industria cultural y su reclusión en el Lazareto de Agua de Dios cuando comenzaba a disfrutar de su fama, han contribuido a que Calvo adquiriera un aura de personaje mítico y trágico. De esta manera, Calvo se transformó en una figura heroica dentro del canon de autores colombianos que modeló ciertos discursos y nociones de colombianidad y música nacional.

En su primer libro, Sergio Ospina Romero realiza un completo, minucioso y riguroso estudio sobre Calvo y sobre el contexto en el cual aprendió música, desempeñó su oficio como músico y compositor, las condiciones que llevaron a su reclusión y el papel que jugó la industria cultural en la difusión de su música. Sin embargo, en *Dolor que canta* el autor va más allá de la semblanza biográfica, analizando un valioso acervo documental que no había sido explorado en estudios y biografías anteriores. De esta manera, Ospina Romero hace una contribución significativa en su estudio, introduciendo un modelo de investigación histórica multidimensional en el que combina herramientas y enfoques procedentes de la musicología, la antropología, y la historia, lo que le permite llevar los alcances de su trabajo más allá de las circunstancias personales y el análisis de la obra musical del compositor.

En sus cinco capítulos y sus dos anexos, *Dolor que canta* trasciende los límites del relato biográfico, transformando la vida de Calvo en una ventana que permite al lector considerar temas más amplios en la historia social y cultural del país. En el primer capítulo, Ospina Romero estudia los primeros años del compositor, analizando asuntos como el estatus de las madres solteras y los hijos naturales a finales del siglo XIX, el aprendizaje de la música y el orden social en Tunja durante los primeros años de La Regeneración. El segundo capítulo, comienza con la llegada de Calvo a Bogotá como músico de banda en 1905, e introduce temas como la pobreza y la migración hacia la capital en las primeras décadas del siglo veinte, la vida cultural de la ciudad durante la época de la Generación del Centenario, y la interacción entre artistas y audiencias.

En el tercer capítulo, el autor explora el traslado de Calvo a Agua de Dios en 1916 y su vida allí, analizando cómo las políticas de salubridad en el país llevaron al confinamiento de los enfermos de lepra y la dinámica que regía la vida social en el Lazareto. En su cuarto capítulo, Ospina Romero dirige su atención hacia los últimos años de la vida de Calvo y cómo la difusión y popularización de contenidos musicales por medio las nacientes industrias del disco y la radio transformaron los gustos estéticos en el ámbito de la música popular. El quinto y último capítulo de este libro está dedicado a un estudio de la música de Luis A. Calvo; en éste, Ospina Romero analiza sus características estilísticas, formales y estéticas, señalando cómo a través de ella puede apreciarse la transición del Romanticismo decimonónico a una noción de modernidad en la que la música jugó un papel relevante, por medio de los encendidos debates sobre la identidad nacional. Como complemento, el texto también ofrece dos anexos, el primero es una transcripción de una breve reseña autobiográfica que Calvo escribió en 1924; en el segundo, Ospina Romero ofrece el que probablemente sea el más completo y detallado catálogo de obras de Calvo que se ha publicado hasta el día de hoy.

Por ello, *Dolor que canta* también es un libro innovador y original en muchos sentidos. No solamente es un trabajo académico riguroso sobre Calvo que introduce nuevo material de archivo, también reta al lector a valorar la importancia de superar las interpretaciones totalizantes y universalistas, en virtud de las cuales la obra de los compositores locales es validada o descalificada según su conformidad con las expectativas del canon musical europeo. En cierta medida, tales prejuicios y los juicios de valor que les subyacen han sido el resultado de una metodología que privilegia el estudio de las partituras con independencia de los contextos sociales y culturales a los que pertenecieron sus autores. De las motivaciones epistemológicas de este libro y del análisis histórico presentado a lo largo de sus páginas se desprende que el valor de una obra musical no puede determinarse por medio de la mera consideración de sus peculiaridades técnicas, sino que éstas deben ser tratadas en relación con los escenarios históricos de producción y de negociación de contenidos y sentidos culturales.

Rafael Reyes-Ruiz

El Samurai.

Miami: La Pereza Ediciones, 2018. 215 pp.
ISBN 13: 978-0999314814

Rubén Varona / Miami University

A diferencia de los pájaros, los seres humanos vuelan con raíces.
Boaventura de Sousa Santos.

La literatura que retrata la vida de los inmigrantes se ha interesado, especialmente, por aquellos personajes que salen de su país de origen luego de experimentar una situación adversa en lo económico, social o político. *El samurai*, la última entrega de la trilogía de novelas conocida como *El cruce de Roppongi*, del colombiano Rafael Reyes-Ruiz, explora la migración como un fenómeno motivado por la búsqueda del sentido de la vida y no por las diferencias socioeconómicas de los países. Este acercamiento, además de novedoso, enriquece la discusión sobre dicho fenómeno tan controversial en la agenda política actual.

El samurai se alimenta de la corriente filosófica del existencialismo para justificar el autoexilio de los protagonistas. La obra está narrada por Ricardo, un bogotano de clase alta que se gana la vida como profesor de español, traductor y ayudante en un bufete de abogados en San Francisco, California. Este joven relata sus vivencias junto a sus amigos: la gran mayoría extranjeros, y a quienes conoció en un albergue juvenil. Con ellos comparte las alegrías, los azares y las incertidumbres del día a día, las cuales terminan por “hermanar” a los amigos, creando en el lector la ilusión de un mundo sin fronteras en el que se es posible viajar, conocer nuevas culturas y vivir como ciudadanos universales.

Sin embargo, la misma náusea que llevó a los protagonistas a buscarse la vida lejos de casa, no tardó mucho tiempo en hacerles sentir que sus vidas en San Francisco no valían la pena y había llegado la hora de preparar maletas y emigrar de nuevo: “Nuestro futuro podría estar en Corea —dijo Lisa.— Las dos podríamos trabajar enseñando idiomas allá —sumó Verónica carraspeando la garganta” (57). De esta manera, la rueda de la fortuna se puso una vez más en movimiento y aquellos seres desarraigados e inconformes, de pieles y pasaportes curtidos en distintas realidades, se mudan a Japón decepcionados de no haber encontrado en Estados Unidos aquello que buscaban, pero optimistas de que lejos de casa, y ya no sólo de la paterna sino de la adoptiva (San Francisco), la felicidad aguarda por ellos.

La trama de la novela gira en torno a la búsqueda del padre de Elena, la novia californiana de Ricardo. Este hombre es un actor japonés que, en los años sesenta, se ganaba la vida haciendo películas de bajo presupuesto en México: “tenía mala reputación [...] y le debía dinero hasta a la mafia del yakuza” (55). De ahí que Ricardo, un apasionado del cine, lo relacione con el bandido de la película *El samurai* (1967), de Jean-Pierre Melville, interpretado por Alain Delon.

Elena no tiene recuerdos de su padre, pero el haber sido abandonada cuando aún era una bebé le dejó un vacío; asimismo le incomoda que su madre se niegue a hablar del tema. Por ello, rastrear a su padre se convierte en la excusa perfecta para que ella indague sus orígenes y, de alguna manera, sane viejas heridas. Así las cosas, la premisa de buscar al otro para encontrarse a sí mismo no sólo se convierte en el hilo conductor de esta historia, sino que le permite a Reyes-Ruiz entablar un diálogo con las otras dos entregas de esta trilogía, pues a partir de una serie de búsquedas y desplazamientos físicos, los personajes terminan creciendo en términos espirituales. En *Las ruinas* (2014), por ejemplo, un historiador busca a su amor perdido, a quien vio por última vez en Australia, mientras que en *La forma de las cosas* (2016), Ricardo le sigue el rastro a un empresario japonés dedicado a los negocios turbios.

Por otro lado, la mirada sobre la inmigración que ofrece *El samurai* se enriquece, además, con las perspectivas que arroja examinar este fenómeno a la luz de problemáticas sociales como el tráfico humano: el tema principal de *El cruce de Roppongi*. El autor se vale del recurso del montaje literario para que la búsqueda del padre de Elena se ensamble y enriquezca con el drama de una joven latinoamericana que terminó convertida en prostituta luego de que una organización criminal japonesa la reclutara con mentiras: “le ofrecieron un contrato como auxiliar de enfermería, oficio que ejercía en Colombia, en una clínica geriátrica privada en un barrio al este de Tokio” (143). De esta manera, el acercamiento del autor a la figura del inmigrante resulta novedoso, pues lo

presenta como la víctima de un negocio transnacional, cuyas consecuencias físicas y psicológicas son irreparables. Y este negocio no sólo afecta a los individuos, sino, también, el devenir de la historia, como lo demuestran las pesquisas que hace el profesor Rodrigues en *Las ruinas*, la primera entrega de la saga. Como dato curioso, este personaje bien puede ser un alter ego de Reyes-Ruiz, quien es un profesor de humanidades y ciencias sociales, además de un especialista en los flujos migratorios desde Latinoamérica hacia Japón.

El interés por retratar la vida de los inmigrantes desde una perspectiva intimista y no política, hace de *El samurai* una obra imprescindible para acercarse, en contexto, al fenómeno de la migración. En lo temático y estético, esta obra se acerca a narrativas desarraigadas y marginales como las de Roberto Bolaño y trasgrede el lugar común que ha poblado la literatura colombiana de historias de inmigrantes y desplazados que huyen del fantasma de la violencia y el narcotráfico.